

CIUDAD SUBMARINA



LA ERA DEL TELEPORTE

GORDON R. DICKSON



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Gordon R. Dickson

LA ERA DEL TELEPORTE

Título original: *Time to Teleport*
Gordon R. Dickson, 1960

LA ERA DEL TELEPORTE

HORA DE TELETRANSPORTAR

CAPITULO PRIMERO

Un correo sub-aéreo, con el rojo coral del Grupo de Fuerzas Submarinas pintado en las puntas de las alas, apareció de repente en el cielo azul del sur, un poco después de mediodía. Estableció contacto con la isla y, mientras esperaba respuesta, permaneció unos cortos minutos dando vueltas sobre la enorme estructura flotante que era Cable Island, sede del Gobierno y terreno político neutral de los Grupos Autónomos, simbólicamente construida y anclada a unos seis mil pies de heladas aguas marinas en el punto medio técnico del viejo cable Atlántico. Al señalar la isla, pista libre, la nave se posó suavemente en la cubierta de aterrizaje; descendiendo de ella un muchacho de menos de veinte años. Llevaba una túnica de plata bordada en rojo, una faldilla plisada de color verde mar estaba sujeta alrededor de su cintura por un correaje con funda, de la cual sobresalía una culata color rojo coral. Y una capa negra-ébano, signo de correo oficial, colgaba de las hombreras magnéticas de su túnica, mientras que una bolsa con cierre dactilar estaba sujeta a su antebrazo derecho.

Un teniente de la Guardia Neutral se acercó a él, confiscó su pistola y le hizo pasar a través de los rayos escrutadores. Estos «perros guardianes» mecánicos no descubrieron nada sobre o dentro del joven, y entonces el oficial, lo entregó a dos guardias con instrucciones para conducirlo a la sala principal del consejo y, una vez allí, presentarlo a Eli Johnstone, el representante de su grupo. Los dos guardias saludaron, dieron media vuelta y marcharon al paso, haciendo apresurar, entre ellos, al brillantemente vestido joven correo. Era, quizás, un innecesario despliegue de modos militares, pero los quinientos hombres de la Guardia Neutral eran, después de todo, los últimos soldados profesionales sobre la faz de la tierra; y, por lo tanto, se les podía dispensar.

La sala principal del consejo de Cable Island, ocupaba el mismo centro de la colosal estructura, rodeada por las habitaciones de los comités y éstas rodeadas por las oficinas de los grupos individuales. Sobre todo esto, estaba la cubierta solar y la cubierta de aterrizaje, sobre la cual, Poby Richards, el correo, habíase posado con su sub-aéreo. Más abajo, estaban las viviendas, centros de recreo y demás, mientras que en la parte más baja de la isla, se encontraban las cocinas, almacenes y maquinaria.

La sala principal del consejo, era un anfiteatro circular de lados inclinados, los cuales estaban arreglados en tres niveles y cada nivel, en secciones para los representantes de cada grupo individual. Había secciones para ciento veinticuatro grupos pero, en la práctica sólo unos treinta grupos se preocupaban de tener representantes permanentemente estacionados en la isla; y era raro encontrar más de doce grupos trabajando en la sala del consejo a cualquier hora. La verdad era que los grupos más grandes, normalmente hablaban por un cierto número de pequeños también; de aquí que en este preciso momento, sólo hubiese diez representantes presentes en el anfiteatro. Uno de estos diez, era del altamente importante Grupo de Comunicaciones, encabezado por el joven Alan Clyde; y otro de las Cúpulas Submarinas, cuyo representante era el mismo Eli Johnstone, al que Poby iba buscando.

Eli había convertido Cúpulas Submarinas, y él mismo con ellas, en un factor político digno de tenerse en cuenta. Los Grupos Submarinos tenían una unanimidad de ideas de las que los demás carecían. Eli había unido los diferentes Grupos Submarinos que necesitaban de un hombre fuerte que hablase por ellos, y durante los cinco últimos años, habíase mantenido y luchado punto por punto con Anthony Sellars, representante del abrumadoramente superior Grupo de Transportes. Sellars era considerado por muchos como el personaje político más poderoso del mundo. Era el león que preocupaba a Eli y contra el cual luchaba astutamente en la interminable batalla por situarse sobre los demás.

En este momento estaban sentados en el anfiteatro al frente de sus delegaciones y el uno cara al otro; Eli acariciando distraídamente su inútil pierna izquierda, con ambas manos debajo de la mesa que, con la silla y él mismo, ocupaban la cabeza de su delegación, y separados de los demás, por tabiques altos hasta la cintura. Era un hombre delgado, moreno, bordeando los cuarenta, con una faz prematuramente marcada por surcos de amargura y alegría. Esas rayas estaban ahora pronunciadas por la tensión y la fatiga, y así estaba sentado, semi-absorto, escuchando la flexible voz de Jacques Veillain, sub-representante de Transportes, quien presentaba una lista de vindicaciones contra la organización que se debatía en aquel momento: los Investigadores Filosóficos. Esta organización se llamaba a sí misma, Miembros de la Raza Humana, pero la fácilmente impresionable y asustadiza gente del mundo los llamaban «los Inhumanos».

«...vivisectores e imitadores» —decía Veillain a los reunidos

miembros del consejo—. «Nos borrarían de la faz del mundo con la excusa de que somos anticuados hombres-monos, e introducirían en nuestro lugar su nueva era de monstruosidades».

Frente a él y un poco a la derecha de Veillain, Anthony Sellars estaba sentado, inmutable y con un rostro inexpresivo, mientras escuchaba lo que su ayudante decía. Contemplándolo, se creería que no había relación entre los dos, que el ataque de Veillain a los Miembros le venía tan de nuevo a Sellars como a los demás; pero, como todos sabían, Veillain estaba meramente preparando el terreno para su superior, cargando las armas para el ataque personal de Sellars.

Eli era el último en ser engañado por las apariencias, y dejó de prestar atención a Veillain para centrarla en el Grupo de Comunicaciones y Alan Clyde. El joven representante estaba escuchando, con su morena y apuesta faz apoyada en su puño derecho, con expresión pensativa. Eli lo observó cuidadosamente; Alan era brillante y elusivo, Eli había estado tratando, durante algún tiempo, de atraerse Comunicaciones, pero sin éxito.

El resto del consejo, pensó Eli, mientras dejaba vagar su mirada por la sala, estaba menos concurrido que de ordinario. Además de él, Sellars y Clyde, podía contar sólo siete representantes y unos cuantos ayudantes y secretarios. Sí, los realmente importantes, como Bornhill de Atómicos y Stek Howard, de Metales, estaban en su lugar; pero la mayor parte de los asientos estaban vacíos, y los presentes parecían francamente aburridos.

Y, sin embargo, esto sucedía cuando la rivalidad entre los grupos estaba al rojo vivo. Paradójico, pensó Eli acariciando su rodilla izquierda, pero no tan paradójico si meditabas acerca de ello. Los grupos habían sobrepasado su utilidad, las relaciones políticas estaban frías y mortificantes; lo cual era la razón por la que, él al menos, iba a dimitir.

Con la rapidez que da una vida de práctica, abandonó tales pensamientos antes de que se prolongaran en su mente. Sellars, pensó, Tony. Sí, estoy seguro que él también se ha dado cuenta que los Grupos no pueden durar. Hace ochenta años fue una buena idea: organizar el mundo en líneas mutualmente interdependientes y evitar toda posibilidad de guerra. Que las barreras no fuesen geográficas sino profesionales. ¿Cómo iba Transportes o declarar guerra a Meteorología, o Meteorología a Comunicaciones? Nadie corta la cuerda de la que pende, pero eso fue hace ochenta años, cuando todavía existían los viejos odios y prejuicios. Ahora, pensó Eli, el

mundo está preparado a actuar como una simple unidad y Tony quiere dirigirla. Esta es la razón de esta encarnizada persecución de los Miembros. Bien, que siga adelante, la gente ya no está en estado primitivo…

«…y cuando nuestra policía consiguió entrar en el laboratorio, toda la maquinaria había sido derretida con termital y era prácticamente inidentificable» —decía Veillain—, sin embargo, cuidadosamente reconstruidas por nosotros, se pudo probar que algunas de ellas eran manipulaciones radioactivas…»

Eli sintió una ligera presión sobre su hombro y, volviéndose, se encontró con la seria y saludable cara de Kurt Anders, su ayudante.

—Correo, Eli —dijo Kurt.

—Bien, gracias, Kurt —replicó Eli—, hazle pasar.

Kurt se apartó y una combinación de plata, rojo, verde y negro ocupó su lugar. Eli sonrió.

—Hola, Poby, ¿qué traes?

—Un cubo sellado, transmitido por Cúpula Uno —susurró el muchacho—, aquí está —y alargó el brazo al que la bolsa estaba sujeta. Eli puso su pulgar en apertura del cierre dactilar y éste reconociéndolo, se abrió. Pero no uno, sino dos cubos, salieron de ella.

Poby Richards parpadeó a la vista de esto. Eli miró a los cubos y a Poby, alternativamente e hizo bailar los pequeños objetos en la palma de su mano.

—Pero si sólo había uno —protestó Poby—, estoy seguro, yo mismo cerré la bolsa en Cúpula Uno y ha estado sujeta a mi brazo desde entonces —dijo, alargando al mismo tiempo brazo y bolsa para que Eli lo verificase.

Eli volvió a mirar los cubos, parecían idénticos, pero no lo eran; durante un momento los hizo bailar en la palma de su mano y, de repente, la cerró.

—No importa, Poby —dijo—, regresa y espérame en mi oficina. Te necesitaré más tarde.

—Bien, Eli —respondió marchándose. Kurt volvió a ocupar su sitio.

Eli se volvió hacia una ranura que había sobre la pulida superficie negra de su mesa. Observó los cubos cuidadosamente hasta que encontró en uno de ellos una señal conocida, y lo echó por la ranura. Hubo una pausa y luego, desde la parte de la silla donde reposaba su cabeza, una voz susurró al oído de Eli:

«Eli, todo está preparado. Arthur Howell».

Eli asintió y concentró su atención en el misterioso cubo sobrante, durante algunos segundos lo contempló silenciosamente y luego lo

echó también por la ranura. Otra vez la pausa y, esta vez, una voz diferente, pero familiar, dijo:

«Eli, estás...»

Decididamente, Eli apretó un botón de la mesa, una luz se encendió y la voz quedó cortada. A través de una parte transparente, pudo ver cómo los dos cubos caían en un cajoncito, donde la luz de un arco voltaico los consumió. La luz se apagó y Eli apartó su dedo del botón, mientras volvía a concentrar su atención en Veillain.

Pero ya éste había concluido su discurso con una airosa frase, y había dejado el terreno libre para Sellars. Eli se enderezó en su asiento e hizo un esfuerzo para sobreponerse a su cansancio, mientras Veillain se sentaba y Sellars se ponía lentamente en pie.

Era un hombre de elevada estatura, pero no impresionaba precisamente por su tamaño. Era más bien grueso, de anchos hombros y cintura, paro esbelto, sin grasa, y andaba siempre erguido, pareciendo que se movía todo de una pieza, y se doblaba con dificultad y sólo por la cintura. Su cuerpo, de una enorme osamenta, podía pasar por el de un obrero manual, por lo que, tiempo atrás en la historia, se conoció como un campesino. Su túnica, faldilla y la larga capa oficial de Transporte, le hacían aparecer más rudo en vez de prestarle donaire. Rondaba los cincuenta, con un pelo sin canas y rostro completamente libre de arrugas.

—Bien —dijo, apoyando las palmas de sus enormes manos sobre la mesa—, mi ayudante os ha explicado la base del tema, yo os explicaré lo demás.

Hizo una pausa, arrollándolos a todos con su mirada, la cual, como su cuerpo y su voz dominante, daba la sensación de fuerza y convencía a todos de que sus ideas y conclusiones eran auténticas.

—Los Grupos —dijo—, han estado siempre orgullosos de su alto nivel de tolerancia. Y durante medio siglo, no se ha abusado de esta tolerancia.

Con los ojos de Sellars fijos en él, Eli se permitió el lujo de sonreír irónicamente. Pero si el representante de Transportes lo notó, no dio la impresión de ello.

—Se llega a un punto —prosiguió—, en que la tolerancia debe ceder el paso al sentido común, como ahora. Durante los últimos veinte años hemos visto crecer una sociedad secreta enmascarada como una asociación filosófica. Los miembros de esta sociedad opinan que la raza humana actual está pasada de moda. Creen que nuestra raza debe ser extinguida para que pueda entrar una nueva generación, que será algo enteramente diferente.

Hizo un alto y, otra vez, arrolló a la audiencia con su impresionante mirada.

—Esto es una buena teoría y mientras permanezca así, no importa quién la sostiene; pero estos perturbados que se llaman así mismos Miembros de la Raza Humana —como si los demás no lo fuésemos— han tratado de poner esto en práctica. Han probado, con radiaciones, en ellos mismos y en cualquier persona que se ha puesto al alcance de su mano, poniendo en práctica cualquier clase de sucios ocultismos que se les ocurren, y practicando experimentos genéticos en sus propios hijos.

»Sólo esto, a mi entender, es una razón por la cual debemos unimos y tratar de arreglar el mal qua han hecho. Pero hay más, Veillain os ha explicado algo sobre lo que se ha averiguado acerca de estas «fundaciones» y «centros de investigación» que esa gente ha instalado; si le habéis prestado atención, habréis oído esto simplemente: Estos Miembros —estos Inhumanos como la gente justamente les llama— están consiguiendo su propósito».

Se detuvo un momento para observar el efecto de sus palabras, en el salón del consejo reinaba un silencio impresionante y satisfecho, prosiguió:

»Os digo que están consiguiendo su propósito. El hecho de que no os pueda enseñar ahora una muestra de su «Próxima evolución» no os debe engañar, ya que tenemos suficiente evidencia indirecta de la existencia de dichos especímenes. Si esperamos un poco más, veremos algunas peligrosas monstruosidades, ¿quieren un ejemplo?

»Durante doscientos años el hombre ha estado acariciando la idea de poseer las llamadas psico-facultad.es: telepatía, telekinesis, etc. Y durante treinta años, los Miembros han venido repitiendo que el próximo adelanto no será físico, sino mental, el cual nos capacitará para poseer dichas facultades. Durante 25 años presentaron informes sobre sus investigaciones en este campo, y tan a menudo afirmaron su creencia en la existencia de dichas facultades, que Ja gente acabó por hacer caso de esta propaganda.

»De repente, durante los últimos cinco años, los informes disminuyeron. La propaganda cesó, las referencias a las psico-facultades fueron más generalizadas y vagas. ¿Por qué? Ahora que, al menos dentro del Grupo de Transporte, se ha empezado la depuración; han habido inexplicables casos de Miembros avisados de nuestras redadas con antelación, de Miembros desaparecidos en habitaciones cerradas, ¿cómo?».

Sellars hizo otra pausa.

»Ambos ejemplos —dijo lentamente—, así como una creciente leyenda popular que suena como si estuviésemos en la época más oscura de la Edad Oscura, me confirman en mi creencia que los Miembros han desarrollado alguna cosa o cosas, ser o seres, que son activamente peligrosos a toda la raza humana de hoy. La única solución, a mi entender, es abandonar la autonomía de nuestros grupos individuales y formar una unidad, suprema autoridad que entienda en la presente situación. Vosotros tenéis la palabra».

Y, diciendo así, se sentó, cediendo la palabra a otro. Con una mirada rápida alrededor de la sala, Eli se dio cuenta que la astucia de Sellars había ganado a toda la audiencia. La lucha entre los Grupos había sido, de los Grupos mayores tratando de incluir entre sus filas a los Grupos menores, esto de ahora sería un paso adelante. Esta suprema autoridad, ¿dónde se podía encontrar más que en los representantes de los Grupos mayores? Stek Howard, parecía francamente interesado, Kurachi, de Plásticos, tenía una medio-soñadora, medio-esperanzada sonrisa en su rostro, e incluso los ojos de Bornhill aparecían velados y pensativos debajo de sus cejas grises.

«Idiotas —dijo Eli para sí mismo. Durante un momento luchó contra la idea de que esto, estrictamente hablando, no era de su incumbencia—. ¡Alto, alto, detente! —murmuró para sí, y levantándose, gritó:

—¡Señor Presidente!

Stek Howard, presidente del día, despertó de su agradable abstracción y golpeó la mesa con su machete.

—Submarinas —concedió.

—Gracias —dijo Eli. Todas las miradas de la sala estaban concentradas en él y Eli les sonrió agradablemente, en especial a Sellars.

Dichas miradas, notó Eli, no eran particularmente aprobadoras. La prosperidad y categoría de Transportes, empequeñecía tanto a los demás, que normalmente la actitud general era, desconfianza hacia Sellars e inclinación hacia Eli. Hoy, sin embargo, Sellars les había ofrecido un plato suculento y no querían que Eli les dijese que no podían comérselo, porque pertenecía a otra persona.

—Representantes y caballeros —dijo Eli—, estoy sorprendido por vuestra reacción a lo que acabáis de oír. He escuchado horrorizado lo que Transportes acaba de decir y sé que vosotros también lo estáis. Al final de su oratoria he tenido que contenerme para no saltar de mi asiento y decir lo que todos vosotros, estoy seguro, también queréis decir. —En este punto, volviose hacia Sellars y lo miró imperturbable

—. Que Transportes ha indicado el mejor sistema para acabar con esta situación, y lo que es más, que no puedo concebir otro hombre más capaz de encabezar esa suprema autoridad que el representante Sellars.

Los miembros del consejo se quedaron atónitos; Eli volviose hacia Kurt y musitó:

—Vámonos, Kurt, regresemos a mi oficina.

Lentamente y con dignidad, se levantó, hizo una inclinación de cabeza al Presidente y salió de su departamento. Mientras subía las escaleras a través del anfiteatro, se oyó un murmullo general de comentarios. Sonrió; había echado la piedra en otra dirección y en mala hora para Sellars, ahora las sospechas de los demás lucharían contra su apreciación. Pero, ¿y una combinación Sellars-Eli? Si ellos supiesen…

Eli sonrió, pero la sonrisa se cambió bruscamente por una mueca burlona.

«Eres un estúpido quijote» díjose a sí mismo, «¿por qué te has mezclado en esto?».

CAPITULO II

Las oficinas de Submarinas estaban separadas de las salas de los comités, esto, combinado con el hecho de que los debates todavía estaban en pleno apogeo en la sala del consejo, hacían que sólo una secretaria estuviese trabajando en la oficina exterior.

—Que no nos molesten, Kara —dijo Eli atravesando junto con Kurt esta oficina y entrando en la suya.

—Bien, Eli —respondió la muchacha y añadió con una expresión de importancia—, Poby Richards...

—Ya sé —atajó Eli— he hablado con él, Kara.

Y así diciendo, cerró la puerta de su oficina. Pasó por un pequeño cuarto adjunto, equipado con una cama y lavabo, y abriendo una puerta corrediza entró en una oficina impresionante, con una magnífica mesa de despacho, del tipo usado por todos los representantes del consejo. Esa mesa estaba prevista para proveer de todo, excepto tomar medidas para un traje; y durante los siete años de residencia en esta oficina, Eli sólo había hecho uso de una décima parte de estos aditamentos, sin embargo, ahora empezó a pulsar botones sin miramientos.

Un perfume se esparció por el despacho y un rumor de música folklórica se dejó oír en el ambiente; y la mesa, como si fuese un enfermo enseñando pacientemente la lengua a su doctor, sacó por una de sus esquinas un bar, pequeño pero completo.

—¿Quieres beber, Kurt? —preguntó Eli.

—¿Por qué no? —respondió sorprendido éste. Era la primera vez que Eli le había hecho esta invitación—, creí que nunca...

—Ni yo tampoco —suspiró Eli— hubo un tiempo en que siempre estaba sediento, pero es raro, gradualmente perdí la sed; bien —cortó bruscamente—, de todas formas, vamos a beber, la ocasión lo reclama.

—Bonita faena hiciste hoy —rió Kurt entre dientes.

—¿Faena? —repitió Eli.

—A Tony.

—¡Ah, eso! Kurt, tienes que vigilar este asunto. Esto sólo ha sido un varetazo temporal —y alargando un vaso a Kurt añadió—: Estoy adelantándome a mí mismo, aquí tienes, a tu salud.

—¿A mi salud? —se sorprendió Kurt.

—Sí —dijo Eli, bebiendo un sorbo—, ¿te gustaría ser representante de Submarinas?

La expresión de Kurt cambió por completo, dejó su vaso en la mesa y dijo incrédulamente:

—No pensarás retirarte, ¿verdad?

—Eso es, me retiro.

—¿Estás bromeando? —tartamudeó Kurt— ¡claro que sí! Pero si tú eres Submarinas, tú eres la única razón por la que los grupos de coalición están unidos a nosotros.

—Tonterías —repuso Eli, dejando su vaso sobre la mesa— nos aguantan por los beneficios que les reporta.

—¡Pero yo soy incapaz de dirigirlos! —estalló Kurt, con desespero.

—¿Cómo lo sabes si no lo has intentado? Además, si tú quieres, sólo será temporal, hasta que Cúpulas designe a otro para sustituirme; pero creo que te darán la plaza a ti, si tú la quisieras. —Y mirándolo comprensivamente, añadió—: Pero debes probarlo para saber si te interesa o no.

—Pero Eli —protestó estúpidamente Kurt— ¡No comprendo por qué quieres dimitir! ¡Luchaste mucho para conseguir este puesto! ¡Eras un desconocido hace ocho años!

—De repente me he dado cuenta que no lo quiero —dijo Eli mirándole fijamente—, comprobé hace años que me hacía viejo, que cualquier persona a mi edad podía ganar el mundo, ¿y por qué yo no? Busqué lo mejor y lo conseguí.

—¿Y ahora que no hay más allá lo dejas? —dijo acusadoramente Kurt.

—No —respondió Eli dando media vuelta y mirando a la pared—, no; me metí en política porque creí que estaba perdiendo el tiempo no haciendo nada. Ahora creo que estoy perdiendo el tiempo con la política. Toda mi vida he estado buscando lo que quiero hacer, y he decidido seguir buscando... ; o crees que a los cuarenta soy demasiado viejo?

—No —respondió Kurt rápidamente— pero... pero es una cosa egoísta lo que haces.

—De acuerdo —dijo Eli, alegremente. Era la clase de concesión única que le gustaba hacer, que le devolvía su buen humor. De repente notó que la rodilla le dolía y se sentó.

—Si esa es la única razón por la que quieres dimitir... —balbuceó Kurt. Al haber descubierto pies de arcilla en su ídolo, trataba ahora de cubrirlos.

—Otro motivo es, que pienso que el mundo va de cabeza al infierno, pero eso no debe de preocuparte.

—No comprendo —repuso Kurt.

—No hay que comprenderlo. Sin observar profundamente se puede uno dar cuenta que los grupos se están desintegrando como un sistema

de gobierno; la única solución es un mundo unido completamente, y, a pesar de dos mil años de experiencia, no estamos preparados todavía. ¿Cómo opinas que será el futuro?

Kurt estaba atónito:

—¿Crees eso de verdad? Vivimos en tensión, lo sé, con todas estas supersticiones acerca de los Miembros...

—¡En tensión! —rió Eli—, en todas épocas ha habido tensión, la gente... —Mientras hablaba habíase vuelto y de repente, se detuvo diciendo—: ¡Poby!

Azorado, el joven correo que estaba de pie junto a la puerta, dio unos pasos hacia el centro de la habitación, bajo la interrogante mirada de sus dos superiores.

—Me dijiste que te esperara aquí, Eli.

—¿Has escuchado todo esto? —preguntó Eli.

—Me quedé dormido en tu cama —el muchacho estaba padeciendo lo suyo y, al notar esto, Eli cambió de tono como si se hubiese establecido una corriente eléctrica entre ambos.

—Bien, en este caso ven a beber con nosotros, ¿qué prefieres?

Poby pareció no comprender lo que se le decía, y de repente estalló:

—¡No, ese no es motivo para beber!

Con la botella en la mano, Eli preguntó, mirando fijamente al muchacho:

—¿Qué motivo?

—Tu dimisión no es motivo de alegría, es... es una tragedia. Millares de personas confían en ti. Si tú les abandonas, ¿en quién van a confiar?

—¡Poby! —cortó secamente Eli— yo no soy el rey Arturo ni tú Sir Bedivere. Sin embargo, gracias por tu buena opinión acerca de mí.

—¡Pero, si es verdad! —casi gimió Poby.

—¡Y si lo fuese, qué! —respondió Eli con facilidad— ¿has oído hablar alguna vez del derecho a la felicidad individual?

¡Oh, tienes respuesta para todo! Porque eres un maestro de jefes de estado, yo no sé hablar. Lo único que puedo hacer es decírtelo.

—Ese es el gran error de la gente —dijo Eli, cansadamente— dejémoslo estar, Poby, antes de que nos enzarcemos en una discusión mutua —se volvió a Kurt—: Todavía es temprano y voy a marcharme. Te voy a dar mi dimisión en cinta magnetofónica y puedes hacerla pública cuando tú creas que sea la hora. Sabes todo lo necesario para hacerte cargo de la situación. Poby —dijo, volviéndose al correo— prepara la aeronave. Quiero que me lleves a un lugar que está a unas

dos horas de aquí.

Poby se marchó pensando en todas las razones que le hubiera podido dar a Eli, si le hubiesen venido a la cabeza en el momento adecuado. Eli le vio salir de la habitación, y entonces se dirigió a Kurt:

—Estaré en el destacamento de investigación de la Universidad de Miami, en Galayo Banks Shallow Water.

—No sabía que tuviesen un destacamento —dijo Kurt.

—Y esperemos que nadie más lo sepa —respondió Eli— no des a nadie mi dirección —exploró la oficina con la mirada y añadió—: Creo que eso es todo, sólo falta la dimisión —se acercó a la mesa y buscó el magnetofón.

—Sabes —dijo Kurt siguiéndole— el chico tenía razón.

Alargando la mano para apretar el botón, Eli levantó la mirada y observó a su ayudante extrañamente.

* * *

El sub-aéreo atravesó el espacio y Eli, pensativo, se asomó a la ventanilla observando el azul Mediterráneo que se divisaba millas bajo ellos. Sólo él y Poby viajaban en la diminuta aeronave, a unas mil seiscientas millas por hora y dirigiéndose a cierto punto de las costas de Turquía.

—¿Todavía no llegamos, Poby? —preguntó Eli.

—Casi —dijo Poby al mismo tiempo que de uno de los controles se escapaba una nota aguda. ¡Ya estamos! Aterrizaremos dentro de diez minutos. —Conectó el piloto automático.

El avión iba descendiendo rápidamente y Eli, apartándose de sus pensamientos, volvió a asomarse a la ventanilla y vio la superficie del mundo venir a su encuentro. Momentos más tarde, estaban sobre el agua y deslizándose hacia un malecón de piedra que sobresalía en el océano, por debajo de un refugio que dominaba algunas casas agrupadas en la playa más allá. Un hombre bastante grueso, vestido con una túnica blanca y amplios pantalones azules, les estaba esperando.

El sub-aéreo llegó al malecón y Poby abrió la puerta para que saliese Eli.

—Bien, Hassan —saludó Eli, mientras salía.

—Bien, Eli —respondió Hassan Bendhruck—. Ven a casa, lo tengo todo preparado para que puedas verlo.

* * *

Dos horas más tarde estaban cómodamente sentados y terminando de comer en una galería en la parte superior de la casa.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para seguir dirigiendo una organización secreta de policía, y, sin embargo, no me alegro de que la desorganices —y así diciendo, Hassan contempló la negra superficie del café que había en su taza y prosiguió—: Quizás estoy tratando de convencerme que me alegraría de ello.

—Eso me satisface —contestó Eli— ya que todavía hay algunos detalles que quizás hubiese que terminar. Supongo —continuó con una expresión misteriosa que le daba una apariencia satánica—, que te gustaría, a ti solo, hacer un trabajito extra para mí de cuando en cuando.

—¡Hombre! —dijo Hassan, acompañando las palabras con un amplio gesto de las manos—. ¡Cómo no!

—Verás —explicó Eli— el problema es que un hombre que ha llegado a la posición que yo ocupo en el mundo, no puede volver con seguridad a las filas de los ciudadanos anónimos. Sé que estoy acabado para la política, pero puede ser que algunos no lo crean así y no voy a decir quienes…

—Nuestro amigo, el del apellido que empieza por «S» —murmuró Hassan, reposando las manos sobre su estómago.

—U otros —dijo Eli—. Y bien podría suceder que uno o más de esa gente decidiese no arriesgar un cambio de ideas por mi parte. ¿Comprendes?

—Creo —replicó Hassan—, que puedo garantizarte que estoy en condiciones de hacerte saber si hay algo planeado contra ti por lo que nosotros sabemos —hizo una ligera mueca—. Diariamente, la gente llama a mi puerta para venderme noticias. Es una de las tristes desventajas que produce el tener dinero para pagar por ellas. Pero, ¿vas a dimitir de verdad?

—De verdad —respondió Eli— ya te daré mi dirección.

—Ya la tengo —replicó Hassan con un suspiro, sorprendiendo a Eli no muy gratamente—. Lo que vas a necesitar allí es un contacto conmigo, a prueba de tonterías y que no llame mucho la atención.

—Supongo —dijo Eli, irónicamente—, que ya tienes algo preparado.

—La verdad es que sí, y si quieres venir conmigo, te enseñaré lo que quiero decir.

Se levantó y Eli con él, salieron de la galería, atravesaron un césped y por un sendero de grava, salieron hasta la orilla del mar; una

vez allí, subieron a una pequeña lancha y Hassan, la puso en marcha y pilotó a lo largo de la costa.

Unas millas más adelante, se encontraron con una costa rocosa, donde las olas se rompían bruscamente, Hassan maniobró la lancha entre las rocas y sobre las olas, con tal aplomo que por un momento Eli creyó que trataba de hundirles a todos; pero entonces con un brusco viraje se metió por una abertura que había en las rocas y siguió por una cueva en la que se veía luz al fondo.

Dieron la vuelta a un recodo y de repente se encontraron en un brillante mundo submarino. Era una enorme caverna, resplandeciente debido a un sol artificial que brillaba sobre sus cabezas, tan brillante que no se le podía mirar fijamente. Por lo demás, la vasta extensión de la cueva, estaba cubierta de hierba y senderos, igual que si fuese un jardín natural.

Hassan amarró la lancha a un pequeño malecón y desembarcaron. Saliendo de detrás de un abeto enano, un hombre de baja estatura, encorvado y usando unas gafas pasadas de moda, vino a recibirles.

—Este es Johann Schonner, Eli —dijo Hassan.

—Muy honrado —saludó Eli. Reconociéndole, Johann Schonner, inclinó la cabeza en ademán de saludo, pero miró con alarma a Hassan.

—Pero si todavía no estoy preparado, sabes que no he terminado. Te lo dije ayer, era imposible.

—Bueno, bueno —dijo Hassan, con un humor no exento de exasperación— todavía no los necesitamos, sólo quiero enseñárselos a Eli.

—Ah, bien, en ese caso... —se volvió hacia el abeto y mirando hacia atrás dijo—: Por aquí, vamos Johnstone.

Eli le siguió, y Hassan también, por entre árboles enanos y entraron en una sección de la cueva que había sido, dividida en compartimentos, por altas barreras de luz. Cuando pasaron a través de una de estas barreras, se encontraron rodeados por minúsculos y veloces pajaritos, tan pequeños que podían formar nido en la palma de las manos.

—¿Te has convertido en un amante de los pájaros? —dijo Eli sonriendo, pero Hassan negó con la cabeza, muy seriamente.

—Enséñaselo —le dijo a Johann.

Johann, metiendo una mano por un extraño bolsillo que colgaba de su túnica, sacó una bolsa de piel de ante y, abriéndola, sacó de ella un pequeño anillo de un metal blanco, que dio a Eli.

—Póntelo, póntelo —dijo.

Eli lo deslizó en el anular de su mano derecha, resultando venirle a la medida. De repente, con un silencioso aleteo, uno de los pajaritos —de color parduzco y tamaño no mayor que una mandarina— se posó sobre el anillo. Eli se lo quedó mirando y el pajarito hecho hacia atrás su cabecita y, sin otro aviso, vertió unas cadenciosas notas, sorprendiendo por su elevado tono en un ser tan pequeño.

—Ahora —susurró Hassan en el oído de Eli—, aprieta el anillo.

Así lo hizo y del anillo salió un sonido. Habló como un ser humano, diciendo:

«Encantado de conocerte, Eli».

Eli se quedó mirando a Hassan y Johann y dijo secamente:

—Es una idea.

—Usa ese anillo —dijo Hassan— estos pájaros, si es necesario, pueden dar media vuelta al mundo. Sin embargo, en tu caso, no será necesario; tendremos unos cuantos situados en el continente, no más de cien millas de donde tú estés. Usa este anillo y sal, al menos una vez al día, a cielo abierto.

—¿Habéis entrenado a los pájaros a venir a este anillo? —dijo Eli, mirándolo curiosamente.

—Entrenados no, sensibilizados —dijo con gravedad Johann— un proceso parecido a los instintos que les hacen emigrar.

—¿Y sus trinos pueden llevar cualquier mensaje?

—Cualquiera —respondió Johann— incluso de considerable longitud. Mira, el traductor que hay en tu anillo, calcula frecuencia, modulación, entonación y otras cosas que hay en cada nota, extrayendo la información. Es bastante complicado, te doy mi palabra. —Y se frotó las manos y ajustó las gafas con un gesto de obvia satisfacción.

—Ya veo —dijo Eli.

—Entonces —terminó Hassan— guarda el anillo, Eli. Hemos de regresar. Volveré para hablar contigo acerca de esto, Johann.

Johann cogió delicadamente el pájaro que todavía estaba sobre el dedo de Eli, y se lo llevó a través de otra barrera de luz.

Hassan condujo a Eli hacia la lancha y regresaron a casa. Y mientras estaban bebiendo café tranquilamente, Eli habló, un poco amargado y más bien para él mismo que a Hassan.

—¡Y yo que creía que me iba a librar de todo esto! —dijo mirando hacia el mar.

—Esto tú ya lo sabías, Eli —éste se volvió y vio que Hassan estaba hablando seriamente.

—Tenemos la obligación de saberlo. Por ejemplo, he tenido

noticias, desde que dimitiste, que algo se está preparando contra ti.

Eli siguió hablando a Hassan un largo rato v lentamente, cansadamente, asintió:

—Tenía que ser así.

CAPITULO III

El aparato empezó a descender hasta las aguas y Eli dijo, asomándose a la ventanilla:

—Entonces, ¿es éste el sitio?

—Sí —contestó Poby, pilotando el sub-aéreo cariñosamente hacia el océano. Eli distinguió más abajo un reflejo en las aguas azules de Florida, alrededor de las estériles arenas de Cayo Calayo Banks, solitario y perdido en el mar. Al principio fue como una moneda brillando y bailando sobre las aguas, hasta que se estabilizó y tomó las proporciones del transparente hemisferio de un techo solar, sobre una estación submarina. De repente, aterrizaron en medio de una nube de espuma y se dirigieron hacia el malecón que sobresalía enfrente de ellos.

Tocaron el borde magnético de una boya y quedaron sujetos allí, Eli se levantó y ayudado por Poby salió del aparato al malecón, pudiendo ver a través de la fantástica claridad de las aguas, los sesenta pies de la estación submarina y la blanca arena del fondo. Volviéndose hacia Poby, dijo:

—Bien, eso es todo, Poby ¿en qué Cúpula vives? Me lo dijiste una vez, pero lo he olvidado.

—Número Tres, Pacífico —dijo Poby.

—Muy bien, ahora escucha; quiero que te quedes en casa durante las próximas semanas o al menos, hasta que Kurt haga pública mi dimisión. Cuando lo haga, preséntate a él y ponte bajo sus órdenes, ¿comprendes por qué hago esto?

—Creo que sí —respondió Poby.

—Hace tiempo que lo tengo planeado de tal forma que pueda salirme rápidamente y sin armar ruido. Pero para el pueblo no puede ser repentino. Así que Kurt dirá que he ingresado en un hospital para operar mi rodilla. Sólo él y tú sabéis que ya no soy el Representante, confío que no lo dirás a nadie.

—No, Eli.

—Bien, dame una orden en blanco y te daré un mes de permiso con fecha anterior.

Poby sacó del sub-aéreo un libro de órdenes en blanco, en el que Eli escribió el permiso, lo firmó y puso su huella dactilar en el área sensible. Arrancó una hoja y se la dio a Poby.

—Aquí tienes —dijo dándosela, y algo en la mirada del muchacho le hizo añadir— ven a buscarme dentro de un año si todavía opinas igual.

—Lo haré, Eli, te encontraré —replicó el muchacho. Se estrecharon las manos y, lentamente, volvió hacia el avión, cerrando la portezuela tras de él. Hubo una chispa cuando los motores de la nave despegaron a ésta de la atracción magnética de la boya, se levantó del agua y se fue surcando el espacio. Eli se quedó mirando, la nostalgia no era una de sus debilidades, pero esta vez la sintió.

El sonido de pasos detrás de él, le hizo dar la vuelta. Una muchacha de unos veinte años y un hombre no mucho más viejo que ella, venían de la cubierta solar de la estación por una puerta, a prueba de agua y tormentas, que estaba abierta de par en par. Volvióse torpemente, vigilando su pierna, y les observó; un hombre alto y moreno y una mujer pequeña y rubia.

El hombre era de buena osamenta y joven, con una nariz larga y algo torcida, pero que no estropeaba el efecto general de su apostura. No debía haber más de seis años de diferencia entre este hombre y Poby, y, sin embargo, éste podría pasar por el padre del otro. No parecía viejo sino maduro; y probablemente parecía maduro desde sus dieciséis años, con una mandíbula sólida y rectangular, y una barba cerrada que debía requerir dos afeitados diarios. Pero los ojos eran claros, correspondientes a su edad, un poco inquietos y un poco amables.

La muchacha era otra cosa. De la misma edad cronológica, y, sin embargo, daba una sensación de eterna juventud. Pequeña y delicada, con un pelo mullido y sedoso, tanto que parecía haber desesperado de dominarlo y flotaba alrededor da su cabeza como una nube. Su rostro era alargado y frágil, con una piel tan delicada que, aunque no era verdaderamente hermosa, dejaba una huella indeleble en la memoria de cualquier hombre. Sus labios y ojos moldeaban visiblemente la expresión de cualquier cosa que ella dijese; de tal forma que desde aquel momento, hasta que Segó a conocerla perfectamente —e incluso entonces— Eli se ensimismaba contemplando estas dos partes de su rostro, mientras ella hablaba.

En este momento, ella habló, mientras se apresuraba por mantenerse al mismo nivel del paso del hombre.

—¡Eli, has llegado muy pronto! Me llamo Tammy Wina.

—Hola, Tammy —dijo Eli sonriendo y estrechando la mano que ella le tendía.

—Y este es el doctor Mel Bruger.

En un período en que los primeros nombres eran universalmente usados, incluso al ser presentados, Eli notó la sugestión de que un complejo de inferioridad atenazaba al joven, y respondió de acuerdo

con esto.

—Hola, Doctor —dijo, y fue recompensado por una radiante sonrisa por parte de Tammy.

—Hola —respondió Mel, estrechándole la mano. Su voz era profunda y el hablar lento—, Arthur Howell y Ntoane están abajo.

—Ambos son doctores también —dijo Tammy y la ligereza de la observación no fue notada por Mel.

Fueron hacia la estación, cerrando la puerta tras ellos, el aire dentro de la cubierta solar era caliente. Anduvieron a través de un pulido suelo de plástico, entre mesas y hamacas, y entraron en un ascensor cuyo hueco se proyectaba como una manga transparente en la cubierta solar. La cápsula del ascensor descendió al quinto nivel de la estación, unos doce pies sobre el fondo del océano.

Después del salón estaba el laboratorio y los dos hombres que allí estaban, miraron al entrar ellos. Uno era Arthur Howell, un hombre delgado, sobre los cincuenta años de edad. El otro era de piel negra, con un rostro de facciones sensibles, un hombre que a primera vista parecía un gigante al lado de Howell.

—Dr. Ntoane —dijo Tammy al llegar—, y ya conoces a Arthur Howell.

Al estrechar la mano y volver a mirar al hombre con el nombre Basuta, Eli percibió que se había dejado engañar por las apariencias, ya que Ntoane no era más alto que él. Un truco causado por las proporciones de un cuerpo ideal; ya que en verdad era un gigante en miniatura, con una expresión calmosa e inteligente, pero de ojos tristes.

—Encantado de conocerte, Eli —dijo estrechando firmemente la mano del recién llegado.

—No me hagas sofocar —sonrió Eli, y volviéndose a Howell—: Bien, Arthur —saludó, alargando la mano.

—Hola —contestó Howell, dando una rápida sacudida a la mano del otro y soltándosela—. Has sido rápido. Eso me gusta. ¿Qué opinas de la estación?

—Excelente.

—Eso opino yo también; bien, ahora que ya nos conoces a todos, ven a mi oficina. Quiero hablar contigo. ¿Puedes terminar tú solo, Ntoane?

—Desde luego, Arthur.

—Estupendo. Por aquí, Eli. —Y sin esperar más se fue; Eli con una apologética sonrisa para los demás, le siguió.

Howell le condujo a una oficina que había al final del laboratorio.

Un cuarto cuadrado equipado con mesa, silla y archivo. Howell se sentó en una esquina de la mesa y le cedió la silla a Eli.

El hombre que había mandado los cubos con el mensaje y que ahora se sentaba enfrente de él, con un pie apoyado en el suelo y el otro llevando el compás en el aire, pasaba de los cincuenta. Howell era delgado, sus codos eran huesudos, casi sin pelo en la cabeza y su cara surcada de arrugas; pero la violenta energía de un estudiante todavía se notaba en él, el que fuese brusco e intolerante, era parte natural de él.

—¿De cuánto tiempo puedes disponer? —pidió sin preámbulos mientras Eli se sentaba.

—Todo el que necesites —respondió Eli— he dimitido como Representante.

—Excelente —aprobó Howell, frotándose las manos, como si fuese normal el dejar uno de los cargos más importantes del mundo, para que él tuviese más tiempo para trabajar—. Bien, estoy casi seguro de que lo conseguiremos.

—¿Casi seguro? —preguntó Eli.

—No existe el cien por cien en medicina —dijo Howell, didácticamente—. Hace cinco años me preguntaste si el cuerpo humano podía ser reconstruido con partes nuevas, del mismo modo que un motor. Ahora estoy preparado para probar y contestarte esa pregunta.

—Conmigo.

—Precisamente —replicó Howell, enteramente inconsciente de alguna ironía— sin embargo, esto no debe de preocuparte. Hay otras rosas de las que quiero hablarte. Primera, me preguntaste qué era lo que tenía tu rodilla izquierda; bien, no tiene nada.

—Pero yo sé que hay algo —replicó Eli.

—Estás equivocado —dijo Howell— si te molesta es que eres un psicosomático; habla con Mel, está graduado...

—¿Es esa la razón por la que está aquí? —cortó Eli.

—No. Le necesito para operar. Yo soy un investigador puro y simple, yo no opero.

Eso está mejor, porque no tengo intención de ser visitado por alguien en ese aspecto. Ni ahora ni nunca.

—¿Por qué no? —preguntó Howell curiosamente.

—Porque es una pérdida de tiempo.

—Bien —contestó Howell—, no es de mi incumbencia. Primero tenemos que hacerte unas pruebas.

—¿Más pruebas todavía?

—Hemos de rectificar unos datos, nada de importancia —y miró su reloj de pulsera—. ¿Cuándo comiste algo por última vez?

—Esta mañana.

—Conforme. Te daré una pequeña dosis para dejarte inconsciente, de ahí pasarás a un sueño natural y podremos empezar las pruebas. Vamos.

Salió de la oficina y al pasar por el laboratorio cogió una pequeña cápsula verde y se la dio a Eli. Los demás no estaban en el laboratorio, Howell condujo a Eli a una amplia habitación, medio iluminada por el sol que se filtraba a través de unos treinta pies de agua y los dos pies de espesor del cristal de la ventana. Una cama completamente blanca estaba situada en el centro de la habitación, rodeada por mesas de instrumental, pero el resto de la habitación era como cualquier habitación de un buen hotel. Eli tomó la cápsula verde y, cuando Howell se marchó, se dejó caer en la cama y se durmió.

* * *

A una hora indeterminada, se despertó en la oscuridad. Por un momento creyó que sólo un par de minutos habían pasado y esperó a que la droga le redujese a la inconsciencia. Entonces, oyó un sordo rumor y vio el resplandor de pequeñas luces de control de las máquinas de operar. Levantó la cabeza y vio una silueta con una túnica blanca, que se movía por la habitación.

—¿Doctor? —preguntó inciertamente.

La figura de blanco se acercó y con una mano fría tocó su frente.

—Acuéstate —era la voz de Tammy—, duerme, Eli.

Volvió a acostarse y en su semi-inconsciencia, sintió la presión de unas suaves manos alrededor de sus muñecas, bíceps, muslos y garganta. Había algo agradable y familiar en la voz de Tammy que le hacía desear el oírla otra vez.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Analizándote; pulso, presión, metabolismo e infinidad de otras cosas. No hables, échate y cierra los ojos. Trata de dormir.

Cerró sus ojos y boca. La cama era agradable y la presencia de ella, le daba una sensación confortante.

—¿Te cuidarás tú de todo? —preguntó a punto de sumergirse otra vez en su sueño.

—Yo me cuidaré de todo —murmuró ella—, déjalo todo en mis manos. Y duerme, Eli, duerme.

Y así asegurado, se abandonó en su sueño y la oscuridad le

envolvió.

CAPITULO IV

Eli soñó que corría a través de una ciudad enorme y vacía. Los edificios eran altos y grises; y las calles al principio estaban vacías, pero al final, la gente que allí había vivido, volvía en un grupo y le rodeaban.

—Tienes que ir al Ayuntamiento en seguida —dijo un hombre de apariencia cansada.

—¿Por qué yo? —preguntó Eli.

—Porque tú estás marcado —dijo el hombre, y todos le rodearon instándole a ir.

—Bien, ya voy —y empezó a andar en la dirección del Ayuntamiento, pero cuando ya estaba a una buena distancia de ellos, gritó—: ¡He cambiado de idea! —y echó a correr.

Les despistó en un laberinto de callejuelas y salió a la carretera hasta que llegó a las afueras de la ciudad; y allí en una planicie había un campamento, como si fuese el de una legión romana. Adentrándose en él, vio que los soldados eran de una especie extraña, ni animal ni humana, y entonces un oficial le detuvo.

—Vuelve a tu sitio, centinela —le dijo.

—Yo no soy de los tuyos —contestó Eli—, mírame, soy como vuestros enemigos, la gente de la ciudad; incluso estoy marcado.

—Esa marca no importa, es meramente la manifestación de la marca en la superficie que te hace uno de nosotros. Mírala.

—No creo en marcas —y se marchó rápidamente esperando, a cada instante, sentir la mano del oficial sobre su hombro; pero al volverse vio que el otro todavía seguía en el mismo sitio, contemplándolo. Echó a correr hasta que llegó a la otra parte del campamento, en una parte del campo cubierta de neblina, siguió corriendo hasta que se dio cuenta de que se había perdido. Descansó un momento, sintiendo que debía seguir corriendo hasta encontrar un refugio. Se puso en pie y siguió adelante hasta que, de repente, se encontró frente a frente con Mel Bruger.

—¿Qué haces aquí? —preguntó éste.

—Estoy buscando algo.

—Eso es una forma vulgar de evasión, muy común en psiquiatría —dijo Mel—, lo que quieres decir es que estás huyendo de algo. Ahora bien, ¿de qué huyes?

Y entonces se despertó. Durante un momento estuvo quieto,

tratando de recordar el sueño. La habitación seguía sumida en la semioscuridad del sol filtrado, las máquinas apartadas de la cama y los brazos y piernas libres de hilos y cintas. Encendió la iluminación artificial hasta nivel de la luz del día y trató otra vez de recordar su sueño, pero se había evaporado de su memoria como la neblina matinal bajo el brillo del sol.

Se levantó y vistió con una túnica y faldilla que alguien, probablemente Tammy, había preparado para él. Los colores eran una nueva combinación oro y verde, lo que hacía cierto que Tammy fuese la responsable; un hombre no hubiese escogido unos colores tan llamativos. Se sentía más libre de las obligaciones que le habían aprisionado los últimos años y se fue a desayunar, vestido llamativamente, pero sin ningún remordimiento sartorial.

Howell estuvo tomando café mientras él desayunaba. Estaban los dos solos y, mientras comía su pastel de pollo, Howell le explicó los procedimientos de las pruebas por las que Eli debía pasar aquella mañana.

—¿Y por la tarde? ¿O la tengo libre para mí?

—Más o menos —dijo Howell un poco molesto, y dejando a Eli algo confuso.

Sin embargo, un poco antes de comer, cuando habían terminado las radiografías, incisiones y cortes—. ¿Listo? —preguntó Howell, asomándose al laboratorio donde Ntoane y Tammy habían hecho la mayor parte del trabajo—, supongo que ahora ya le podrás ver.

—¿Ver a quién? —dijo Eli, volviéndose a poner la túnica.

—No lo sé —respondió Howell algo bruscamente—, llegó esta mañana en un avión particular. Se llama Seth Maguin.

Eli se quedó sorprendido, pero Consciente de que su reacción era notada por los demás, siguió poniéndose la túnica.

—¡Ah, sí! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no quería interrumpir el trabajo.

—Procuraré que no moleste mucho —le aseguró Eli—, ¿dónde está?

—En la cubierta solar —dijo Howell.

—Gracias, voy en seguida.

Mientras subía en el ascensor, sintió un dolor leve en el antebrazo y otro dentro de la boca, en la mejilla izquierda, de donde habían cortado tejido para ser analizado por Tammy. Mientras exploraba la herida de su boca con la punta de la lengua, pensó en el agradable olor de las manos de Tammy, y la misma sensación de familiaridad que le acometió la noche anterior le vino ahora.

La cápsula del ascensor llegó al piso solar y allí, Eli, vio a un hombre alto y de facciones agradables que acababa de levantarse de una silla al verle llegar. La raza bereber se mostraba en su piel oscura y pelo brillante. Una capa negra, impermeable, colgaba de sus hombros. Sonrió al ver llegar a Eli, pero éste dijo sin otro preámbulo:

—Eres un estúpido Seth. Sellars vigila a los que vienen a verme, ¿quieres que te descubran?

—Eres mi hermano —dijo Seth—, y creo que estás en peligro. —Y así diciendo le alargó la mano, que Eli estrechó; luego se sentaron.

—¿Y qué es lo que te hace creer eso? —preguntó Eli.

—Eso es una pregunta muy ingenua; pregúntame cómo descubrí que estabas aquí, o cómo sé que no quisiste escuchar el cubo-mensaje que te mandé ayer a Cable Island. Al reconocer mi voz lo descubriste. Sé estas cosas, y tú podrías saber las mías tan sólo con derruir la paredes que has construido alrededor de esa parte de tu mente.

—No quiero hablar de eso otra vez —dijo Eli—, después de todo sólo somos medio hermanos.

—¿Y qué? —repuso Seth—, somos hijos del mismo padre; aunque él no supiese nunca que como resultado de una tórrida noche en Ankara, tenía otro hijo. Ni nosotros tampoco, hasta que nos encontramos frente a frente en la escuela, en Bermuda; al que habíamos sido enviados debido a nuestras altas calificaciones en las pruebas de inteligencia. Nos miramos y lo supimos. No solamente yo, tú también.

—Entonces, ¿por qué admites ahora nuestro parentesco?

—No lo admito en público —replicó Eli —y en privado… ¿cuál es la diferencia? El parentesco de sangre no es más que un accidente, afortunado o no, depende de cómo se mire.

—Importa cuando hay psico-habilidad en la sangre, y nuestro padre la tenía.

—¿De veras?

—Sí, y tú, y yo.

—No —dijo Eli, meneando la cabeza—, no quiero hablar de esto, tú eres un miembro y un adepto de sus ideas. Yo no y no creo en ellas. Dejemos esta conversación y dime cuál es el motivo que fe ha hecho arriesgarte a venir aquí.

—Esta es la razón por la que vine —dijo tranquilamente con una ligera expresión de tristeza.

—¿Para qué estás aquí?

—Eso es cosa mía —respondió Eli, mirándole fijamente.

—Perdóname —dijo Seth contristado—, pero, ¡sé tanto acerca de

ti! Sé que has abandonado la política y… tuve la esperanza de que te unieras a nosotros.

—¡No! —explotó violentamente Eli—. Vendí mi libertad por la política durante los últimos ocho años y nunca la venderé otra vez. Toda mi vida he tratado de habar la solución de mis problemas como una persona normal; de ahora en adelante, quiero hacer lo que me dé la gana.

—Eso es imposible para ti, Eli.

—Dime por qué.

—Porque el mundo no es así. La historia no lo permitirá y no me refiero al pasado, sino al presente, este momento, la forma en que determina el futuro. Este momento, que no es sólo en esta simple área, sino en todo el mundo; con todos sus hechos actuales y las potencialidades que estos hechos implican.

—No veo la relación conmigo —refunfuñó Eli.

—La hay y no puedes evitarla —replicó Seth—, un conflicto es inevitable, y tú eres uno de los factores en él, junto con nosotros los miembros, por nuestra creencia en el gran futuro de la raza; y Sellars con su grupo armado que teóricamente son meramente calificados como primeros auxilios usados en cualquier emergencia, pero que nosotros sabemos que son el centro del ejército que está formando contra nosotros.

Eli movió su cabeza intranquilamente contra el respaldo de la silla.

—Palabras —dijo—, suposiciones, rumores.

—¿Crees tú? Sabemos que Sellars está tratando de conseguir pruebas palpables de ese rumor que nos acredita por haber usado radiaciones duras y experimentos genéticos en humanos.

—Creí que Sellars era más inteligente. Todos sabemos que eso no puede ser verdad.

—Pero, Eli —dijo Seth—, es verdad.

Eli se lo quedó mirando como si no lo hubiese visto nunca.

—Era una solución —prosiguió Seth con tristeza en la mirada—, tenía que ser experimentado. Alguien tenía que probar; fue hace veinte o treinta años y los que sobrevivieron ya son mayores. Yo ni hubiese tomado esta decisión, creo, pero quizá porque sé que dichas tácticas no son la respuesta. Pero no puedo censurarlos. Como nosotros, los Miembros actuales, ellos sabían que el futuro de la raza corría peligro, un peligro tan definitivo como si una plaga estuviese azotando el mundo y amenazando exterminamos a todos.

—¿Dónde infiernos has adquirido estas ideas? —explotó Eli.

—¿Cuál es la característica de una especie que ha llegado a un

punto donde la evolución es necesaria? —siguió Seth imperturbable—. Las especies han alcanzado su límite de adaptación en su estado actual. Deben evolucionar, o si no…

—¿Qué es lo que no se puede adaptar?

—Energía atómica —dijo Seth, mirando a Eli—. ¿Quieres de veras que te lo explique?

—Si —respondió Eli.

—Bien —replicó Seth. Hizo una pausa mientras ordenaba sus pensamientos—, escucha: Yo digo energía atómica y tú te ríes, porque hace doscientos años que la tenemos y lo que ha hecho ha sido convertir al mundo en un sitio agradable en el que vivir. Pero esto es una apariencia muy superficial —se inclinó hacia delante y siguió hablando con gravedad—, quiero recordarte, Eli, algo que empezó al mismo tiempo que la teoría atómica y del que las físicas de esto formaban parte. Había hombres, incluso a mediados del siglo veinte, que decían que las presentes físicas habían abierto una gran sala y que más allá se podían ver sus paredes que, a excepción de algún descubrimiento nuevo y después de taponar algún agujero aquí y allá; este aspecto particular de la ciencia era completo.

—Durante doscientos años ha sido completamente explorado, dentro del alcance del ser humano. ¿En qué situación nos deja esto?

—Entre otras cosas nos deja sin defensas contra la energía atómica. Durante la larga historia del hombre el progreso ha sido; primero, una rama nueva, luego una defensa contra ella; luego un arma contra esa defensa; otra defensa más fuerte y así sucesivamente. Durante doscientos años hemos poseído un arma que es el no va más. No hay defensa posible, no hay más ciencia con la que construir una defensa; y así hemos vivido en una tregua intranquila. Nuestra solución ha sido no jugar con el fuego que puede quemarnos, pero esto es contrario a la naturaleza humana. Lo que ha hecho al hombre como es, fue su insistencia en jugar con esos fuegos. Durante doscientos años nos hemos aguantado, pero ya no podemos más. Mientras el arma existía, el problema de usarla también existe. Debe ser manejada y no puede ser manejada. ¿Cuál es la respuesta? Una: la respuesta clásica de la evolución física, sería adaptar con un físico al ser humano para que pudiese pasear por el centro de una explosión atómica sin peligro. El físico nos niega esto, así como las defensas. Dos: la solución del hombre sería descubrir algo en físicas que le capacitase para encontrar una defensa. Pero parece que no hay nada nuevo. ¿Qué te parece?

Seth terminó de hablar y se quedó mirando a Eli mientras éste se acariciaba la barbilla pensativamente.

—Dices que hemos Segado al final del trayecto, pero que no podemos parar. Lo único que podemos hacer es chocar.

—Sí.

—Entonces, si eso es verdad, ¿no crees que es un poco tarde para pensar en la evolución?

—Te diré —dijo lentamente Seth—, creo que la evolución empezó antes de lo que nosotros sabemos, antes de que explotase la primera bomba. Y creo que ya ha ocurrido.

—¡Ah! —replicó Eli. Esa debe ser una conclusión muy importante para los inutilizados por vuestros experimentos.

—¡Eli! Impresionante si quieres, pero no dejes que ello afecte tu opinión.

—El campo es todo vuestro, Seth.

—No me dejaste acabar. Nosotros, los miembros, hemos llegado a la conclusión, después de cuarenta años de trabajos y toda la evidencia que hemos podido obtener; que las psicofacultades tienen la misma relación con la raza humana que la inteligencia aunque no estén necesariamente en razón directa con la inteligencia. En fin, que todos las tienen, unos más que otros. Nosotros sabemos que existen...

—Yo no —interrumpió Eli.

—Pero Eli...

—Eso es lo que dije.

—Eli —dijo Seth con dureza—, a menos que te hayas cegado a ti mismo, no puedes haber vivido treinta y ocho años en esta época sin haber visto ejemplos de las ordinarias psicohabilidades en acción.

—He visto trucos en fiestas y reuniones —dijo Eli—, he oído rumores, pero nunca me han convencido.

—El cubo-mensaje que te mandé yo, por ejemplo.

—Puedo explicar más de un sistema para conseguir meter el mensaje en la bolsa de Poby, sin algún medio no físico. Pueden variar desde ilegales condiciones hipnóticas que hiciesen que Poby aceptase un segundo cubo, al mismo tiempo que lo negaba; hasta algún hábil ardid diplomático.

—Te aseguro que ese cubo fue teletransportado directamente desde el instrumento en que lo grabé hasta la bolsa sujeta al brazo de tu correo.

Eli volviose y sonrió.

—Si eso es verdad, ¿por qué te molestas conmigo? Sigue adelante y conquista el mundo.

—Porque en doscientos años nunca hemos conseguido poder confiar a nadie esta facultad. Tenemos hombres telépatas, que pueden

teletransportar, que pueden transmutar; pero en ninguno de ellos podemos confiar para hacerlo ordenar.

—Conmigo resultó —dijo Eli casualmente.

—Normalmente las cosas resultan contigo —replicó Seth—, he estado tratando de decírtelo durante treinta años. Pensamos, y yo creo, que tú puedes tener lo que nosotros necesitamos.

—¿Y qué es eso?

Seth dejó caer los brazos desesperanzado.

—¿Quién sabe? —dijo calmándose y volviendo a recobrar su tranquilidad natural y control de sí mismo. Continuó mirando fijamente a Eli—: Las psicofacultades no existen en un sólo talento extra, sino en un campo de extra talentos, entre ellos algunos inconcebibles. Por ejemplo, yo.

—Por ejemplo, tú —acordó Eli con buen humor.

—Mi talento, si es que lo quieres llamar así —dijo Seth—, reside principalmente entre algo como la intuición o un ver dentro de la gente y cosas. —Se levantó de la silla y empezó a pasear bajo la luz del sol que se filtraba a través del techo solar—. De vez en cuando algo se me presenta como un relámpago y a partir de entonces estoy tan cierto de ello, que no puedo ni negármelo a mí mismo.

—Y supongo —replicó Eli observándolo—, que tienes algo de esa intuición para conmigo.

—Sí —dijo Seth, interrumpiendo su paseo—. Lo sé, yo no creo Eli, yo sé que en este momento de la historia eres el centro al que todos debemos ir: Miembros, Sellars, Submarinas y toda la gente de los demás grupos.

—Demasiado tarde —dijo Eli—, he dimitido.

—Ya lo sé.

—¡No me hagas creer eso! —gritó Eli, levantándose de la silla—, ¡no puedes saberlo!

—¡Te digo que lo sé! —Seth le miró fijamente y por un momento sus ojos se encendieron y su cara se transfiguró con un salvaje y profético resplandor—. Sé porque mi función es saber de ti todo lo que es necesario. Estoy atado a ti por sangre y afecto. ¡En la hora que no aproxima no hay nada que nos pueda separar, ni el espacio, ni el tiempo, ni la muerte!

Durante unos segundos después de estas palabras, los dos guardaron silencio, contemplándose mutuamente. Entonces Eli habló, con dureza:

—¿Otra de tus intuiciones? —dijo sarcásticamente.

El rostro de Seth denotaba calma y gentileza, sonrió a Eli.

—Sí —respondió.

Eli suspiró, dio la vuelta y volvió a sentarse en su silla.

—¿Ves por qué no puedo aceptar lo que dices, Seth? —dijo cansadamente—. Es demasiado disparatado.

Seth esbozó una sonrisa y no contestó. Bruscamente Eli se volvió hacia una mesilla que había junto a su silla, en ella había una figurita blanca de plástico, representando una doncella griega con un cántaro de agua sobre el hombro. La cogió y la tiró al suelo, de tal forma que rebotó y fue a parar a unos doce pies de ellos.

—Bien —dijo tensamente—, vamos a ver cómo la colocas otra vez en su sitio sin tocarla.

Seth volvió la mirada hacia la figurita, por un momento sus facciones se tensaron, luego volvieron a relajarse.

—Lo siento —dijo dándole la espalda a Eli—, no puedo.

Eli suspiró profundamente:

—¿Yes? —dijo mirándole—, no es que haga alguna diferencia; incluso si tuvieses razón, si lo que dijeses fuese verdad, todavía diría que no. Lo que tú no comprendes… —vaciló—, lo que nadie comprende es que ya he terminado con estos interrogantes. Seth, ¿sabes lo que quiero hacer?

—¿Qué es lo que no has hecho? —sonrió Seth—. En tu juventud sé que hiciste de todo, todo en artes y en cuanto a ciencias…?

—La verdad es que yo buscaba lo que quería hacer —interrumpióle Eli.

—Yo creía que lo habías encontrado en la política.

—¡No! —replicó Eli—. Y todavía no lo he encontrado. Pero he encontrado un medio para encontrarlo.

Seth no contestó, pero siguió observándolo.

—Voy a decirte porqué estoy aquí —dijo Eli. Pasó el dorso de la mano, en un momento de debilidad, por su frente—. Siempre he estado buscando algo, tú lo sabes. El mismo algo. Y no lo he encontrado, y ahora me está empezando a faltar el tiempo.

Miró a Seth y apartó otra vez la mirada.

—Bien, he encontrado un medio de ganar tiempo. Si te lo explico, quiero que lo guardes en secreto.

—Si tú lo deseas —dijo Seth.

—Hace dos años —empezó Eli, tomando una profunda inhalación de aire—, el paso del tiempo me empezó a preocupar. No me preocupaba mi edad cronológica, sino que todavía no había conseguido lo que quería hacer. Y mi cuerpo iba llegando a su final, su tiempo se acortaba más cada día. Tuve una idea y busqué a Howell, el

encargado de esto.

—He oído hablar antes de él.

—Es un buen investigador médico, uno de los mejores —dijo Eli—, un poco irascible, pero bueno. Le propuse mi idea, y usando mi autoridad como Representante conseguí que nuestra Universidad cautiva de Miami le concediese una beca de investigación, esta estación y facilidades. La beca era para el desarrollo de nuevas técnicas en cirugía submarina.

—Cúpulas submarinas estarán interesados en eso, desde luego —asintió Seth.

—Pero eso no es lo que han estado haciendo —dijo Eli—, lo que han hecho es producir una técnica para reconstruir y reemplazar las partes desgastadas de mi cuerpo. En dos años han producido algo, Si sale bien, mi cuerpo se regenerará a un nivel de veinte años. —Miró a Seth y concluyó—: Quiero decir, prácticamente, la inmortalidad.

Seth parpadeó atónito.

—Así que ya ves —vaciló Eli—, tengo... que organizar mi propia vida. Un hombre tiene derecho...

La enorme pantalla tridimensional que se levantaba como una burbuja en el centro del piso solar, sonó en aquel momento cuatro armoniosas notas y la cabeza de Tammy aparecía en ella, con su tamaño normal varias veces aumentado.

—¡Ah! Estáis aquí —dijo girando hasta ponerse cara a ellos—, vamos a hacer un alto en el trabajo, pues es la hora del coctel. ¿Por qué no bajáis y os unís a nosotros? —Sonrió y desapareció, Eli se levantó de la silla—. ¿Vienes, Seth? —preguntó.

Seth sonrió.

—Iré por la compañía.

Fueron hasta el ascensor, el tema de discusión por un mutuo acuerdo silencioso, fue dejado aparte de momento. Entraron en la cápsula y Eli pulsó el botón del cuarto nivel.

—Una estación muy agradable —dijo Seth, mientras la cápsula empezaba a deslizarse hacia abajo.

—Sí —dijo Eli—, yo... —paró repentinamente y al mirarle Seth, dijo bruscamente—: ¡Nada! ¡Te digo que nada!

Seth no insistió y las paredes del ascensor siguieron subiendo hacia arriba, mientras ellos descendían. Pero Eli seguía mirando a través de ellas y más allá, manteniendo todavía en su retina la imagen de la cubierta solar, vista por última vez por encima del hombro de Seth, al entrar en el ascensor.

La figurita, la doncella griega con el cántaro de agua, no estaba en

el suelo donde él la había arrojado. Estaba de nuevo en pie, en su posición normal sobre la mesa.

CAPITULO V

La hora del coctel, descubrió Eli, era algo más que un momento de descanso. Era, más bien, una especie de celebración e inauguración que marcaba no solamente el fin de dos años de trabajo preparatorio, sino el principio de las operaciones ya que Eli debería empezar a prepararse para la primera después de esto.

Eli agradeció la oportunidad que se le presentaba de sentarse y contemplar a sus anchas a la gente que le iba a hacer un sinfín de cosas drásticas, de las que esperaba salir bien. En este momento pensaba, mientras escuchaba su arla, que el egocentrismo de Howell era más ¡en asegurador, el hombre estaba tan cierto sí mismo. Tammy, también le daba sensación de seguridad, aunque por una razón diferente. Parecía la clase de persona que se preocuparía de él, aun cuando estuviese inconsciente en la mesa de operaciones; que pensaría en él como en otra persona y no como carne y huesos que remendar. Tammy le confortaba y esto lo había notado la noche anterior, parecía que Un sentimiento de interés hacia él, emanaba de ella. En cuanto a Mel y Ntoane, eran los desconocidos. De los dos prefería al Basuto. Había una sombra de sabiduría en él que parecía faltar en el más joven. Quizás, pensó Eli, eso es lo que tengo contra Mel, su juventud. Pero normalmente me agrada la gente joven.

Sacudió la cabeza. Había algo en Mel que le aturdía y preocupaba; una sombra de un profundo y repudiado resentimiento contra Eli, por el que parecía no haber motivo. Eli siguió paseando hasta que Howell, vino inesperadamente a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Bien —consideró Eli—, aunque un poco asustado.

—¡De la operación, es natural! —dijo Howell—, un miedo atávico de ser herido, de estar indefenso. No tendrás miedo de morir, ¿verdad?

—¿Hay algún peligro? —argumentó Eli.

—Ninguno —rebatió Howell—, esta tarde te sumiremos en la inconsciencia con una solución lítica. Luego pasarán veinticuatro horas hasta que baje la temperatura de tu cuerpo, y ya te tendremos en la mesa de operaciones hasta que los órganos mayores sean sacados y reemplazados.

—Supongo que ya tenéis preparados los sustitutos —dijo Eli, notando unas ligeras náuseas al pensar en esto.

—Tienen que estar. Hemos tenido dos años para cultivarlos.

—¡Ah! ¿Son cultivados?

—Desde luego —dijo Howell observándole—, ¿no querrás que nos arriesguemos con algo obtenido en un banco de accidentes?

Eli no contestó en seguida. Creía que era mejor pensar en su nuevo corazón o hígado, o lo que fuesen a reemplazar, como accesorios naturales y no como los resultados impersonales de un baño cultivador.

—Sin mencionar los factores que podríamos introducir si hiciésemos eso —prosiguió Howell.

—Creo que —protestó Eli mansamente—, he oído hablar de partes cultivadas siendo rechazadas por el cuerpo de tal forma que…

—¡Tonterías —cortó Howell—. Al principio tuvieron algunos casos debido a un conocimiento incompleto del tipo de cuerpo. Pero no más desde hace veinte años. Es perfectamente simple. Cortar, conectar el suplemento mecánico, extirpar, reemplazar, desconectar el mecanismo y ya está.

Eli tragó saliva, en sus tentativas por darle garantías, Howell era bastante ineficaz.

—Si quieres venir conmigo a la sala de operaciones, te enseñaré nuestros procedimientos.

—No, gracias —dijo Eli y como respondiendo a una señal de alarma, Tammy y Seth vinieron a su rescate e interrumpieron la conversación.

Una vez estuvo libre, Eli dejó la reunión y fue arriba a la cubierta solar, para estar a solas con sus pensamientos. El sol se estaba ocultando, dejando un rastro dorado a través de las inquietas aguas del océano. El cielo estaba iluminado, pero hacia el Este las aguas estaban oscurecidas. Eli dio una vuelta cojeando, alrededor de la cubierta solar.

No había pensado tener miedo de nada. Pero ahora, fuese por la inesperada visita de Seth, o por la inminencia de la operación, un temor le estaba atenazando por dentro. No era del tipo que enfría el cuerpo y endurece los músculos; sino como si un ratón le estuviese mordisqueando su cerebro, o como si tuviese una úlcera en el estómago. Aunque lo negase a Seth, no podía negarse a sí mismo que se dirigía por el instinto. Y que en este momento el instinto le prevenía de algo… ¿de qué? Preguntándose esto, Eli, hizo una mueca de enfado; no faltaban cosas para quitarle la tranquilidad.

El mundo se agitaba en el borde de una explosión que le reventaría, como si fuese un globo. Según Hassan, había alguien que tenía designios sobre su vida. Y si esto no bastase, iba a convertirse en conejillo de indias y ser pasado a cuchillo para colaborar en el

descubrimiento de una nueva técnica en un laboratorio experimental. Más que esto —se detuvo en su paseo y se apoyó con un brazo sobre el respaldo de una silla, para contemplar sombríamente el inquieto océano— estaba la cuestión de su propia y profunda infelicidad y el estar fuera de lugar en este mundo. Sabía lo que estaba a punto de hacer y lo que había hecho; pero no había medio de saber si lo que había hecho y lo que iba a hacer, le traerían la paz.

Se sacudió estos pensamientos mórbidos, el sol estaba muy cerca del horizonte y se acordó que tenía que hacer algo.

Se sentó en una silla y pulsó la llave del comunicador en el centro de la mesa que había enfrente de él. No había pulsado la nave de visión, sólo la de audición. La burbuja, en la que la cabeza del operador debía de haber aparecido, siguió en blanco. Pero la voz salió de ella.

—¿Llaman?

—Mezclador —pidió Eli. Se refería a la estratagema mecánica en la Central del Mundo que mezclaba los mensajes al azar, hasta hacerlos completamente intrazables; y entonces los mandaba desde el sitio en donde él estaba hasta una de las bases en Cable Island.

Hubo una pausa y luego sólo un sonido salió do la oscurecida burbuja.

—Mezclador conectado. Adelante señor —dijo la voz del operador, se oyó otro sonido y Eli quedó enterado que hasta el operador estaba fuera del circuito.

—Número dos-nueve-cuatro, Cable Island —dijo Eli. De nuevo hubo una pausa casi imperceptible y la voz de Kurt Anders se oyó a través de la burbuja—. Aquí Anders —dijo.

—Kurt —llamó Eli—, soy yo. —Alargó la mano y apretó el botón de visión, inmediatamente la burbuja se aclaró, y pudo ver el rostro de su antiguo ayudante en las Cúpulas Submarinas. La delgada cara de Kurt parecía atónita, pero poco a poco se fue iluminando de alegría.

—Eli… —empezó Kurt, pero éste le atajó.

—No, no he cambiado de pensamiento; te llamo para decirte que puedes hacer pública mi dimisión. Si es que no lo has hecho todavía.

—No puedes hacer esto, Eli —dijo Kurt al fin.

—Claro que puedo —dijo Eli sonriendo—. Dime Kurt, siempre creí que eras la clase de hombre que anhelaba este cargo. Pero la verdad es que es un axioma el hecho de que nadie.

—No —dijo Kurt mirando a Eli fijamente—, no lo quiero.

—¿Te importaría decirme por qué?

—No, no me importa —replicó Kurt—, en una situación normal

hubiera sido natural y hubiera sido lo que yo deseaba. Pero tú me lo diste cuando empezaba a derrumbarse.

Eli siguió imperturbable, pero recibió una profunda impresión interna. No se había visto nunca en el papel de un hombre que entrega una sociedad en bancarrota, con los mismos aires que si fuese un valioso regalo, a uno que hace tiempo que lo viene deseando.

—Si es así como sientes, Kurt, no tienes porqué aceptar el cargo.

—¿No? Entonces, ¿quién más hay?

—Creo que Cúpulas bien pueden encontrar otro —aventuró Eli.

—¡Desde luego! Pueden encontrar a otro que se siente en tu mesa, pero eso no es lo que se necesita y tú lo sabes.

—Kurt —suspiró Eli—, ésta es la misma razón que ha mantenido a hombres en puestos de responsabilidad, en contra de su voluntad, desde que la civilización existe. No soy indispensable, ni nadie lo es. Y tú y en menor escala cientos de otros, estáis tan capacitados para ser Representantes de Submarinas como yo.

Kurt lo miró fijamente.

—Eso no es verdad, Eli.

—Lo es, lo creas o no —dijo Eli—. Me convertí en político como me hubiera podido convertir en agente comercial u hombre rana. Y si así lo hubiese hecho, Submarinas igual hubiese seguido adelante. Así que no veo el que yo sea tan indispensable ahora.

—¡Y te digo que lo eres! —replicó Kurt con desespero—. Submarinas sin ti va a la deriva… todo el mundo va a la deriva sin ti.

—No seas tan idiota, Kurt —dijo Eli, estallando en una carcajada —, te llamé, no sólo para que hicieses pública mi dimisión, sino para ver si podía ayudarte en algo. Pero ya veo que, aunque sólo mueva un dedo, me harías llevar toda la carga otra vez. No, Kurt, vas a tener que luchar tu solo. Adiós y buena suerte —y se dispuso a cortar la comunicación.

—¡Espera! —llamó Kurt—. Dime dónde estás, o al menos, dame un número de teléfono…

—No, sería demasiado fácil —apretó el botón y la pantalla se oscureció.

Suspirando, Eli meneó la cabeza y marcó otro número.

—Mezclador —dijo, sin esperar la voz del operador. Hubo la pausa de costumbre y la pantalla se iluminó apareciendo Hassan en ella.

—¿Estás llamando en directo? —preguntó el grueso jefe de policía, sin otro preámbulo.

—Claro que no —replicó Eli.

Hassan se encogió de hombros y respiró profundamente.

—Podía haber sido una emergencia, sin tiempo para mezclador, ¿cómo te va por ahí?

—Tal como se puede esperar, pero te he llamado porque quiero que me des una información.

—Encantado de serte útil, ¿qué es esta vez?

—Mi antiguo ayudante, Kurt Anders —dijo Eli—, ¿tiene problemas personales o algo de esa índole?

—¿Anders? —preguntó Hassan—, nada político, aunque tiene un problema de salud: está al borde de un colapso nervioso, según su médico. El cargo que le cediste le va un poco grande al muchacho.

—Bien, vigílale —dijo Eli—, si algo le ocurriese me gustaría estar enterado.

Hassan volvió a encogerse de hombros.

—Si es eso lo que quieres, aunque yo diría que tienes otras cosas de las que preocuparte.

—¿Oh? —farfulló Eli, con un tono irónico.

—Sí —prosiguió Hassan—, me ha llegado el rumor de que tu asesino ya ha sido escogido.

—Pero no sabes quién es —sonrió Eli, un poco sombríamente.

—No, pero según ese rumor, el asesino está contigo en esa estación, ahora mismo.

Eli sintió un escalofrío.

—¿Asesino dijiste? —demandó.

—O asesina, el sexo no se especifica, tú tienes la palabra; vigila los pajaritos, si sé algo definitivo te informaré en seguida. —Eli asintió y Hassan alargando la mano sobre los controles de su fono, preguntó—: ¿Deseas algo más de mí?

—No —dijo Eli levantándose—, no gracias. Eso es todo por ahora. —Y así diciendo cortó la comunicación. De repente oyó una voz a sus espaldas y dio la vuelta rápidamente.

—¡Ah, estás aquí! —gritó Tammy alegremente, avanzando hacia él —. Te he estado buscando por todos los sitios. El Dr. Howell está en la sala de operaciones; tienes que venir conmigo y te empezaré a preparar.

Eli se dejó conducir por Tammy a una habitación adjunta a la sala de operaciones y, una vez allí, se acostó obedientemente en una enorme camilla, cubriéndose hasta el cuello con un grueso edredón. Sólo un brazo quedó fuera, y en éste, en el cruce de las venas basílica intermedia y media cefálica, en el interior del codo izquierdo, Tammy clavó y fijó con espadrapo una aguja. De la aguja salía un tubo hasta una botella colgada de un estante en forma de T, junto a la camilla.

Eli miró el líquido de color pajizo que había en la botella.

—¿Es eso lo que Arthur llamó la «solución lítica»?

—Eso es —sonrióle Tammy, fijando la tira magnética que mantenía los lados del edredón fijos a la camilla, por el simple método de unirlos por debajo y pasar los dedos a lo largo de esta unión.

—¿De qué está compuesta la solución lítica? —preguntó Eli.

—Principalmente cloropromazina —respondió ella.

—¿Qué es eso? —quiso saber Eli—, ¿algo nuevo?

—Se usa hace más de ciento cincuenta años; descansa ahora.

Eli se movió nerviosamente en su capullo, el material que le incluía era pesado y frío. Notaba, además, la aguja a través de la cual la solución lítica entraba gota a gota, en su brazo; no le acusaba ya que una pequeña dosis de anestesia local había sido usada, pero le daba una sensación impropia de pesadez y presión en su cuerpo.

—Ojalá que esto me haga efecto pronto —gimió.

—Lo hará —dijo Tammy.

Eli bostezó y se despertó. Tammy no estaba y se encontró frente a Ntoane.

—¿Ha... habéis terminado? —preguntó con una voz un poco ronca e insegura. Aclaró su garganta.

—Todo terminado —dijo Ntoane—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo me encuentro? —repitió Eli.

Se dio cuenta entonces de que su capullo ya no estaba frío, sino caliente. En el interior de su cuerpo se sentía como siempre.

—Me encuentro bien —contestó.

—Bueno —dijo Ntoane; puso su dedo entre la cinta magnética y lo pasó a lo largo de toda la unión para separarla—. Cógete de mi mano y te ayudaré a levantarte.

—¿Levantarme? —repitió Eli. Se sentía ridículo al repetir cada palabra que Ntoane decía, pero le salían sin querer, parecía no tener autoridad sobre ellas.

—Eso es —dijo Ntoane—, espera, te ayudaré. —Le cogió por debajo de los hombros y le ayudó a sentarse en el borde de la camilla. Al doblarse por la cintura, sintió como si le acuchillasen el cuerpo por diferentes sitios.

—¡Ayúdame! —gritó, cogiéndose a Ntoane.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ntoane.

—Algo va mal dentro de mí —dijo Eli.

—Solamente las incisiones. En un par de días ni te acordarás que las tienes, vamos, levántate ahora.

Eli vio a Howell entrar en la habitación.

—¿Qué quieres decir, levántate? —replicó indignado—, ¡si estoy que no me aguanto!

—Tonterías —dijo Howell.

—Te sentirás mejor una vez te hayas movido un poco —dijo Ntoane comprensivamente.

Más animado, Eli dejó que Ntoane le ayudase a levantarse y le sostuviese mientras daba unos pasos inciertos alrededor de la habitación. Después de un par de vueltas, sudaba profusamente.

—Suficiente —dijo Howell al fin—, yo le sostengo Ntoane, mientras tú traes una silla de ruedas. —Y puso sus manos firmemente por debajo de los sobacos de Eli, sosteniéndole hasta que Ntoane trajo la silla de ruedas que había en el corredor. Una vez sentado, Eli pudo relajarse.

—Un poco difícil al principio —admitió Howell secamente—, ven Eli y te escogeré algo para comer. Después podrás atender a tu nuevo visitante.

—¿Otro visitante?

Howell estaba ya en el comedor de donde contestó:

—El Representante de Comunicaciones, Alan Clyde, creo que se llama.

Eli entornó los ojos y apretando el botón que había en un brazo del sillón, siguió al investigador.

Después de una comida consistente en líquidos, Eli fue a ver a Clyde. Lo encontró sentado con Seth en la solar, escuchando atentamente las palabras del Miembro. Al salir Eli del ascensor, ambos se levantaron.

—¿Os conocéis? —preguntó sonriéndoles.

—Ahora sí —dijo Alan alegremente.

—¿Cómo te encuentras, Eli? —preguntó Seth.

—Un poco dolorido en la parte mitad, por lo demás, bien.

—Bien, me alegro —dijo Seth. Miró en torno a Eli, y al joven representante de Comunicaciones.

—Os dejo con vuestra conversación. Perdonad.

Los otros dos asintieron y contemplaron su alta figura, hasta que se perdió de vista al bajar por el ascensor.

—Siéntate —dijo Eli volviéndose hacia Clyde.

—Gracias —dijo Alan poniendo su silla enfrente de Eli—. Kurt me dio tu dirección. Primero no quería y le tuve que decir que era una especie de emergencia.

—Está bien —dijo Eli—. Siendo tú, me parece bien que Kurt te haya dado mi dirección. Sin embargo, te agradeceré la guardes en

secreto, si no te importa. ¿Te dijo algo más aparte de esto?

—No —contestó Alan—, no pude sacarle nada más. Parecía preocupado. —Y miró a Eli fijamente como si esperase sorprender en éste una reacción, que fuese más informadora. Pero Eli permaneció inalterable.

—¿Qué te trae entre manos, Alan?

—Francamente —dijo inclinándose hacia delante, con los codos sobre los brazos de la silla y sus fuertes manos entrelazadas—. Me he convertido en tratante de caballos.

—Eso suena interesante —dijo Eli.

—Eso espero —replicó Alan bruscamente—. No voy a andar con remilgos. La cosa va así: Tony Sellars ha hecho una oferta a Comunicaciones.

—¿Comunicaciones o a ti? —preguntó Eli.

—A mí como Comunicaciones —replicó Alan—, naturalmente no puedo decirte más que es una proposición para combinar fuerzas de hoy en adelante. Creo que tú eres capaz de ver lo que ello implica.

—¿Y bien? ¿Por qué vienes a mí?

—No he aceptado todavía. Como te dije me he convertido en tratante de caballos y pensé que, quizás tú tuvieses algo que ofrecer.

—Oficialmente —dijo Eli cautelosamente—, yo no puedo ofrecerte nada. A Submarinas, sin embargo, les gustaría tenerte a su lado.

—No me refiero a eso —dijo Alan reclinándose en su silla—. Compréndeme Eli, no estoy tratando de satisfacer mis ambiciones personales. Soy el Representante de un grupo pequeño, pero vitalmente importante, que no puede permitirse una decisión errónea. Si los Grupos siguiesen como en la última mitad de siglo, con el poder del mundo balanceándose entre ellos, nunca abandonaría nuestra posición tradicional desconectada con alguna fuerte asociación de grupos. Pero tú y yo sabemos que se aproxima un cambio; y francamente, quiero estar del lado vencedor.

—Ya veo —dijo Eli, acariciando su rodilla pensativamente— por la fuerza de la costumbre, ya veo que tendré que confiarte cierta información, si prometes guardarla secreta hasta que se haya hecho pública oficialmente.

—Desde luego —afirmó Alan.

—He dimitido como Representante.

Alan permaneció quieto durante un segundo, mirándole.

—No comprendo —dijo finalmente—. Lo he dejado, me he retirado, he abandonado el cargo —amplió Eli—. Kurt tiene mi renuncia. La verdad es que ya debería de haberse hecho pública.

Oficialmente, no tengo por qué estar discutiendo contigo asuntos de Submarinas.

La esculpida faz de Alan mostraba confusión.

—Sigo sin entender —dijo.

—Nunca me gustó ser Representante —suspiró Eli—, no, he renunciado. Kurt está encargado provisionalmente y probablemente las Cúpulas le confirmarán en el cargo. Sugiero que regreses y hables con él.

—No —dijo arrugando el entrecejo—, no creo que vaya.

—¿Por qué no? Tú querías a Submarinas de tu lado y Kurt es Submarinas.

—Evidentemente no comprendes Eli —denegó con la cabeza—. No era Submarinas lo que yo quería. Eras tú. Sin ti, Submarinas es simplemente otro Grupo compuesto, e incluso con menos influencia, ya que no tiene contactos en el continente.

—Un momento —dijo Eli—, Submarinas tiene dieciocho pequeños grupos de coalición.

—¿Y cuántos tendrá cuando se anuncie tu dimisión? —preguntó Alan—, sé franco Eli. Todo;1 en Cable Island conocemos a Kurt, es un individuo agradable, pero no llega ni al tipo medio como Representante. Esperar que ocupe bien tu lugar es pura fantasía.

Mentalmente, Eli se mordió el labio inferior. Los hechos presentados por Alan, eran innegables. Y más que eso, era solamente un reflejo de cómo los demás Representantes de Grupo, reaccionarían al ser anunciada la noticia.

—Lo que no comprendo es porqué te retiras —preguntó Alan, mirando la silla de ruedas—.. ¿Tu salud?

—No, no —dijo Eli cansadamente—, es lo que te dije. Quiero dejarlo.

Hubo una pausa y Alan volvió a hablar, con doble intención:

—He creído reconocer a Seth Maguin, es un miembro, ¿verdad?

—Y tampoco estoy llevando negociaciones decretas con los miembros —dijo Eli—, lo creas '' no, Alan, es simplemente lo que te he dicho.

Alan se encogió de hombros y se puso en pie.

—No tengo porqué perder más el tiempo entonces —sonrió y de repente se puso serio—. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, no?

—¿Qué?

—Significa que Tony va a conseguir lo que quiere, en bandeja.

—¿Estás seguro de comprenderlo? —preguntó Eli.

—¿Quién lo comprende? —dijo Alan, pero tengo una ligera idea de

lo que quiere, porque me lo explicó al hacerme su oferta.

En aquel momento se oyó el ruido del aire desplazado por el ascensor al subir, Seth salió de él y fue directamente hacia la pantalla tridimensional.

—¿Qué pasa, Seth? —preguntó Eli maniobrando su silla hacia la pantalla, Alan les siguió.

—Recordarás Eli —respondió Seth—, que te mencioné algo acerca de pruebas palpables que se tenían que descubrir... —Bajo sus dedos se oyó el click del contacto y un punto colorado en el centro de la burbuja fue aumentando de tamaño, hasta ocuparla toda. Tres cuerpos, podían ser vistos en la pantalla, con los rostros cubiertos, reposando en las mesas de lo que parecía ser un hospital o un depósito de cadáveres. La voz de un locutor decía:

«...aproximadamente a las diez veinte de esta mañana. Un gentío se había congregado bajo el rumor de una reunión ilegal de los Miembros en los sótanos de la biblioteca de Ginebra. A las diez, los ánimos estaban tan exaltados que entraron en masa en la biblioteca, buscando la entrada de los sótanos. Fue momentos después, cuando se oyó la explosión. Aparte de los tres cuerpos que ustedes están ahora contemplando, nadie más fue herido. Autopsias serán practicadas en estos cadáveres, para ver si presentan anormalidades como resultado de experimentos ilegales con control genético o radiaciones duras. Opiniones extraoficiales por doctores locales que han examinado los cuerpos, indican que dichas anormalidades existen en los tres. Si esto es verdad, la hace tiempo mantenida acusación de que los Miembros...

Como en un sueño, Eli contempló como lentamente, Seth y Clyde, se volvían hacia él. La cubierta solar resplandecía y sus rostros parecían flotar lentamente hacia él, creciendo enormemente al acercarse. Sus labios se movieron, pero de ellos no salió ningún sonido, y en sus ojos había un conocimiento y una pregunta.

—¡No! —gritó Eli poniéndose de pie bruscamente—, ¡no, no puedo!

Alargó un brazo para apartar la visión de sus rostros. La solar rodó alrededor de él y se sintió caer hacia delante, en las tinieblas.

Abrió los ojos pesadamente por la somnolencia de las drogas, encontrándose en la cama que tuvo al principio, en la semioscuridad del sol filtrado. Tammy se movía silenciosamente por la habitación.

—Tammy —la llamó.

Al oír su voz dejó lo que estaba haciendo y fue hacia la cama, mirándole extrañamente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó dulcemente. Su voz sonaba

fresca y calmante en la silenciosa habitación, como una agradable compresa para la fiebre que le dominaba.

—No lo sé —contestó con franqueza y añadió—: Sí que lo sé, me encuentro muy mal.

—¡Oh, Eli!

El dolor que había en esta exclamación le sobresaltó, y al mirarla, vio lágrimas en sus ojos.

—Pero, Tammy... —tartamudeó.

Ella no contestó y Eli la siguió contemplando, viéndola ahora realmente por primera vez, la tersura de su piel, la delicada curva de su barbilla, su boca inconsciente y ojos que hablaban por sí mismos; todo en este ˆmomento estaba en tensión y acentuado por el dolor de un amor que él no había sospechado.

El desamparo en que ella se encontraba le impresionó y le tendió sus brazos, a los que ella se acogió, echándose en la cama junto a él. Eli sintió el peso ligero de su cuerpo apretado junto a él y la humedad de sus lágrimas contra su cuello. Torpemente pasó sus brazos por los hombros de ella, apretándola hacia él, Tammy lloraba silenciosamente, pero con alivio; y él permaneció silencioso, mirando al techo.

—¿Cómo ocurrió esto? —dijo Eli finalmente.

Ella giró la cabeza de forma que su cara estuviese hacia él. El calor de su respiración iba y venía con sus palabras, haciéndole cosquillas en la oreja.

—Siempre te he querido —dijo ella— desde que era una chiquilla.

—Pero si no me conocías —protestó él.

—Sí, sí te conocía —respondió—, hace doce años, cuando tú estabas en Acapulco. Vivías en un anexo en la playa de Monteferrato. Y nosotros dos anexos más allá, acuérdate.

Eli dejó que su mente volviese atrás, a los años de su vida vagabunda, a los veinte años. Había vivido temporadas en muchos sitios diferentes y, sí, había estado en Acapulco. Era cuando estaba interesado en la pintura y había ido allá por el sol y el océano. Recordó los anexos en la playa del «Hotel Monteferrato», los rayos del sol de la mañana reluciendo sobre los techos solares. Y se acordó de un tal doctor Wina, bajito, rechoncho, barbudo, cuyo pasatiempo era la geología marina. El Dr. Wina, su esposa —una señora alta y rubia —, como Tammy y una hija de doce años.

—¿Eras tú? —preguntó incrédulamente.

—¿Me recuerdas? —dijo ella.

La chiquilla se unía a él temprano, en la playa de Hornos, antes de

que la gente llegase. Recordó la larga curva de la arena húmeda, arena tan blanca y agua tan azul, que parecía el anuncio abigarrado de una agencia de viajes. Pasaron dos meses antes de que su intranquilidad le indujese a cambiar de ambiente.

—Me acuerdo —dijo, reposando en la cama—, hace doce años, y todo este tiempo has estado creciendo.

—Yo no te olvidé —siguió ella— y cuando te metiste en política, seguí todo lo que hacías.

Creí que te casarías y crearías una familia. Pero no lo hiciste, ¿por qué Eli?

—No lo sé —dijo mirando el techo—, habían tantas cosas que hacer.

—Te contemplaba en la pantalla, nunca perdí una de tus apariciones en televisión. Papá conocía a Howell y cuando tú planeaste esto..

—Sí —dijo Eli suavemente.

Callaron los dos y al cabo de un rato, ella le besó y se marchó. Pero Eli no se movió, siguió donde estaba, acostado cara arriba, mirando al techo y pensando.

CAPITULO VI

—No —dijo Eli—, no tiene nada que ver contigo personalmente, Mel. Y lo siento Arthur. Pero seguiremos sólo con la parte física y eso es todo.

—¿Y qué pasa si te vuelve a ocurrir lo de hoy? —preguntó Howell, y volviéndose al joven junto a él, dijo—: Házselo comprender, Mel.

—Eli —dijo el joven sin mucho optimismo.

—No —dijo Eli. Se levantó, apretando los dientes contra el dolor de las todavía dolorosas, incisiones y giró las piernas hasta el borde de la cama—. Lo siento caballeros, pero nada de psiquiatría. Y ahora me gustaría levantarme, a menos que tengas algo que objetar, Arthur.

—No —gruñó Howell—, quiero que te levantes, pero también quiero que tengas cuidado de ti mismo. ¡Maldita sea!

—Estamos de acuerdo —dijo Eli cogiendo sus ropas—. ¿Qué más hay preparado para mí?

—Inyectarte productos químicos —respondió Howell mirándole duramente—. Ven al laboratorio y Ntoane te inyectará los de hoy. ¿Puedes andar?

—Probaré.

No fue fácil. Las incisiones todavía le dolían, pero yendo lentamente y apoyándose en algo, podía andar bien. Mel le dejó en la entrada de su habitación, pero Howell le siguió y estuvo presente mientras Ntoane le aplicaba las inyecciones.

—Me pregunto —dijo cuando hubieron terminado—, si te das cuenta, Eli, cuán drásticos e importantes son los cambios que hemos operado en ti.

—Dímelo —respondió Eli, siguiéndole la corriente.

—Es lo mismo, dudo que el explicártelo te impresionase. Pero lo que quiero decir es que quizá te consideres el mismo hombre de siempre y no lo eres.

—Eso espero —bromeó Eli.

—¡No es cosa de broma! —aulló Arthur—. Estás en una tierra de nadie médica. Cualquier cambio puede sobrevenir.

—Te leo en alfa voz y con claridad —dijo Eli. Era la clase de humor amargo que le venía ocasionalmente, cuando se le empujaba demasiado lejos—. Y ahora creo que me voy a ir arriba a la solar. —Se marchó y Howell, con ojos encendidos por la ira, dio un paso tras de él.

—Arthur —suplicó Ntoane y Howell se detuvo.

Subiendo en el ascensor, Eli sintió otra vez la intranquilidad dentro

de él. Hassan había dicho que uno de los de la estación —¿incluía a Seth en eso?—, era un asesino, con órdenes para matarle cuando fuese la hora. Hassan no era del tipo de hombres que cometían errores.

Pasó lista a los que compartían la estación con él: Howell, no; Ntoane, tampoco y Tammy jamás. Su mente se apartó de la idea de que Tammy pudiese ser. Quedaba Mel.

Con una súbita decisión, apretó el botón de paro y apretó, a renglón seguido, el botón del nivel de las salas de trabajo privadas de Mel.

Cuando entró en la oficina, Mel estaba sentado detrás de su mesa, junto a un montón de papeles. Al ver entrar a Eli, dejó los papeles.

—¿Ocupado? —dijo Eli y Mel negó con la cabeza. Eli apretó el botón que cerraba la puerta detrás de él—. Pensé que me gustaría tener una charla privada contigo —dijo.

—Siéntate —dijo Mel, señalándole la silla junto a su mesa. Eli fue cojeando hasta ella y se sentó, notando la punzada de sus incuradas incisiones al hacerlo. Se dio cuenta de que Mel lo observaba con mezcla de curiosidad y de cautela.

—Supongo que te preguntarás por qué no te dejo trabajar en mi mente —dijo Eli a bocajarro.

—No puedo evitar el preguntármelo —contestó Mel—, el miedo al psiquiatra existe desde el siglo pasado.

—Posiblemente —dijo Eli sin comprometerse—, dime, ¿qué crees que podrías hacer por mí? ¿Y cómo lo harías?

Mel se encogió ligeramente de hombros.

—Primero exploraría para ver qué base psicológica hay en esa cojera tuya —miró la pierna de Eli—, la razón por la que te haces eso a ti mismo puede tener raíces más profundas y molestas de las que puedes esperar.

—Sé cuáles son las raíces, gracias —dijo Eli secamente. Mantuvo la mirada fija en Mel.

—¿Estás seguro? —preguntó el joven, sonriendo—, es casi un axioma, ¿sabes?; la verdad es que no lo quieres, ¿no es así? se conoce a sí mismo, o las razones que le hacen actuar como actúa. Más que un microscopio puede ser usado…

—Para examinarse a sí mismo. Lo sé —interrumpió Eli bruscamente—. Eso no es lo que quiero decir. El hecho es que yo sé algo en conexión con mi cojera, lo cual por razones puramente prácticas, prefiero guardarlo para mí.

—Pero no tienes idea del daño que te puedes estar haciendo a ti mismo. —Mel se inclinó sobre su mesa hacia Eli—. Todavía opino que

hay una cierta cantidad de temor a la psiquiatría, basándome en tu negativa de cooperar en esto. Te prometo que no correrás peligro. Cualquier cosa que desees ocultar, estará oculta dentro de mí, como lo estaría con cualquier médico.

Eli siguió mirándole y una sonrisa floreció lentamente en sus labios. Era una sonrisa algo más que sardónica.

—¿Incluso si descubrieses cierta relación entre Tammy y yo? —dijo con sequedad.

Mel enrojeció y se irguió bruscamente en su silla. Entonces, con un esfuerzo, se recostó otra vez.

—Eli —dijo—, tienes cierta hostilidad hacia mí. Contestándote con franqueza te diré que preferirla no descubrir nada en tu mente relacionado con Tammy. Por otra parte, soy un médico. Con la ética de un médico y un sentido de responsabilidad hacia mi paciente.

—Ya veo —respondió Eli sin inflexiones en su voz— pero todavía no me has dicho cómo lo harías.

—Hipnoterapia, para empezar —dijo Mel mirándole—. Tendríamos que tratar de traer a tu mente consciente, cualquier cosa dolorosa que tu subconsciente ocultase.

—¿Y estás seguro de que hay algo oculto?

Mel sacudió la cabeza con aire de enfado:

—Todos los seres humanos ocultan cosas —dijo— si estas represiones no causan problemas, no hay porqué eliminarlas. Si los causan, entonces las perseguimos.

—¿Con hipnoterapia y otras técnicas que ponen al paciente completamente en manos de su doctor? —dijo Eli.

—Sí, si esa es la forma en que lo prefieres —respondió Mel.

—Esa es la forma en que lo prefiero y esto es lo que quería aclarar contigo —se levantó de la silla—. No he vivido hasta ahora en el mundo de la política, y fuera de él, sin saber cuándo tengo que hacerme vulnerable y cuándo no. En esta ocasión no creo que deba arriesgarme.

Mel sacudió la cabeza con un aire obstinado, pero derrotado.

—No puedo forzarte —dijo.

—Eso es, no puedes; pero es interesante pensar porqué creíste poder.

Mel lo miró extrañamente.

—Sería por tu propio bien —dijo.

Eli lo consideró por un momento.

—Así que tú eres uno de éstos. Eso es lo que quería saber —dio la vuelta y se marchó.

Atravesó pensativamente la sala del nivel; y de repente se dio cuenta que pasaba por delante de la entrada al laboratorio de Ntoane. Se paró junto a ella, dudó un segundo y entró. Ntoane, usando un delantal del laboratorio, estaba lavando algunas vasijas de cristal. Se volvió y secó sus manos, mientras Eli se aproximaba.

—¡Eli! —dijo— siéntate, siéntate. ¿Cómo te encuentras?

Eli se sentó sobre una banqueta y respondió alegremente.

—Tan bien como era de esperar, y tú, ¿qué tal estás?

—¡Oh, muy bien! —dijo Ntoane, dejando la toalla— y si te encuentras bien, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—Nada en relación con mi estado de salud —contestó— o quizás sí. Acabo de tener una pequeña charla con Mel acerca de sus remiendos en el interior de mi cerebro.

—Veo que todavía no has aceptado —dijo Ntoane.

—No, ni aceptaré. —Eli miró penetrantemente al hombre de piel oscura—. Mel parece ser algo fanático.

Ntoane arrugó el entrecejo y miró el material que había estado lavando, antes de contestar.

—Es muy buen físico —dijo Ntoane— con toda su juventud.

—Si fuese tu mente, tu ego —dijo Eli, bruscamente— ¿se lo confiarías?

—Sin reservas —replicó Ntoane.

—¿Incluso si sospecharas que su interés no es del todo médico, en la parte de tu existencia concerniente a la persona de una joven dama? —dijo Eli haciendo una mueca. Los ojos de Ntoane replicaron sin expresión, sin comprometerse.

—Eso es algo que no puedo juzgar.

—Verás porqué considero importante el hecho de que sea un fanático. Los fanáticos juzgan en términos de sus propios valores del bien y del mal, no sólo para ellos mismos sino para los demás también. Y actúan con estas decisiones en lo que concierne a los demás.

—Todos somos fanáticos de una forma u otra, Eli —dijo— tú, yo... —hizo un gesto con las manos en señal de rendición.

—Lo admito en mi caso —dijo Eli, observándole— es o era parte de mi oficio. Pero no me digas que tú eres un fanático.

—Me considero uno —dijo Ntoane—. También tengo mis modelos del bien y del mal. Y me gustaría verlos impuestos en más gente que lo están ahora.

—¿Y qué es lo que te gustaría imponer? —interrogó Eli.

—Los principios de paz y progreso —dijo Ntoane, devolviéndole la

mirada—. Progreso para la paz, y progreso pacífico de allí en adelante.

—Diría —replicó mordazmente Eli— que lejos de ser un fanático, eres un hombre muy poco práctico, Ntoane.

Ntoane hizo el mismo gesto con las manos pero no contestó.

—¿Así que tú crees que no debería preocuparme acerca de Mel? —dijo Eli.

—Harías mejor en preocuparte acerca de mí.

Eli negó con la cabeza.

—Haría mucho mejor en preocuparme de mi mismo —dijo sobriamente—. ¿Sabes dónde ha ido Howell?

—Creo que está durmiendo —dijo Ntoane—. Trabaja a todas horas, sabes. —Miró a Eli como suplicando— es por eso que estaba de mal humor hace un rato; hacía muchas horas que no se había acostado. Es su manera de ser.

—No me había fijado en eso. Bien, ya le veré otro rato —dijo Eli levantándose del taburete, creo que voy a ir arriba a la solar y descansaré tomando el sol. —Dio media vuelta y se fue hacia la puerta.

—Eli —la voz de Ntoane le hizo detenerse—, Eli, alguna vez tienes que empezar a mostrarte al mundo—. Eli sonrió torcidamente, meneó la cabeza y salió.

Subiendo otra vez en el ascensor, Eli sintió un súbito pesar; un pesar relativo a su poca consideración por Howell.

Podía ser que la culpa fuese del viejo, pero eso no le excusaba. El conocía el carácter de Howell antes de comprometerse a esta reconstrucción corporal. No era costumbre de Howell el conceder el mérito de su trabajo a otra persona o r a; Eli que podía adaptarse, se dijo así mismo que era él, el que debía tomar la iniciativa.

Pero no debía hurgar más en su mente. No, ni ahora ni nunca. Esto no era una psicosis casual que había aislado una parte de él mismo, sino una conscientemente ganada por una larga agonía y largo esfuerzo. Hacía veinte años que había colocado la última piedra, «requiescat in pace», pero no podía descansar en paz, ya que —¡por el amor de Dios, Montessori!— era parte de él y no moriría, aunque se enterrase y se olvidase. Sí, olvidar; y no podía recordar lo que verdaderamente fue, pero recordaba que no debía recordar. Algo infernal: estar consciente del sufrimiento y no poder evitarlo.

—Eli.

Miró, era Tammy.

—Eli —repitió, sonriendo y yendo hacia él—, saliste del ascensor

como si no me hubieses visto.

—Estaba en las nubes —dijo Eli sonriéndole también—, estaba haciendo planes para el futuro.

Ella enrojeció y cambió de tema.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió—, excepto las incisiones. —Cogió una silla que había en la solar y se sentó con agradecimiento—. ¿Dónde está Alan Clyde?

—Se marchó —dijo Tammy sentándose enfrente de él—, y Seth también.

—Vaya, es una lástima; hacía años que no veía a Seth y me hubiera gustado hablar un poco más con él.

—¿Importa eso mucho? —preguntó ella con un hilo de voz.

Eli la miró asombrado.

—¿Importa mucho, el qué?

—El que no pudieses hablar más con él.

—¡Ah! —dijo Eli—, bueno, supongo que no mucho. ¿Por qué?

—¡Entonces no te enteraste de las noticias por la pantalla de tu habitación! —dijo Tammy alegremente—. Creí que lo sabías, pero que pretendías ignorarlo.

—¿Ignorarlo?

En lugar de contestar, se puso de pie y arrimó su silla hacia la pantalla de la solar, en el centro del piso. Pulsó un botón y la imagen de un locutor tras de su mesa, tomó forma en la burbuja.

—Ayer empezó —dijo ella. La voz del locutor les Segó claramente.

—...y en otras capitales la historia es la misma. Todos los centros de actividad conocidos, de los Miembros, todos los hospitales, fundaciones y laboratorios han sido arrasados por asociaciones improvisadas de ciudadanos. En algunos casos las autoridades civiles o grupos locales han intentado dar santuario a conocidos Miembros, y el resultado ha sido: luchas entre la gente del pueblo...

—¿Qué es esto? —interrumpió Eli, volviéndose hacia Tammy.

—Ese primer ataque a los Miembros en Ginebra —dijo Tammy—, ese fue el principio. Al mismo tiempo empezó a ocurrir en otras ciudades. Clyde se marchó en seguida.

—...Representantes de varios grupos están intentando restablecer el orden. Algunas ciudades están incomunicadas y no se sabe lo que puede estar ocurriendo allí en éste momento; pero hay señales de que luchas en gran escala progresan en dichas ciudades. Entre las que no tenemos información están: París, Río de Janeiro, Praga, Belfast y la mayoría de las ciudades que se asoman al Atlántico en Norteamérica.

En otras localidades, unos gobiernos locales se están organizando provisionalmente para prevenir el saqueo y otros desórdenes criminales; y varias organizaciones, en particular Transporte, calificadas como de primeros auxilios y asistencia armada, han sido de los más destacados. De momento…

—¡Ciérralo! —gritó Eli, hablando a través de sus dientes apretados. Parecía helado en su silla, tan rígido como si se hubiera paralizado de repente. Sólo cuando Tammy obedeció y la imagen se hizo pequeña y desapareció, Eli se relajó, casi desmayándose en la silla.

—¡Oh, Eli, Eli! —dijo Tammy arrodillándose junto a la silla—, ¡no lo sabía, no lo sabía!

Eli sudaba profusamente.

—No pasa nada —tartamudeó—, dame… dame algo de beber.

Casi escondido contra el suelo y junto al ascensor, había un bar pequeño, pero moderno.

Tammy corrió hacia él y volvió con un vaso medio lleno. Eli se atragantó, pero consiguió hacerlo bajar y entonces se recostó pesadamente en la silla, dejando caer el vaso al suelo.

Lentamente su cara relajóse; las arrugas de dolor se alisaron y el color volvió a su piel. Respiró más fácilmente. Tiernamente, Tammy secó el sudor de su rostro y esperó.

—No pasa nada —dijo Eli con un gran suspiro—, ya me encuentro bien.

—Lo siento, Eli, lo siento mucho.

—No es culpa tuya —dijo Eli—, ¿cómo ibas tú a saber mi reacción? También a mí me tomó por sorpresa.

—¿Pero, qué te pasó? —preguntó ella, sentándose de nuevo en un almohadón junto a su silla, y cogiendo su fría mano entre las de ella.

Eli no la miró.

—Nada —musitó—, nada, algunas veces hay algo que me molesta —calló un momento—. Seth se fue, ¿no es eso?

—Tan pronto como las noticias empezaron a empeorar —contestó ella—, me dijo que estabais emparentados, Eli.

Eli la miró con tal expresión de terror que ella se empequeñeció en su almohadón.

—¡Eli! —dijo con voz agitada—. ¿Qué secreto es ése?

La mano de Eli que reposaba en el brazo de la silla,, se convirtió en un puño, luchando consigo mismo por recuperar su auto-control.

—Nadie lo supo antes, más que nosotros dos.

—Pero, no comprendo.

—Te lo explicaré —dijo, apartando su mirada de ella—. Incluso mi

padre nunca supo que Seth era su hijo. Yo nunca sospeché que tenía un hermano, siempre creí ser hijo único.

»Yo era una criatura muy singular —continuó dolorosamente—, las cosas me molestaban y yo no podía hacer comprender a nadie porqué; cosas ordinarias que no molestaban a otra gente. Una vez, por ejemplo, cuando yo era muy joven, me acuerdo que se me metió en la cabeza que si probaba con suficiente paciencia, podía hablar con los animales. Y probé durante un largo tiempo sin conseguirlo, y al final le pregunté a mi padre por qué no podía. Si mal no recuerdo le dije que me enviase a un hombre para que me enseñase a hablar con los animales, del mismo modo que el hombre que me enseñaba a tocar el violín. Y me respondió, muy gentilmente, que nadie sabía hablar con los animales. Y cuando me dijo que nunca podría o sería capaz de hablar con otra criatura que no fuese humana, creí que no lo podría soportar. Todas las cosas vivientes que se movían, jamás podrían decirme lo que sentían.

Tammy apoyó su mejilla contra el dorso de la mano de él, mientras seguía hablando.

—A medida que me hacía mayor, era peor. Porque no podía explicárselo a otra gente. Todo lo que vivía tenía algún poder que me impresionaba. Cuando las plantas se abrían en la primavera, yo despertaba con ellas; y durante el verano, mientras ellas crecían, yo crecía con ellas; y en el otoño el orgullo de su madurez, era mi orgullo; y el invierno era como una resplandeciente batalla final, con una muerte honrosa. Mis anhelos bajaron con el salmón al océano y nunca se liberaron, ya que la ballena y la diatomea los asieron con fuerza. Al final, no había nada en esta vida con lo que yo no me sintiese asociado o emparentado.

»Y entonces, al crecer, me empecé a dar cuenta de la gente —dijo terminando.

Tammy levantó la mirada y lo observó.

—Esto —dijo Eli—, es la parte que no puedo explicar, nunca, a nadie. Sé que empecé a sentir algo por ellos también, y esto es todo lo que puedo decir. De ahí en adelante no hay más palabras. —Paróse y guardó silencio, hasta que Tammy habló—: ¿Y Seth?

—¡Ah, sí! —prosiguió su historia—. Verás, no había nadie a quien pudiese explicar eso, todo lo que me molestaba. Así que, cuando era muy joven, me fabriqué un amigo imaginario, que pudiese comprender sin yo explicárselo. Llegué a conocer a este amigo imaginario muy bien, y creció en mi mente hasta que tuvo una personalidad propia; hasta que fue una persona real, con sus propios

problemas, que sólo yo comprendía. —Hizo una pausa y miró a Tammy—. Y al cumplir los catorce años, mi alto promedio de aptitud en las Pruebas Generales hizo que fuese enviado a la escuela de Inteligencias Especiales en Bermuda. Y allí mi amigo imaginario y yo, nos encontramos: era Seth.

—¿Y había él…? —dijo Tammy.

—Yo había sido el suyo también —asintió Eli—. Cuando, al fin, unimos nuestras mentes, descubrimos muchas cosas, entre ellas que éramos medio hermanos.

—¿Pero, cómo lo averiguasteis?

—Se nos hizo obvio, no puedo explicarlo.

—¿Qué os ocurrió a ambos después de eso?

—Oh —dijo Eli—, Fuimos por diferentes caminos. —Tammy le miró, pero con esa frase, Eli había dado su explicación Eli había dado su explicación por terminada.

—Él se preocupa mucho de ti —dijo finalmente. Eli miró a lo lejos, a través de la transparencia del techo solar, más allá de las líneas azules del horizonte.

—Cuando se fue —siguió Tammy—, dejó una carta para ti.

—¿Una carta? —dijo Eli sorprendido.

—Sí —replicó Tammy inciertamente—, me dijo que te la diese cuando yo creyese que era oportuno. No sé si lo es ahora, ¿crees tú, Eli?

—No lo sé —respondió Eli—, déjame verla.

Se levantó y fue hacia una mesa de la solar. De un cajón sacó una hoja plástica plegada y se la entregó. Al contacto con los dedos de Eli se desplegó.

—Voy abajo —dijo Tammy—. Te veré más tarde—. Tocó su hombro ligeramente y se fue.

Una vez solo, Eli empezó a leer.

> «Querido Eli:
>
> »Quería hablar contigo otra vez antes de irme, pero no hay tiempo. Si hubiéramos nacido en otra época, tú y yo, quizá hubiéramos podido trabajar en algún sitio juntos, hombro a hombro. Pero no hay que lamentarse donde existen cosas más grandes. Por un momento, hace unos días, mi fe en ti vaciló. Ahora ya no. No puedo ver el futuro, pero confío en él, y en ti.
>
> »Te escribo esto, en lugar de dejarte mis palabras, porque me gustaría dejarte algo concreto y duradero de mí mismo, y esto es todo lo que puedo dejar, Seth».

Eli dobló cuidadosamente la carta y, como si fuese algo precioso, la dejó en la mesilla de café, junto a su silla.

CAPITULO VII

Durante los días que siguieron, la estación, con sus cuatro hombres y la mujer, continuaron la reconstrucción del cuerpo de Eli en la misma atmósfera de paz apremiada que caracterizaba a una piedrecita rodando por un oculto manantial, mientras el torrente principal con toda su fuerza arrolladora, pasaba a unos pies de distancia. Era, en verdad, un momento revolucionario en la historia, una convulsión de la raza, que jamás había sido posible, porque nunca la gente que habitaba la superficie del globo había sido interconectada e interrelacionada en lo que era, para propósitos prácticos, una sola sociedad.

Las razones para esto eran dos: Primera, el establecimiento de los grupos, con su anunciado propósito de destruir el viejo seccionalismo que había originado tanto conflicto; y había, inevitablemente, tenido mucho más efecto en las mentes de hombres y mujeres del que sus fundadores habían intentado originalmente. Su intención era reemplazar un sistema pasado de moda por otro más práctico y nuevo. Y la realidad era que un tañer de campanas, por todos los sistemas que intentaban dividir la raza arbitrariamente, había sonado.

Un buen término medio de ojos humanos habían sido abiertos al hecho de que el mundo no estaba naturalmente dividido en porciones, que podían ser unidas para formar un todo; sino más bien un todo original que podía ser dividido a placer, de la misma forma que se corta un pastel. Y casi al mismo tiempo la inutilidad de cortarlo se hizo aparente.

Pero a pesar de todo, los Grupos duraron ochenta años, desde el momento en que fueron establecidos y mutuamente reconocidos. Y los rumores de esto, formaron las razones secundarias para e] caos actual. Primero la gente estaba acostumbrada a estar organizada; el temor al extraño todavía era un hábito histórico en un pequeño rincón trasero de muchas mentes y, como la mayoría de hábitos, buscaba su propia justificación, pidiendo una clasificación en la cual los extraños pudiesen ser incluidos. Segunda, aunque las dinámicas del progreso histórico habían ido acelerando con seguridad a través del paso del tiempo; se necesitaban todavía algunos años para un cambio universal, para reunir energías con que sobreponerse a la inercia natural de dejar las cosas tal y como están.

Para el Grupo se tardó ochenta años, lo cual está muy bien, si se compara al período paralelo de la Edad Oscura.

Pero estaba la segunda razón de mayor importancia, y ésta era

social y emocional. La sociedad que había emergido del siglo veintiuno, podía ser comparada a una planta que, finalmente, para de crecer y concentra su energía en florecer. Con la aplicación pacífica de la energía atómica y los refinamientos y desarrollos basados en la resistente subestructura de las ciencias, y otros descubrimientos de los siglos precedentes, emergía una existencia cotidiana para las personas que sólo podía ser descrita como fácil y libre.

La población estaba estabilizada, la fuerza era ilimitada, y la necesidad había dejado de ser un factor esencial en la vida.

El resultado fue que una vez la segunda y tercera generaciones se hubieron acostumbrado a la novedad de una utopía práctica, la falta de una necesidad de progreso empezó a ser notada. La gente de la generación de Eli y Tammy s« encontraron aburridos e inciertos, en una época en que las viejas verdades eran anticuadas y las nuevas todavía no habían ocupado su lugar. La incansable energía que había sacudido a la raza del salvajismo primitivo de la prehistoria, buscaba una salida, no encontrándola, se volvió a sí misma, el instinto de la bestia que todavía formaba parte del hombre, reconoció ciegamente su infelicidad y ciegamente buscó una causa física de esa infelicidad, para acusarla y luchar contra ella.

Resultado, el mundo era una bomba y el programa de Sellars contra los Miembros, era el mecanismo que la haría estallar.

Empezando primero en las superpobladas capitales y, extendiéndose como el fuego en la hierba seca, a las pequeñas ciudades y al campo; abanicada por el descontento y malos sentimientos del hombre, la última y la más grande persecución brujeril, envolvió al globo en llamas y violencia. De las primeras acusaciones contra los Miembros, salió una verdadera caja de Pandora de acusaciones y supersticiones. Todos los monstruos tradicionales y de las leyendas, se reencarnaron en los Miembros. Eran brujos, hechiceros, vampiros; eran satánicos, espiritistas, Frankesteins. ¿Acaso tu vecino actúa de una forma extraña? Quizás es un Miembro o un producto de los Miembros. O quizá no sea un hombre, sino una ingeniosa imitación mecánica.

¿Y dónde estaban los hombres sensatos? Estaban allí, había muchos; eran mayoría. ¿Pero cuántas personas se necesitan para causar un pánico, en un incendio en un teatro lleno de gente? ¿Cuántas para hacer que un ejército abandone el campo de batalla? Si un hombre sale a la calle disparando su fusil, ¿cuántos correrán? ¿Cuántos irán también a buscar su fusil?

Sólo en regiones marinas ocultas, como la estación donde estaba

Eli, reinaba la paz y entereza. Y mientras París ardía y las masas en Calcuta cortaban a los Miembros en pedazos, Eli era operado otra vez.

La primera operación consistió en reparaciones y la substitución de algunos órganos mayores. Esta otra era relativamente menor, pudiendo ser considerada como un remiendo de las más insignificantes glándulas. No era tan complicada, ni tan difícil —aunque un poco más delicada— que la primera Eli salió de ella encontrándose más cerca de lo normal.

Pasó los días recuperándose en la solar, en compañía de Tammy. Entre ellos dos un acuerdo silencioso de intención, se habla establecido por sí mismo; y Eli se encontró, con regocijo y sorpresa, que se había enamorado literalmente. Encontró también, en esta nueva emoción, a la que se había mostrado incrédulo unos años antes y ahora redescubierto con curiosidad, una excusa para ignorar lo que estaba ocurriendo en el mundo exterior y concentrarse en esas cosas relativamente menores, como su propia recuperación de las operaciones y las reacciones de Mel Bruger.

Este desafortunado joven se había enamorado perdidamente de Tammy en el momento en que ella llegó a la estación, hacía ocho meses. Y a pesar del hecho de que ella se había dedicado entonces, como ahora, a la adoración de Eli, se había torturado a sí mismo permaneciendo en la estación y trabajando estúpidamente para su propio rival. Era una especie de suicidio romántico, arrojándose sobre la punta de la lanza que sólo atraía a un tipo de joven y contristado temperamento; y Eli estaba ligeramente sorprendido al notar que él mismo sentía más comprensión hacia el muchacho, que Tammy, quién siempre se reía de él.

Los otros dos hombres que completaban la estación parecían, al mismo tiempo, darse cuenta y desentenderse de la situación; la reacción de Ntoane era de cortés aceptación y la de Howell de un sombrío regocijo. AI mismo tiempo Eli navegaba entre cuatro puntos de vista concernientes a él mismo, y examinaba y reaccionaba a estos radios emocionales con la misma clase de sensatez con la que anteriormente había mantenido su posición entre las figuras políticas del globo.

Así se entretenía,, mientras su cuerpo mejoraba y cambiaba. Por más profundamente que se enterrase a sí mismo, no le era posible ignorar un conocimiento general del progreso de los asuntos del exterior. Cierta ínfima porción dé su conciencia permanecía rozada sensiblemente por el mundo del que se había retirado y, aunque nunca escuchaba las noticias, no podía evitar el oír los comentarios de los

demás e imaginar, contra su voluntad, una imagen vaga de lo que estaba ocurriendo.

Sabía, por ejemplo, que sólo las Cánulas Submarinas, se habían mantenido por encima de la histeria general, evidentemente protegidas por su insularidad submarina; y que actualmente estaban abarrotadas de refugiados procedentes de las ciudades terrestres arrasadas. Sabía que las revueltas estaban siendo dominadas; que los grupos estaban, para todos propósitos prácticos, muertos como organizaciones efectivas; j que la gente controlada por Sellars y usando como punta de lanza los miembros armados de Transporte, bajo la apariencia de organizaciones de socorro y autoridades locales temporales, iban gradualmente apoderándose de las del gobierno en todos los centros importantes. Finalmente estaba claro que las noticias se inclinaban en favor de Sellars, lo que indicaba que Clyde y el grupo de Comunicaciones se habían pasado, ciertamente, al lado vencedor.

Tal estado de cosas sólo podía, naturalmente, tener un fin. Se llegó a él una mañana en que Eli entró en el automático para desayunar y encontró a los demás enzarzados en una violenta discusión, una discusión que se cortó bruscamente al entrar él.

—¿Qué es esto? —preguntó Eli.

Miró alternativamente a Howell, Tammy y Mel; durante un momento nadie dijo nada y luego Howell habló.

—Están implantando un Estado Mayor central para substituir la autoridad del Grupo —dijo, un poco sardónicamente—. El Representante Sellars, por la radio, ha invitado a todas las autoridades de Grupo a reunirse en Cable Island y llegar a un acuerdo.

—Ah —dijo Eli, durante un momento guardó silencio, observando a los demás. Luego, volviéndose hacia el dispensador de café, añadió —: Parece que me he salido del empleo a tiempo.

Se llevó su café hacia la mesa y se sentó.

—¿Crees de verdad que te has salido? —preguntó Howell.

—No me voy a molestar contestando a eso —respondió Eli firmemente.

—No ha habido ningún anuncio de las Cúpulas —prosiguió Howell, sin darse por vencido—, quise asegurarme antes, no quiero qua vayas corriendo a Cable Island, todavía.

—Estate tranquilo —dijo Eli bebiendo su café.

—Cuando termines, ven otra vez al laboratorio. Quiero examinarte de nuevo.

Eli asintió y la conversación se reanudó otra vez, mientras iba desayunando, comiendo y escuchando. Se enteró que el anuncio de

Sellar» había sido dado a primeras horas de la mañana, calculado para dar la vuelta al globo en las primeras horas del día. La reunión estaba concertada para lo más pronto posible, una vez los representantes requeridos de los ahora grupos no-funcionantes, fuesen congregados.

Eli terminó su desayuno, saludó con un gesto de la cabeza a Ntoane y Mel, sonrió a Tammy y se fue con Howell al laboratorio. Una vez allí, el médico tomó muestras y exploró la superficie de Eli con un epitelioscopio.

—Bueno —dijo al fin, doblando hacia arriba la visera de su pantalla—, ahora no hay duda. Estás regenerando.

—¿Regenerando? —repitió Eli y permaneció quieto mirando al otro lado, hasta que la palabra penetró en su mente—: ¡Ah, regenerando!

Era un momento culminante, un segundo de triunfo para ambos, y sin embargo, la ocasión les había venido tan natural que al principio, no pudieron reaccionar.

—Eso está muy bien —dijo Eli, cogiendo su túnica—, supongo que esto hay que celebrarlo.

—Eso creo —y mirando a Eli, empezó a sonreír. La sonrisa se amplificó cuando Eli también empezó a sonreír, hasta que al final estallaron ambos en una sonora carcajada.

—Lo que nos pasa a nosotros —dijo Howell cuando terminaron de reír—, es que nos estamos haciendo viejos. Vamos a decírselo a los otros que son lo suficientemente jóvenes para apreciarlo.

Y salió del laboratorio. Eli le siguió preguntándose si su edad le había atrofiado tanto como Howell había implicado.

Era la segunda celebración que se centraba alrededor de Eli, en la estación. Difería de la primera principalmente en que Seth no estaba presente y que Eli podía, ahora, beber alcohol.

1Y naturalmente descubrió, como había estado descubriendo la pasada media docena de años, que cuando podía no quería. Bebió unos combinados, sin embargo, para no estropear el espíritu de la fiesta.

Las campanadas sonoras del centro de mensajes de la estación, saliendo del altavoz de la sala, interrumpieron su conversación. Howell se inclinó a través del bar y levantó la palanca de la pantalla de la habitación.

—¿Sí? —dijo.

La voz del mecánico-operador le llegó armoniosamente.

—Personal para Eli Johnstone de Cúpula Uno.

—En seguida voy —dijo Eli, dejando su vaso y sonriendo a Tammy

que le miraba con aprensión.

—Volveré en seguida —y salió de la sala.

Una vez las planchas a prueba de sonido, de la entrada, le aislaron de los demás, Eli se dio cuenta que estaba un poco bajo la influencia de las bebidas que se había tomado. Se apoyó un segundo contra la pared para recuperarse y siguió hacia el Centro de mensajes, una salita en el mismo piso, con una pantalla tamaño tres cuartos de largo y ancho.

Se sentó en la silla del operador y apretó el botón de llamada. La cabeza de Kurt fue reproduciéndose frente a él; el joven representante estaba ojeroso y delgado, sus ojos miraban fijamente.

—¡Eli! —dijo.

—¡Hola, Kurt! —respondió Eli tratando cuidadosamente de conservar la calma—, ¿qué te pasa?

—¡Eli! —gritó Kurt. Había cierto desespero en su voz, que impresionó a Eli—. ¡Eli—. ¡Eli, tienes que volver!

—No —la palabra salió automáticamente de sus labios, una bien pensada respuesta que era la nota victoriosa de las batallas sostenidas consigo mismo.

—¡Eli, no digas «no» de este modo! ¡Escucha!

—De acuerdo, escucho —y apoyó sus codos en la tabla de controles, deseando no haber bebido tanto y que su mente pudiese funcionar con rapidez.

—Sellars está eliminando les Grupos.

—Ya lo sé —asintió Eli.

—.Nosotros nos hemos mantenido aquí en las Cúpulas, porque la gente está esperando que vuelvas.

—Eso es culpa tuya —dijo Eli, con un sabor desagradable y metálico en su boca, debido a las bebidas—. Deberías haber publicado antes mi dimisión.

—¡Pero si no he tenido tiempo! —protestó Kurt—, ha habido una crisis después de otra.

Eli se lo quedó contemplando, recordando lo que Clyde había dicho acerca de su ayudante: todos lo apreciamos..., pero no tiene materia de Representante... no puede ocupar tu lugar, Eli.

—Esto ocurre en política y tú lo sabes, Kurt —dijo—, una crisis después de otra. La única diferencia es el orden de magnitud en las crisis. Tú sabes por qué no publicaste mi dimisión, Kurt, esperabas que yo volviese.

—Sí —respondió Kurt.

—A estas alturas ya deberías saber que cuando yo digo algo, lo

mantengo —dijo Eli. Siguió observando el rostro de Kurt, sintiendo pena por él y no sabiendo qué decir—. Mira —siguió—, tú creías que si yo volvía podía sacar un conejo del sombrero para ti, ¿no? Pues no puedo. Se puede hacer lo que se quiera con la historia, menos atrasar el reloj. ¿Te acuerdas que te dije que el mundo se precipitaba de cabeza al infierno? Bien, aquí lo tienes. Sólo que un poco antes de lo que yo esperaba.

—¿Crees tú? —dijo Kurt—. ¿Crees tú?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Eli.

—¿No sabrías por casualidad, que esto iba a ocurrir? —pidió Kurt tensamente—. ¿No te venderías, por casualidad a Sellars, y ésta es la causa de tu dimisión?

Eli lo miró y suspiró profundamente.

—Kurt, lo siento por ti —y quitó la conexión. Durante un momento siguió contemplando la oscurecida pantalla; entonces el sonido de la campana del operador se volvió a oír y Eli cortó el sonido también, quedando sólo una pequeña luz de señal, que se apagaba y se encendía en la tabla de controles.

Se levantó y decidió volver hacia la fiesta, pero una vez en el ascensor cambió de idea y apretó el botón que le subiría hacia la solar. Dos segundos más tarde salía hacia la paz y silencio del área acristalada.

La llamada de Kurt le había molestado, y normalmente, cuando algo le molestaba, tenía una lucha interna contra eso, que interrumpía el proceso de sus pensamientos. El licor que había bebido le estorbaba, pero no estaba borracho, sino con sus reflejos retardados y encenagados por el deprimente efecto de las bebidas. Quería espacio y aire para librarse de ese efecto.

Llegó hasta la mesa central de la solar y apretó el botón que hacía que las enormes secciones de la cúpula transparente se apartasen a los lados de la estación. Una vez apartados, sintió el aire del mar fresco en su rostro. Inhaló profundamente y empezó a pasear por toda la circunferencia de la solar, como uno que estuviese haciendo ejercicio en un buque trasatlántico.

Lo que le molestaba y le había estado molestando desde el principio de todo esto, desde que anunció su dimisión a Kurt en Cable Island, era el hecho de que siempre había habido algo oculto en la acción de este proyecto. Algo que él había sido incapaz de descubrir, pero que notaba con la misma certeza con la que hubiese notado cierto dolor vago, pero persistente.

No estaba acostumbrado a cosas elusivas alrededor de él. Una vez

que sabía que algo le afectaba, su costumbre normal era averiguar rápidamente qué era y sacarlo al exterior, donde lo pudiese manejar. Pero esta vez…

Se preguntó fríamente, durante un segundo, si Mel tenía razón y había algo en él con lo que estaba rehusando deliberadamente el enfrentarse; y quizás fuese esto lo que le quitaba el control de la situación actual, de sus manos. Golpeó el puño derecho contra la palma de su mano izquierda, maldiciendo en voz baja mientras cojeaba alrededor del círculo de la solar. Cualquier cosa que fuese le convertía en uno de los peones de la situación en vez del dueño, como siempre lo había sido en cualquier situación.

Era como si estuviese siendo usado por otra mente, otra fuerza más poderosa que él. Y eso era intolerable. ¡Intolerable! La misma estructura de su naturaleza se rebelaba contra ello. Él era, y la vida le había hecho reconocer esto, uno de estos pocos que eran incapaces de convertirse en servidores, y mucho menos esclavos, de una persona o cosa. No podía, no podía, del mismo modo que la dinamita no se usaba para hacer petardos. En tiempos de los galeotes, Eli no habría sobrevivido a un remo; hubiera muerto, muerto luchando. Era una cosa sobre la que él sabía que no tenía control, y por esta razón la temía. Era un conocimiento que cualquier enemigo podría usar para forzar a Eli a destruirse a sí mismo; y le asustaba el pensar que, quizás ahora, Anthony Sellara o cualquier otro, lo sabían.

Cortó el círculo de sus paseos y cojeando se acercó al comunicador de la mesa central. Miró hacia la pantalla blanca de la burbuja y se detuvo irresolutamente; había estado a punto de llamar a Hassan. Pero antes de poder apretar el botón, le vino un pensamiento: ¿qué le podría preguntar? No podía formular una pregunta o pedir información. Sólo podía decir: «Estoy intranquilo, averigua porqué». Y a eso, Hassan respondería encogiéndose de hombros. «Y yo no le censuraría», pensó Eli. Se apartó del aparato, derrotado.

Los vapores de las bebidas se habían ido de su cerebro. Las adrenalinas de su cuerpo, habían contratacado la pesadumbre que había sentido después de hablar con Kurt. Recordó súbitamente que abajo la fiesta todavía seguía, y que si no regresaba pronto, empezarían a preguntarse dónde estaba. Y alguno, probablemente Tammy, subiría a averiguar qué era lo que le hacía estar allí.

Dio la vuelta y se marchó hacia el ascensor, pero antes de llegar a él hubo un movimiento en el aire alrededor de él y, saliendo de la nada, un cuerpecito oscuro, con no más peso que una hoja de árbol, en el dedo índice de su mano derecha.

Eli se lo quedó mirando, era uno de los pajaritos de Johann. Echando la cabeza hacia atrás vertió un dulce torrente de sonidos.

Entonces picoteó perezosamente la uña del dedo una vez. Eli notó una picada como si le tocasen con un mondadientes, y se fue volando. Trató de localizarlo en el aire, pero su pequeñez se había perdido en la inmensidad del cielo y del paisaje marino.

Divertido, presionó con sus dedos el anillo que Johann le había dado y la minúscula voz que ya había oído otra vez, le habló.

«La orden para tu muerte ha sido dada. El asesino es alguien que tú conoces. Tienes que morir mañana».

Eli estuvo un momento como petrificado, sus dedos todavía alrededor del anillo. De repente, con un movimiento brusco se fue, entró en la cápsula del ascensor y pulsó el botón de descenso, hacia el nivel donde se estaba celebrando la fiesta.

Tammy fue a su lado en el momento que entró.

—¿Quién era? —preguntó en un susurro.

—Kurt queriendo que regresase —dijo—, le he dicho que no. —Le rodeó la cintura con un brazo—. Vamos a beber algo más.

CAPITULO VIII

Eli se despertó súbitamente y sin aviso, sentándose en la cama.

—¿Qué ha pasado? —dijo en voz alta.

Nadie contestó, no había nadie en la habitación. Durante un momento continuó sentado.

¿Qué le había pasado? ¿Qué estaba haciendo en cama? Se acordó de la fiesta del día anterior, que había durado hasta la noche, que había estado bebiendo bastante y luego...

—¿Me emborraché? —se preguntó a sí mismo; y se dio cuenta en seguida que esto no era lo que le estaba molestando. No era solamente que había bebido mucho y no podía recordar cómo había terminado todo, algo había pasado la noche anterior que no podía recordar. Y algo más le había despertado de repente, ahora mismo.

¿Qué le pasaba? Ahora no estaba borracho. La verdad era que estaba singularmente despejado, casi febrilmente despejado y despierto. Su mente parecía estar trabajando a pasos agigantados en algo que él no podía comprender. Saltó de la cama y empezó a vestirse apresuradamente. Tan pronto estuvo vestido, salió cojeando de su habitación y corrió a lo largo del corredor.

No vio a nadie. Un reloj de pared señalaba cerca del mediodía, dio la vuelta y se apresuró en dirección al automático. Todos estaban allí comiendo y, al verle entrar, fijaron su sorprendida mirada en él, como si fuese un espíritu.

—¡Eh! —gritó Tammy; y Howell se puso en pie.

—¿Qué estás haciendo levantado? —dije. Fue hacia él rápidamente y le condujo a una silla.

—¿Por qué no puedo estar levantado? —preguntó Eli—. ¿Qué os pasa a todos vosotros?

—Por una razón —dijo Howell, ceñudamente—, porque estás lleno de nembutalina. Deberías estar inconsciente durante diez horas más. ¿Y por qué lo preguntas? —se detuvo, mirándole de cerca—. ¿Es que no te acuerdas?

—¿Acordarme de qué?

—Mel —dijo Howell volviendo la cabeza. El joven médico se levantó de la mesa y fue hacia Eli, escrutando sus ojos.

—Fíjate Arthur —dijo—, sus pupilas son normales.

—¡No puede ser! —gritó Howell inclinándose hacia delante.

—Compruébalo por ti mismo.

—Con esa droga dentro de él...

—Y eso qué importa —interrumpió Eli. hablando lenta y

claramente; con una furiosa y extraña calma—. No recuerdo qué ocurrió la noche pasada, o porqué me disteis nembulatina, y quiero que me lo digáis.

Se miraron el uno al otro y Howell habló:

—Alrededor de las diez de la noche, sintonizamos las noticias. Entre otras cosas dijeron que un corto número de dirigentes de los Miembros había sido arrestado y serían juzgados por genocidio. Leyeron algunos nombres y entre ellos el de Seth Maguin.

—Seth… —dijo, ladeándose en su silla. Las fuertes manos de Mel le sostuvieron.

—Arthur, no creo que se lo debas decir ahora.

—Yo me cuidaré de esto —dijo Howell implacablemente, enfrentándose a Eli—. Te desmayaste, Eli. Y al recobrarte, desvariabas. Querías irte a Cable Island en seguida. ¿Te acuerdas ahora?

Eli movió la cabeza negativamente.

—No —dijo débilmente. Tammy le dio un vaso de agua que bebió con agradecimiento; el color volvió a su rostro y se irguió en la silla.

—Te di suficiente nembutalina para que durmieses durante veinticuatro horas —dijo Howell—, y aquí estás, claro y despierto, sin ningún rastro en ti de la droga.

—Algo me despertó —dijo Eli.

—¿El qué? —preguntó Ntoane, asomando su oscura tez por entre los hombros de Mel y Howell.

Eli le miró como fascinado.

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—¿De qué estáis hablando? —cortó Howell—. ¿Qué es lo que te pudo despertar? Todos estábamos aquí.

Con un esfuerzo, Eli apartó su mirada de Ntoane. Miró la preocupada cara de Tammy y le sonrió—. Estoy bien —dijo.

—¡Infiernos estás bien! —dijo Howell—, no puedes recobrarte de la nembutalina a menos que alguien te haya inyectado un antídoto. Y ninguno de nosotros pudo hacerlo, ¿hay alguien más en la estación?

—No —dijo Eli levantándose—, ¿qué noticias hay?

—Oh, no —Howell levantó la voz—, no vas a escuchar más noticias hasta que aclaremos esto. No quiero que te pase otra vez lo de anoche.

—Se reunirán esta tarde en Cable Island para disolver los Grupos y formar un Estado Mayor Central —dijo Tammy de repente—, ¿es eso lo que querías saber?

—No lo sé —respondió Eli—. Gracias Tammy. —Se sentó otra vez

—. Me ha pasado algo y no sé lo que es. —Se levantó de repente y empezó a pasear por la habitación, los demás le observaban. Se detuvo frente a Ntoane—. Tú eres un Miembro —dijo con calma.

—Sí —respondió Ntoane.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Seth dijo que debías averiguarlo por ti mismo.

—¿Qué es lo que me despertó?

—Lo siento —dijo Ntoane, con una expresión de dolor cruzando su sensible y oscura faz—, tienes que averiguarlo por ti mismo.

—¿Qué es esto? —interrumpió Howell, mirando a Ntoane incrédulamente—, ¿eres tú uno de esos locos?

Ntoane sonrió tristemente. Tammy fue hacia Eli y cogió una de sus manos entre las suyas, él la miró y la acarició, con expresión confortadora.

—No voy a dejarte, pero ahora tengo que solucionar esto por mí mismo —miró a los demás.

—Voy a ir arriba a la solar. Por favor, dejadme solo un rato.

Dio la vuelta y salió de la habitación, sintiendo la mano de Tammy resbalar desesperadamente de la suya. Pero no volvió ni miró hacia atrás.

Anduvo a lo largo del corredor y subió a lo largo del ascensor. La solar, bajo la alta y brillante luz del sol de mediodía, estaba tranquila y calurosa. Paseó por ella, y se estuvo de pie, mirando a lo lejos, en la dirección de Cable Island.

—Y ahora es hora de recordar. Es hora de traer a la memoria lo que había enterrado y olvidado, lo que había encerrado por su propia voluntad. Un punto en el tiempo había sido pasado, un pico que había escalado; y ahora, cuesta abajo, sólo podía ir hacia delante. No había otra alternativa. Y ahora que había llegado a este punto era inevitable; y si una vez había sabido que quizás eso no podía ser, y había luchado contra ello; ahora sabía que siempre había sido y por lo tanto notaba una sensación de tener al fin que enfrentarse a ello.

Recuerda, se dijo a sí mismo. ¿Recuerdas? Un hombre tiene ojos y ve, tiene orejas y oye. Y una vez un hombre, no, un muchacho, tuvo algo y no lo pudo soportar. Y entonces lo negó, como un hombre diría: no veré, no quiero ver. No oiré, no quiero oír. No…

Esa angustia era grande. Día a día, desde un tiempo en que el mundo era pequeño, había crecido. Y mientras el mundo creció, él vio más, oyó más. Y así, día a día, la carga se hizo más pesada en belleza y en dolor. Y él era sólo un chico, un niño solitario. No puedes culparlo. Había un mundo en el que sus crecientes percepciones, le

enseñaban cada día más y más. Y él tenía esa facultad que hacía que mucho más le fuese revelado, ¡hasta que no pudo seguir soportándolo! ¿Tuve yo la culpa? ¡Oh, llanto de agonía! Yo no hice el mundo. Un chico solitario y el cielo nocturno sobre Bermuda, mientras él andaba, un niño solo y diferente. Yo no me hice a mí mismo. Bienaventurados los ciegos porque ellos no verán las lágrimas. Bienaventurados los sordos porque ellos no oirán el llanto. Y bienaventurados los que no comprenden.

Y él era un niño, un niño que debería haber jugado y peleado y estudiado y crecido. Y sin embargo, anduvo por la isla, junto al mar, en la noche oscura, bajo muchas estrellas, buscando la paz. ¡Paz, paz, por misericordia, un adulto es muy pequeño y débil para enfrentarse en la búsqueda de la paz! E incluso allí le seguía, el saberlo y el sentirlo; hasta que no lo pudo soportar más.

Y así lo negó, con una voluntad indomable amputó esta conocida sección de sí mismo, la negó por completo y la apartó de él; emparedando la entrada a esa parte de su cerebro.

Y ahora es tiempo de recordar, ya que algo terrible le había despertado de su sueño; algo que no le había dejado otra alternativa que recordar, y algo que no sabría con claridad hasta que recordase. Y ahora era la hora. Y ahora era la hora. Y ahora era la hora...

Se mantuvo de pie, cara al océano, con los brazos tiesos a sus lados, sus puños apretados, y el sudor inundándole el rostro.

Y ahora es hora, ahora es hora, ahora, ahora.

No.

¡Ahora!

Mentalmente, alargó sus fuertes manos para destruir las viejas paredes de la barrera. Y emocionalmente el espíritu débil que había dentro de él, se agachó y se arrugó y sus manos vacilaron.

No tienes otra alternativa.

¡No puedo!

Puedes manejarlo ahora.

¡No puedo!

Eres más viejo, ahora estás preparado.

No puedo, no puedo... nopuedonopuedono puedonopuedonopuedo.

Volvió de las negruras fracasado, preguntándose qué le había estorbado. Y mirando a través del cristal con ojos que volvían a ver, vio una aeronave amerizando entre una nube de espuma y acercándose velozmente al malecón. Una puertecilla se abrió, saltando fuera de ella una figura que vino corriendo hacia la solar. Moviéndose automáticamente, Eli se dirigió a su encuentro y abrió la puerta

transparente de la pared de la cúpula. Era Clyde. Con rostros macilentos se miraron el uno al otro.

—¡Abajo! —dijo Clyde—, ¡abajo rápidamente y bloquea el hueco del ascensor. Varios buques me siguen!

Fueron ambos corriendo hacia el ascensor, una vez en la cápsula bajaron hasta el cuarto nivel. Howell, pasando por el corredor, les vio salir de la cápsula y se los quedó mirando.

—¡Arthur! —dijo Eli—, ¿dónde está el interruptor para los bloques de tormenta?

Howell se les quedó mirando. De la entrada de la sala salió Ntoane, seguido por Tammy y Mel.

—¿Qué es esto? —gritó Howell, molesto.

Eli se dirigió a Ntoane:

—¡Los bloques de tormenta!

Pero el otro ya corría hacia el fondo del corredor, en el centro de una pared apretó un botón y una puerta se abrió dejando ver una pesada y gruesa palanca que empujó hacia abajo.

En el silencio que les rodeó, un sonido metálico se dejó oír desde diferentes partes de la estación y por el hueco del ascensor. Los pesados bloques que sellaban los puntos débiles de la estación, de los peligros de un mar embravecido, estaban ahora en su lugar. Estaban sellados dentro de la estación, con metal y cemento, no menos de medio pie de espesor.

—¿Qué es esto? —gritó otra vez Howell.

—Te lo enseñaré —respondió Clyde mirando alrededor de él, Eli le indicó la entrada de la sala. Rápidamente, el joven entró en ella y dirigióse a la pantalla, buscó el botón del exterior y lo apretó.

El océano se reprodujo en la burbuja, con la solar como punto central.

—Mirad —dijo Clyde señalando un punto en el espacio, al nordeste de la estación.

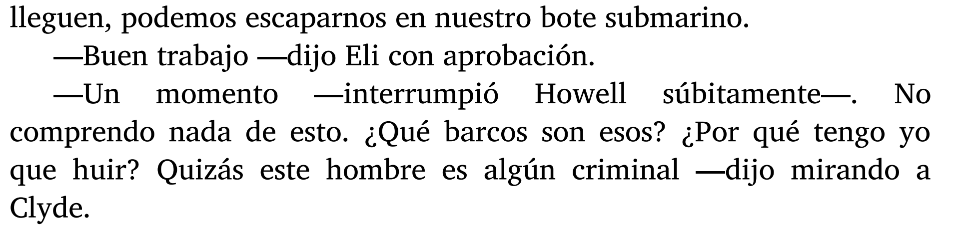
Miraron y vieron en la distancia, varios puntos que se aproximaban, puntos que fueron aumentando hasta convertirse en cinco aeronaves de la policía, de las de diez hombres cada una.

—Me buscan a mí —dijo Clyde— y después a ti, Eli. Y a todos vosotros, porque estáis conectados con él. No creían que yo viniese aquí.

—¿Por qué viniste? —dijo Ntoane.

Clyde hizo una mueca no exenta de coraje.

—No van bien armados y además son naves aéreas y de superficie. Mientras esperan que otros buques más bien armados y con explosivos



lleguen, podemos escaparnos en nuestro bote submarino.

—Buen trabajo —dijo Eli con aprobación.

—Un momento —interrumpió Howell súbitamente—. No comprendo nada de esto. ¿Qué barcos son esos? ¿Por qué tengo yo que huir? Quizás este hombre es algún criminal —dijo mirando a Clyde.

—¡No seas estúpido, Arthur! —dijo Eli.

—¡No me llames estúpido! No tengo nada que ver con la política.

—Esto es hablar demasiado —interrumpió Clyde—. Estamos perdiendo un tiempo precioso —señaló la pantalla en la que se veían las aeronaves preparándose para amerizar junto al malecón.

—Vamos al bote y pongámonos fuera de tiro, antes de que nos localicen.

—Descansa tranquilo, hasta que aclaremos esto —dijo Howell— en primer lugar, no podemos usar el bote, porque no hay ninguno.

—¿Estás loco? —dijo Clyde—. No se construye nada en el océano sin alguna clase de sumergible para uso general.

—La verdad es que teníamos uno, pero se le hizo una abolladura en el casco y filtraba agua. Dije a la universidad que lo remolcasen a tierra para repararlo.

—¡Dios mío, Arthur! —dijo Mel— ¿no pediste un sustituto?

—¿Qué crees que soy, un entusiasta del polo submarino? —replicó Howell— ¡claro que no pedí un sustituto! ¿Para qué lo necesitábamos?

—¿Me lo preguntas ahora? —preguntó Mel lleno de mala intención.

Clyde dejó escapar un suspiro y se sentó en el brazo de una de las sillas grandes.

—Lo siento —dijo— si hubiese sabido esto, jamás hubiese venido aquí.

—Todavía no sé de qué os asustáis —dijo Howell— si esos barcos son de Transporte no tienen ningún poder sobre nosotros. Somos del Grupo Médico, y Eli de Submarinas.

—¿Dónde has estado estas últimas semanas? —preguntó Clyde mirándolo—. ¿En Júpiter?

—Perdonadle —dijo Ntoane—. Arthur nunca ha prestado atención a otra cosa que no sea medicina. Arthur —dijo volviéndose a éste—, los Grupos ya no existen. ¿Te acuerdas que hemos hablado acerca de ello? Eso significa que los derechos de los Grupos tampoco existen.

—Es el mundo de Tony Sellars —añadió Clyde—. Esos son sus barcos; y apresarán cualquier cosa que él quiera apresar. En este caso, nosotros.

Por un momento Howell contempló las caras de los demás. Luego, gradualmente, el ardor se escapó de él y fue sustituido por la incertidumbre. Agitó la cabeza y se sentó sin decir nada; de repente parecía cansado y mucho más viejo.

Encima de ellos, les llegó el estallido de una bomba, a través del material del que estaba hecha la estación. Escucharon, pero no se repitió. En este silencio, Eli habló con Clyde.

—¿Qué ocurrió?

—Me desperté —contestó Clyde—. Siéntate, tengo malas noticias para ti.

—¿Malas noticias? —repitió Eli. Miró al joven y le pareció que sus palabras zumbaban en sus propios oídos. De repente tuvo la sensación de estar apartado de los demás; como si estuviese al final de un largo túnel y los otros en la otra parte, gritándole.

—Al principio creí que podría trabajar junto a Tony —la voz de Clyde le llegó distante— entonces sucedió algo que me hizo dar cuenta que el camino por el que él iba, yo no lo podía seguir...

El túnel daba vueltas alrededor de la cabeza de Eli. Un trueno estalló en la parte trasera de su mente.

—Nunca creí que no haría justicia...

El trueno aumentaba de ruido.

—...y cuando arrestaron a los dirigentes de los Miembros y los trajeron a Cable Island...

Eli ya no podía ver y el trueno acallaba la voz de Clyde.

—No es necesario que sigas —oyó su propia voz diciéndolo—. No necesitas decirme nada más, porque ya lo sé.

Y fuera de la furia de los elementos que rugían alrededor de él, fuera de la tormenta que le desgarraba y le sacudía; vino un término, una cúspide, un punto en el que nada se pudo salvar de los truenos y relámpagos, un simple rayo que golpeó, separó, rompió y destruyó totalmente lo que tanto tiempo se había mantenido.

Y entonces llegó un conocimiento y un fin. Regresó al mundo de los vivos y a la sala de la estación donde todos le rodeaban.

—Ya recuerdo —dijo— Seth está muerto. Lo fusilaron junto con los otros dirigentes de los Miembros, esta mañana y sin juicio previo. Yo estaba con él y eso me despertó. Ahora lo sé todo —dijo mirando a los que le rodeaban y añadió sonriendo—. Ya no hay barreras entre nosotros.

Eli los miró a todos como si nunca los hubiese visto anteriormente, como si nunca hubiese visto a la gente con tanta claridad. Era como un hombre al que, tras años de ver con dificultad, se le hace usar

gafas. Y la habitación, y la gente en ella parecían haber encogido de repente, pero estaban claras con minuciosidad de detalles, como un cuadro visto a través del cristal reductor de un artista, que hace una escena más pequeña pero más intensa.

—Sí —dijo suavemente—. Ahora os comprendo a todos.

—¡Eli! —dijo Tammy corriendo hacia él, pero se detuvo de repente, asaltada por una duda— ¿Eli?

—No pasa nada, estoy bien —diose la vuelta hasta quedar cara a cara con Ntoane— estoy bien, Ntoane. Ahora ya sé que me has estado guardando para los Miembros; pero ahora estoy bien.

—No estoy tan seguro —dijo moviendo lentamente la cabeza y apartando la vista de él.

Eli giró sobre sus talones encontrándose frente a Howell, éste tenía una pistola en la mano. Parecía incongruente, tan fuera de lugar como un bongo o un sombrero de papel. Pero el delgado físico la sostenía con suficiente firmeza.

—No lo puedo creer —dijo Eli.

—Atrás todos —ordenó Howell. Hizo un gesto con la pistola y todos se retiraron al fondo de la sala, enfrente de él; una vez todos allí, se dirigió al comunicador en el centro de la habitación y pulsó varios botones. Hubo un momento y la pantalla de la burbuja se esclareció hasta dejar ver la figura de Hassan.

—¡Y tú también! —dijo Eli a la imagen.

—Deberías conocerme mejor, Eli —di jo Hassan encogiéndose de hombros— el dinero me sobra, pero la intriga es mi vida. Mientras tú estabas en condiciones de usarme, actué para ti. Pero ahora sólo puedo actuar para un hombre: Sellars.

—Y Howell? —dijo Eli mirando al de la pistola.

—La intriga es mi vida; la investigación es la vida de Howell, ¿no es verdad, Howell?

Howell enrojeció, pero no dijo nada.

—Sellars amenazó con quitarle su trabajo para siempre —siguió Hassan— todos estamos en venta, de una forma u otra.

—¡Cierra el pico! —dijo Howell maliciosamente, pero sin dejar de apuntar a Eli—. Mi trabajo beneficiará a millones, a la larga.,.

—Arthur... —empezó Ntoane y se mordió el labio.

—Algo innecesario, ¿no? —dijo Eli con sequedad—. Con los hombres armados de Sellars llamando a la puerta.

—Oh, no está autorizado más que a arrestarte —dijo Hassan— el Dr. Howell está cumpliendo solamente como un buen ciudadano, teniéndote aquí hasta que vengan los otros.

—Excepto que esa pistola se puede disparar involuntariamente antes de que entren, ¿no es verdad? —dijo Eli. Había estado contemplando a Howell y el sudor brillaba en la frente de éste.

—¡No! —gritó Tammy y corrió hacia Eli. La pistola en las manos de Howell vaciló un momento al ver la acción de ella, pero luego se volvió a fijar en el pecho de Eli.

—¡Claro que no! ¡Cómo puedes pensar eso, Eli! —dijo Hassan suavemente— el Dr. Howell es un poco nervioso, verdad, pero…

—¡Arthur, por el amor de Dios! —gritó Ntoane adelantándose.

—¡Atrás! —gritó Howell, moviendo la pistola.

—Sí —dijo Eli—. Atrás, Ntoane; atrás todos. —Y dio un paso hacia adelante.

—¡Atrás! —dijo Howell, sudando. Eli dio otro paso hacia él.

—Howell —dijo— tú sabes quién soy —dio otro paso—. Soy el hombre que tú hiciste. Tú me construiste, Arthur. Soy tu obra maestra. ¿Vas a destruirme?

—¡Detente —dijo Howell— detente!

—Tú me conoces, Arthur —siguió adelantando hacia él—. Millones de gente me conocen. Es la verdad y mi palabra vale. Déjame que te diga algo —dio otro paso y vio cómo la pistola se movía en las manos de Howell—. Si disparas y me matas, Sellars tendrá que deshacerse de ti más tarde para cubrir su participación en esto. Tú lo sabes.

—Tengo que seguir con mi trabajo —de repente chilló: ¡Atrás, Eli!

—No —dijo Eli aproximándose hacia él, lentamente— no conseguirás nada. Y no estás dotado con una constitución como para asesinar un hombre, Arthur. Tú no quieres hacerlo, no puedes…

—¡Por última vez, detente! —gritó Howell, enderezando la pistola.

—¡Cuidado! —gritó Clyde, echándose hacia delante. La pistola, en manos de Howell, se movió y explotó. Eli saltó hacia atrás, tropezó y cayó sentado. Clyde y Ntoane se echaron sobre Howell. Tammy fue hacia Eli.

—Estoy bien, estoy bien. Déjame levantar —decía Eli—. Apuntaba por encima de mi cabeza cuando apretó el gatillo, sólo titubeé y perdí el equilibrio. —Se puso en pie y fue hacia donde Ntoane y Clyde sujetaban a Howell. El rostro de éste estaba completamente lívido y su cuerpo rígido. No hizo ningún intento para desembarazarse de los dos hombres que le sujetaban.

—Soltadlo —dijo Eli— no pasa nada. Soltadlo.

Lentamente Clyde y Ntoane lo soltaron. Howell miró tontamente a Eli y de repente su rigidez desapareció y se encogió sobre sí mismo. Eli lo cogió y lo hizo sentar en una silla. Howell temblaba.

—¡Mel! —gritó Eli agudamente, por encima del hombro— dale algo para calmarlo. Pronto estará bien —pasó su mano por el hombro de Howell— pronto estarás bien, Arthur.

—¡Dios, oh Dios! —dijo Howell entrecortadamente, con el rostro hundido en las manos. Eli le dio unos golpecitos en el hombro y se volvió hacia Ntoane. En su expresión, había una sonrisa cansada, pero triunfante.

—Y ahora —dijo— estoy dispuesto a trabajar. ¿Imagino que me podéis ayudar?

Ntoane le devolvió la mirada y lentamente una sonrisa asomó a su rostro, borrando la tensión de sus facciones, y asintió.

—Sí —dijo— sí, Eli, sí puedo. Varios millones de nosotros podemos.

CAPITULO X

Anthony George Sellars estaba sentado, con el ceño fruncido, en la antesala del presidente, en la sala principal del consejo de Cable Island. Sobresaliendo de la pulimentada superficie de la mesa, una pequeña pantalla en la que se podía ver Cayo Calayo Banks, enfocado por una de las aeronaves junto a él. El techo solar estaba aplastado y roto por donde la puerta que daba al malecón había sido arrancada de sus goznes, y los muebles estaban todos cabeza abajo y en desorden, pero eso era todo.

Los bloques de tormenta que cerraban el hueco del ascensor, todavía no habían sido vulnerados.

Era una lástima, pero sólo en cuestión de tiempo. Una aeronave con suficiente explosivo para abrir camino llegaría en unos minutos; la estación, sin duda alguna, sería abierta. Pero eso no era lo que preocupaba ahora a Anthony Sellars; era el no haber hecho las cosas debidamente; primero, no preocupándose de Eli una vez que sus hombres hubieron apresado a Poby Richards y le había hecho decir a la fuerza el escondite de Eli; y segundo, por haber confiado equivocadamente en Clyde. Creía haber visto en el joven representante de Comunicaciones una obstinación igual a la suya, y como siempre cuando había confiado en alguien, aparte de sí mismo, había sido desengañado.

Suspiró y se levantó de la mesa, Dentro de breves momentos los remanentes de lo que había sido el Consejo de Representantes de Grupo, se reunirían en el anfiteatro más allá de la puertecita a su derecha que conducía a la Sección Presidencial del salón principal del consejo. Algunos vendrían de los niveles bajos de la isla donde habían estado virtualmente prisioneros desde hacía algunos días otros habían sido traídos desde diferentes ciudades del mundo, donde sus hombres les habían encontrado. En algunos casos el Representante de un Grupo y su ayudante estaban muertos o no se habían podido localizar, y un diferente local del Grupo había sido traído en su lugar. Pero, de una forma u otra había un Representante por cada Grupo, y en este momento deberían estar entrando en la sala principal del consejo, para su última reunión oficial.

Una vez todos sentados, era él el que tenía que decirles que el sistema de Grupos estaba a punto de ser abolido y sugerir que aquellos que estuviesen deseosos de colaborar serían absorbidos en su propia organización gubernamental. Después de eso sólo restaría una pequeña formalidad: votar; no era una perspectiva que Tony Sellars

consideraba particularmente triunfante, pero tampoco afectaba sus sentimientos adversamente. Era simplemente el próximo paso que tenía que dar, otro deber que tenía que ser cumplido.

Dio la vuelta y empezó a pasear alrededor de la habitación, sin nervios, con una seguridad pasmosa, como si esta ocupación fuese algún ejercicio particularmente necesario. Había en su paseo la misma señal que marcaba todas sus acciones, un estudiado reconocimiento de su deber. Tony Sellars era, en su verdadero sentido, un esclavo del deber.

Poca gente comprendía a este hombre que había sido Representante de Transporte durante más de veinte años. La gente no apreciaba a Anthony George Sellars del mismo modo que apreciaban a Eli Johnstone. Más bien mostraban desagrado y en algunos casos, repelencia. A la mayoría les desagradaba y le temían; una minoría encontraba en él cosas que admirar; y extrañamente, en las filas de esta minoría, era capaz de encontrar inspiración para una casi fantástica adhesión a sí mismo. Pero, mucho más que eso, la más grande aserción de su naturaleza, era la energía que obviamente poseía.

Sellars era la personificación de la energía y por esta razón, incluso a la gente que no les agradaba, le seguían; esta sola virtud era obvia en él. Las violencias físicas de una edad más temprana se habrían desgastado en este hombre, sólo hubiesen roto su cuerpo y dejado su voluntad sin tocar. Algún hombre de éstos nace de cuando en cuando y Sellars era uno de ellos.

Y no era un demente ni deseaba el poder para sí mismo. Gomo Eli, él era una criatura de su época, pero mientras que Eli se había dejado llevar por la incertidumbre y dudas de su período, buscando, preguntando y dejándose empujar en cualquier dirección para poder seguir su búsqueda por una lógica para su vida. Tony Sellars se había encerrado en sí mismo, admitiendo sólo las preguntas que permitían una clara afirmación o negación. Y cuando se había hecho necesario adentrarse en la borrasca de un problema poco claro, juzgaba tan justamente como podía y entonces tomaba una decisión en términos de blanco o negro. Para sus propósitos, había reducido los problemas de su época a su común denominador y la respuesta había sido clara: control absoluto del mundo, y por él mismo, el único hombre del que podía estar seguro, haría todas y cada una de las cosas que Tony Sellars creía que debían ser hechas si la raza quería continuar.

Y ahora había hecho y ganado lo que debía, con la sola excepción de Eli. Sentía tener que destruir a Eli por la pérdida de talento que ello

representaba. No le gustaba Eli, sus naturalezas se tenían una mutua antipatía para eso. Pero, ese no era su problema, ya que las antipatías así como las simpatías de su ser emocional, hacía tiempo que habían sido aplastadas por el talón de su voluntad imperiosa. Ni quería ni amaba, ni sentía alegría ni tristeza. En esta hora triunfal pisaba el piso de la antesala sin elación o aprensión, o consideración de recompensa. Su recompensa era una palabra sin significado. Tan cerca de un autómata como podía la carne viva y la sangre, contemplaba meramente la arena de su reciente victoria y paseaba, desgastando los momentos de intervalo antes de que los desarrollos inexorables de los hechos le trasladasen a otra arena, otra lucha y otro deber.

Miró otra vez su cronómetro, todavía faltaban unos minutos.

Detuvo bruscamente su paseo y fue hacia su mesa, sentándose, apretó un botón y uno de los cajones se abrió. Sacó de él un pequeño cubo blanco impreso con las notas del discurso que iba a pronunciar; cerró otra vez el cajón y, levantando el cubo, lo dejó sobre la mesa.

Al tocar la oscura y brillante superficie, una repentina sensación relampagueó a través de él, como si hubiese establecido contacto con un cable de alta tensión. Quedose como paralizado, una mano sobre el brazo de su silla y la otra sobre la mesa, con los dedos sosteniendo el cubo.

Le pareció entonces como si este contacto con la mesa hubiese abierto sin aviso alguna puerta olvidada por su mente, y que ahora estaba indefenso contra lo que pudiese entrar por esta oxidada abertura. Algo que nunca podría describir ni comprender hizo presa en él. Atrapado por una extraña convulsión permaneció un momento contemplando fijamente el cubo que tenía entre los dedos, y luego levantó la mirada para ver más allá de su mesa.

Enfrente de él parecía que el aire se espesaba y tomaba forma, y la figura de Eli Johnstone, que por derecho debía estar encerrado en la estación que sus hombres tenían cercada, pareció fundirse en una imagen delante de él. Y la imagen le miró y le habló.

—No estoy realmente aquí, Tony —dijo— tú y yo estamos en contacto por cortesía de los Miembros.

Las cuerdas vocales de Sellars se escaparon de su control.

—¿Qué es esto? —dijo.

—Supongo que lo podríamos llamar una charla telepática —contestó sonriendo— o un encuentro mental o algo así. No sé más que soy un buen material para estos casos, y francamente, no lo considero importante. Pero lo que tengo que decir sí que es importante.

La puerta todavía estaba entreabierta en la mente de Sellars.

Mirando a través de ella, se vio forzado a aceptar la verdad de lo que veía y oía; y la verdad de las palabras de Eli se presentaba a su mente como una cosa palpable. Era una sensación extraña pero innegable.

Y Sellars que se había acostumbrado a sí mismo a enfrentarse a cualquier cosa, se forzó a enfrentarse con esto.

—De modo que eres un Miembro —dijo.

—No —dijo Eli— ¿pensabas eso, no es verdad? Pues no lo soy.

—¿Entonces qué nombre te das?

—Eso va a ser un poco difícil de explicar —contestó Eli—. Supongo que a los Miembros que tuviesen psicohabilidades les llamarías... ¿monstruos?

—Supones bien —dijo Sellars.

—Y ahora supón que los consideras para todos los propósitos de un argumento, sólo una minoría en una clase mayor de monstruos, en el sentido de que tuviesen habilidades irreconocibles más allá de lo ordinariamente humano.

—¿Tales cómo?

—Quizás una memoria eidética —dijo Eli— quizás una peculiar sensibilidad a los colores, o un instinto para unir los sonidos musicales de forma que tengan un significado.

—La gente ordinaria puede tener talentos.

—¿Y qué te parece un instinto hogareño, un instinto infalible de dirección? ¿Una inmunidad a todas las enfermedades? Quizás una habilidad para cultivar cosas o un don para domar animales salvajes.

—Sigue —dijo Sellars.

—¿Cuántas de estas serían reconocidas, incluso por la gente que las poseyese, como habilidades humanas extraordinarias? ¿Qué personas tienen múltiples talentos? Muchas más de las que han sido reconocidas, pero que durante estos últimos años de nuestra civilización han sido abatidas por la ignorancia y presiones sociales, de forma que los talentos más dramáticos se pudiesen mostrar a sí mismos.

—Suposiciones —replicó Sellars— pero prosigue.

—Bien —continuó Eli— podrían haber más monstruos en el mundo de los que nadie sospecha; y algunos de ellos podrían vivir y morir sin llamar ninguna indebida atención hacia ellos mismos, porque su habilidad particular no podría ser usada en la sociedad de su época.

—Creo adivinar que todo esto va encaminado hacia tu supuesta habilidad —dijo, inmutable, el más viejo—. Vayamos directamente al grano.

—¿Quieres saber lo que soy?

—Sí.

—Soy un caudillo instintivo —dijo Eli mirando la cara inexpresiva de Sellars— soy un dictador, Tony, un caudillo. Un precursor de la raza. Mi instinto escoge el camino, como el macho cabrío en una manada de corderos, para que los demás puedan ir con seguridad detrás de mí.

Sellars sonrió con una de sus raras y heladas sonrisas.

—¿Es ésta tu habilidad?

—No —durante un segundo Eli pareció triste—. No, Tony, eso es solamente mi instinto, lo que me dirige. Mi monstruosa habilidad es algo diferente pero que le va bien a un macho cabrío. Tengo lo que tú podrías Samar «comprensión».

Un suspiro de impaciencia se escapó de entre los cerrados labios de Sellars.

—Comprensión —repitió con desagrado y en un tono ligeramente burlón.

—Pero no una comprensión ordinaria —dijo Eli—. Escúchame, Tony. Esto es algo que se basa en empatía y refinado hasta un punto de completa comprensión. Es como ver u oír. Debo comprender, no puedo evitarlo. Cuando era un chiquillo me molestaba tanto que deliberadamente me convertí en demente parcial, para escaparme de ello.

»Cualquier cosa viviente —prosiguió tranquilamente— pero más que nada, mi propio pueblo. Ponerse en contacto con alguien, es comprenderle completamente, y no me preguntes cómo lo hago. Parte de mi comprensión viene de lo que veo y les oigo hacer. Al encontrarme con ellos siento inmediatamente lo que es cada uno individualmente; y entonces los conozco en mente, cuerpo y alma. Como te conozco a ti, Tony.

—Naturalmente —dijo Sellars sarcásticamente—. Me conoces, comprendes a todo el mundo y eres un caudillo natural. Y así ahora te presentas aquí con la ayuda de los Miembros para matarme y hacerte cargo del gobierno.

—No —respondió Eli— yo no puedo matar nada, del mismo modo que tú puedes —y lo miró acusadoramente.

—Estás pensando en los dirigentes de los Miembros que ejecuté, sin duda —dijo Sellars.

—Sí.

—Dudo que tu comprensión alcance a comprender eso, de las muy necesarias razones por las que estos revoltosos fueron quitados del medio, antes de que el pueblo en general tuviese un inevitable cambio

de ideas.

—Estás equivocado —dijo Eli—. Comprendo por qué lo creíste necesario. Te dije que ahora nadie tenía secretos para mí, Tony.

Sellars hizo un repentino esfuerzo para liberarse de la compulsión que todavía mantenía su cuerpo atado a la silla. Una mirada a su cronómetro le indicó que era hora de que hiciese su entrada en la sala del Consejo; pero no podía moverse.

—Terminemos con esto —dijo ásperamente—. Estás aquí por una razón. Vamos a ella.

—De acuerdo —respondió Eli—. Tu golpe está casi completado. El mundo es prácticamente tuyo.

—Es mío —dijo Sellars.

—Todavía no —dijo Eli— todavía puede ir en otra dirección de la que tú planeaste.

—No, no puede —replicó Sellars— mi organización lo controla todo, no hay posibilidad de retroceso. Los grupos han sido desacreditados para siempre como una forma de gobierno; y nadie confiará en ellos otra vez.

—Tienes razón —dijo Eli—. No hay retroceso. Pero hay otro camino hacia adelante.

—No —repitió Sellars— nadie puede cambiar la senda del desarrollo ahora. Incluso si me matan o me destituyen, el mundo irá en la dirección que yo he señalado. Nadie puede cambiarlo ahora.

—Sí —dijo Eli mirándole—. Hay una persona que puede. Una sola persona.

—¿Tú? —la fría sonrisa de Sellars apareció de nuevo en sus labios.

—No —dijo Eli—. Tú.

—¿Yo? —respondió sorprendido el más viejo.

—Si cambiases de opinión. Si vieses un sendero diferente y lo tomases, incluso si ello significase el sacrificar tus ganancias personales, el mundo seguiría ese sendero.

—¿Estás loco? —habló con un tono ligeramente asustado.

—No —dijo Eli—. Recuerda, dije que te conocía, Tony. Puedo hablarte con la voz de tu propia conciencia. Eso es lo que me sitúa por delante de los demás. Y porque comprendo al individual, comprendo a la raza que es la suma de los individuales; y sé qué camino debe seguir la raza.

—¿Lo sabes?

Eli asintió.

—Debe gobernarse a sí misma y seguirme.

Durante un momento Sellars se lo quedó mirando.

—¡Por todos los cielos! —dijo, perdiendo el control de sí mismo por primera vez desde que era un chiquillo—. ¿Quieres convencerme para que deje el gobierno del mundo?

—No tengo armas, sólo palabras —respondió Eli y añadió, hablando con rapidez—. Escucha, déjame decirte primero por qué quieres unir la Tierra bajo tu único mando. Creíste que el pueblo se había cansado de los Grupos, tenías razón. Se cansaron de los Grupos como se han cansado de otras formas de gobierno en el pasado. En la historia, te dijiste a ti mismo, el péndulo ha oscilado primero hacia el extremo de un mandato estricto, luego hacia un mandato libre. Primero hacia una centralización del poder, luego hacia un poder dispersado. Las ciudades de Grecia a Alejandro, de Roma a los Césares, el feudalismo a las monarquías fuertes. Y así llegando a nuestra época con los grupos fundidos en sus propias disensiones, embrollados con sus complicadas autoridades, y el mundo parado.

—Eso es un hecho —dijo Sellars.

—Tal como tú lo ves.

—Tal como es —insistió el más viejo—, El mundo está enfermo. He operado y extraído el cáncer de un mal gobierno. Mi camino es el único camino.

—No —objetó Eli, suavemente— Hay un camino mejor y te lo enseñaré. Y lo seguirás, porque debes obedecer tu propia conciencia. ¡Escucha! En la historia, la historia que tú has inspeccionado, dos puntos de vista han marchado de lado. Uno ha dicho siempre: «Así ha ido en el pasado, por lo tanto, así debe continuar». Y el otro ha dicho: «Todas las cosas cambian o mueren. Lo que está pasado, se fue para siempre. El camino venidero siempre es diferente».

—Al fin todo repite la teoría cíclica —insistió Sellars— siempre repitiendo y repitiendo.

—Así habló la ameba, flotando en la superficie del océano, con su parte más alta en la cresta de una ola, y la más baja entre dos aguas —replicó Eli—. Y si ella tenía razón, ¿qué estamos haciendo aquí, cien pies sobre el nivel medio del Atlántico? Pero suponte que era verdad, ¿hay alguna razón por la que deba continuar siéndolo? Y si era verdad, ¿qué propósito persigues asistiendo lo que no necesita asistencia para continuar? Esa razón no era la auténtica. Yo sé cuál es.

—¿Ah? —dijo Sellars.

—Sí, y te la diré sin que me preguntes, porque sé que tú no me la preguntarás.

Sellars bajó la mirada y se quedó contemplando la superficie de su mesa, mientras Eli seguía hablando:

—Eres un hombre fuerte, Tony, demasiado fuerte para tu propio bien. No puedes ver un problema sin tratar de arreglarlo. Si no puede ser resuelto, tratarás de encontrar una solución, que le hará aparecer resuelto de momento. Y esto es exactamente lo que has hecho con el mundo actual.

Todavía Sellars no dijo nada, ni levantó la mano.

—Regimentación —siguió Eli—. Orden forzado y actividad dirigida por una sola cabeza central; toda la apariencia del progreso y desarrollo. Esa era tu idea. Seguir moviendo la bomba aunque el pozo estuviese seco. Pretender que todavía no hemos alcanzado el decisivo punto final.

Sellars finalmente levantó la mirada, sus ojos estaban endurecidos por el dolor:

—¿Qué más?

Eli sonrió:

—Gracias Tony, tú preguntas y yo respondo. —Sonrió otra vez contra la amarga incredulidad de Sellars—. Los Miembros tienen el verdadero instinto, han estado soñando con un superhombre sin los defectos del hombre. Era un sueño joven, sin madurez, porque asumía que, de repente, nos encontraríamos en la cima de la montaña sin haberla escalado Pero miraban en la verdadera dirección: el hombre ha luchado contra el mundo externo y ganado, ahora, empieza una nueva campaña para conquistar su interior. Los tiempos de las fatigas físicas están por detrás de nosotros. De ahora en adelante marcharemos hacia nuevas tierras, tan diferentes, vastas y desconocidas que nadie puede adivinar lo que nos está esperando en ellas —se detuvo y miró al otro—. ¿Y bien, Tony?

Sellars estaba libre de la compulsión que le había sujetado tanto rato, pero no se dio cuenta. Puso el codo sobre la mesa y apoyó la cabeza contra la mano frotando cansadamente su frente con la punta de los dedos:

—Si yo creyese esto… —dijo— si pudiese creerlo…

—¿Por qué crees que he venido aquí, más que para probártelo? —replicó Eli—. Aquí está la prueba para que lo descubras por ti mismo. El primer bloque con que nos encontramos…

—¡No! —gritó Sellars de repente, interrumpiéndole. Enderezóse en su asiento y agitó la cabeza brevemente, como si saliese de un sueño —. Esto es fantástico, no, Eli —puso las palmas de sus manos sobre la mesa y se levantó. Con una mirada sólida y resistente miró a Eli.

—Probaste bien y casi lo conseguiste —dijo—, pero he pasado la edad de creer en cuentos de hadas, sólo porque es lo que quiero oír.

Lo siento —y salió de detrás de su mesa, cogiendo el cubo mnemónico y encaminóse hacia la puerta.

—¿Cuentos de hadas? ¿Estás seguro de que lo que te dije eran cuentos de hadas?

Sellars se detuvo:

—Me aseguré. Un día lo sabré positivamente. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada —dijo Eli tranquilamente—. Té dije que no tenía armas, sólo palabras. Ahí tienes la puerta, más allá los Representantes te están esperando. Si tú prefieres cruzar la puerta sin escuchar lo que tengo que ofrecerte, todo lo que puedo hacer es mirar cómo te vas.

Sellars agachó la cabeza y se fue hacia la puerta. Había algo grave y doloroso en este último gesto. Era como si su gran voluntad tuviese tal volumen que su extraño empuje debía llevarlo lenta, pero inevitablemente al desastre, como e! trasatlántico de mil toneladas que se separa del cable que lo remolca y vuelve con engañosa y terrible lentitud hacia la silenciosa muchedumbre que lo espera en el frágil malecón. Casi llegó a la puerta, pero antes de alcanzarla, sus pies se habían parado y se volvía, vacilante, hacia Eli; el hombre que nunca había vacilado en tomar una decisión, estaba ahora indefenso ante la agonía de su indecisión.

—¡Maldito seas! —gritó—. ¿Cuál es la prueba?

Eli fue hasta él mirándole fijamente, y quedando sólo a unas pulgadas del otro.

—Primero —dijo— viene la confianza, es el primer paso en ese camino que vamos a seguir. Los muros de secretos, vergüenza y temores escondidos, deben derruirse. Si tú quieres, Tony, puedes mirar en mi mente con la ayuda de los Miembros y ver que lo que te dije del futuro es verdad y posible. Pero la única forma de hacer esto realidad es que, al mismo tiempo, me dejes mirar en la tuya. Si hacemos esto, no tendremos secretos el uno para el otro, pero nadie debe forzarte a ello, debes estar de acuerdo y deseoso de confiar.

—Confiar... —repitió Sellars.

—Un tiempo vendrá en que todos confiarán en los demás. Para gente educada como nosotros, en esta época es muy duro. Yo puedo hacerlo porque sé por adelantado lo que veré y encontraré. Es mi fuerza particular. Pero todos tienen la suya, y la tuya reside en tu deseo de tener razón, no importa lo que cueste. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —dijo Sellars, como reuniendo fuerzas— puedo hacer cualquier cosa.

—Sé que puedes —respondió Eli.

Sellars levantó la mirada hacia Eli y en él encontró seguridad.

—Creo que, de todas formas, puedo confiar en ti —dijo. Y con estas palabras, las barreras que había entre ellos, cayeron para siempre.

—¿Ves? —dijo Eli después de un largo rato. —Ya veo —dijo Tony Sellars.

Había un vacío en su voz, fue hacia su mesa y se sentó pesadamente en la silla.

—¿Qué haré ahora? —dijo desesperanzado, de repente era humano y sin defensas.

—Creer en un futuro diferente, eso es todo —dijo Eli—. Y trabajar para él; el trabajo es algo que nunca nos faltará. Ni esta generación ni la próxima, ni incluso la otra que seguirá, querrá alguien en el mundo hacer lo que tú has hecho. Tú crees que me he llevado algo de ti, Tony, pero verás que perdiendo eso has encontrado algo más grande y mejor con que reemplazarlo. Esperanza, Tony.

—Sí, esperanza… —como si despertase de su preocupación, Tony miró a la pantalla en la que se veían sus buques todavía rodeando la estación. Apretó un botón y una conexión directa invisible se estableció entre él y la sala del piloto del buque insignia. La escena de la pantalla se desvaneció y fue reemplazada por las facciones de un joven delgado, llevando el uniforme verde con las insignias de Transporte.

—Vuestras órdenes están anuladas —dijo Sellars—. Volved a Cable Island. —Y cortó la Conexión, dejando al joven con una expresión atónita.

—Gracias —dijo Eli— ¿y ahora?

Sellars suspiró profundamente y se puso en pie.

—Ahora —dijo con una voz paulatinamente más firme— tengo que hablar con los líderes de Grupo en la sala del consejo.

A través del abierto canal de su comprensión, Eli alcanzó a ver el escote y significado de esta explicación.

—Yo se lo podría decir, Tony —dijo.

—No —dijo Sellars con seguridad volviendo a él— el error fue mío, la explicación tiene que ser mía.

Fue hacia la puerta y al ir a apretar el botón de apertura, se volvió hacia Eli.

—Estos Miembros —dijo— los que hice ejecutar. Supongo que los otros que no pude coger te lo contaron.

—No —repuso Eli— ordinariamente no Soy telepático, pero esta vez estaba en contacto real. Uno de los ejecutados era Seth Maguin,

medio hermano mío.

—Ya veo —dijo Sellars— lo siento.

—Lo sé —dijo Eli suavemente.

Durante otro segundo Sellars titubeó. Luego se volvió y empujando la puerta, salió de la habitación. Una fuerza invisible mantuvo la puerta entreabierta.

—Gracias, quienquiera que sea —dijo Eli— quería verlo.

Se movió hacia un ángulo de la habitación, donde los reunidos en el anfiteatro no le pudiesen ver.

—Presidente y Representantes —empezó Sellars y se detuvo como si estuviese reuniendo fuerzas.

Eli se volvió y vio un movimiento en el aire junto a él, era Tammy, coalesciendo de la nada.

—Yo también quería venir —dijo mirándole—. Eli, ¿sabes que ya no cojeas?

Eli puso la sombra de su brazo alrededor de la sombra de los hombros de ella, sintiendo* muchas millas a través del océano, en la estación, el calor y la ternura de ella al duplicarse en su cuerpo físico la acción. Sonrióle.

—Eso es porque he dejado de ser un inválido en otro sentido; ahora calla y escucha. Esto es algo que en nuestra civilización actual, requiere un gran hombre para hacerlo.

Guardaron silencio. Fuera, en la sala, Sellars levantó el cubo entre sus dedos y lo miró durante un segundo. Luego, tranquilamente, lo echó por la ranura y contempló cómo era incinerado. Miró otra vez a la audiencia y poniendo las palmas de las manos sobre la mesa, se inclinó hacia adelante y empezó a hablar:

—Caballeros —dijo simplemente— he cometido un error…

FIN

SENTIMENT, INC.

Poul Anderson

CAPITULO PRIMERO

Tenía veintidós años, recién salida del colegio, llena de vida y esperanzas, y todo dispuesto para conquistar el mundo. Colin Fraser resultaba estar de vacaciones en cabo Cod, donde ella estaba disfrutando del verano, asistiendo a más espectáculos de los que él se había propuesto. No había sido difícil conseguir una presentación y antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo él y Judy Sanders sabían bastantes cosas uno del otro.

—Naturalmente —le decía ella una tarde en la playa— mi nombre verdadero es Harkness.

El levantó el brazo dejando caer la arena entre sus dedos. La playa era grande y deslumbrante a su alrededor, el mar galopando en sus idas y venidas con seguido rugir y una suave brisa que flotaba sobre sus cabezas.

—¿Qué hay de malo en él? —preguntó él—. Desde el punto de vista profesional, quiero decir.

Ella echóse a reír haciendo mover el largo cabello que caía por encima de sus espaldas.

—Quería vivir bajo el nombre de Sanders —explicó.

—Oh… oh, sí naturalmente —sonrió—. Somos dos almas gemelas.

Fue entonces cuando decidió que ya hacía bastante tiempo que era soltero.

Al llegar el otoño, ella se fue a Nueva York para empezar el ascendente trabajo —sobresaliente, paseos interrumpidos, teatros y papeles en sinceros pavos. Fraser regresó a Boston por algún tiempo, pero su trabajo se resintió, tenía que seguir bosquejando de prisa para poderla ver.

En la primavera la muchacha comenzaba a conseguir plazas; tenía talento y cualquiera se alegra al contemplar una rubia de ojos castaños. Los ofrecimientos semanales estaban empezando también a mostrar cierto progreso real, y él pensó que un mes o dos de asedio continuo podrían poner fin a la campaña. Por esto dejó su trabajo y se fue a Nueva York. Había reservado suficiente dinero, y era bastante bueno en su trabajo, para disponer de él. De todas maneras, era su propio amo, ingeniero consultor, especializado en análisis matemáticos.

Encontró una habitación amueblada en Brooklyn, y llenó el tiempo que tenía libre, cuando se acordaba de ello, con algunos cursos especiales de matemáticas en Columbia. Tenía muchos amigos en la ciudad, de toda clase de profesiones. Junto a Judy, aprendió mucho

del físico Sworsky, quien era un compañero entretenido aunque la mayoría de su trabajo era tan absolutamente secreto que ni siquiera podía nombrarlo. Fue un período feliz.

Siempre hay la nota discordante, desde luego. En este caso, era el hecho de que Fraser tenía mucha competencia. No tenía muy buena presencia —un tipo alto de unos veintiocho años, con cara de cuchillo y siempre con los trajes deshilachados. Pero sin embargo, Judy se había sentido inclinada hacia él más que hacia cualquier otro, y comprendía que la muchacha había sido seriamente considerada al aceptar su propuesta y no otra.

La telefoneaba una vez al día.

—Lo siento —respondió la muchacha—. Me gustaría, Colin, pero ya me había comprometido para esta noche. No tienes por qué preocuparte, se trata de Matthew Snyder.

—Hmmm... ¿El industrial?

—Uh-uh. Me lo ha pedido de una manera que me ha sido totalmente imposible rehusar. Pero no creo que debas sentirte celoso, cariño. Adiós ahora.

Fraser encendió su pipa con cierta elegancia, Snyder era varias veces millonario, pero estaba próximo a los sesenta, era viudo y poseía una conversación notablemente obtusa. Judy no... Bueno, no había porqué preocuparse, como ella había dicho. Se dejó caer en el apartamento de Sworsky para pasar la velada jugando al ajedrez o algo por el estilo.

A principios de mayo, cuando el mundo vuelve a recobrar su verdor, Judy llamó por teléfono a Fraser.

—Hola —dijo, vacilando—. ¿Estás atareado esta noche?

—Bueno, espero estarlo, si tú haces lo que yo diga —respondió.

—Mira. Vamos a hacer un trato. He ganado un poco más de dinero y deseo sentirme rica por una noche.

—Ummmm —murmuró a través del teléfono—. No creo que...

—Oh, no seas bobo. Nos encontraremos en el vestíbulo de Dixie a las siete. ¿Vale? —Le mandó un beso a través del hilo telefónico y colgó antes de que él pudiera añadir nada más. El muchacho suspiró y se encogió de hombros. ¿Por qué no, si ella lo quería así?

Fueron a un restaurante húngaro, donde una pareja de gitanos húngaros se paseaba a su alrededor tocando sólo para ellos, según parecía, cuando le dirigió una pregunta a Judy.

—¿Te ha tocado la lotería, o qué?

—No —rióse la muchacha por encima del vaso—. Hago de...

—Espero que dejarás esa clase de trabajo antes de casarnos.

—Es un trato curioso —dijo ella pensativamente—. Te interesará. He salido un par de veces con ese Snyder, ya sabes, y si algo puede arrojarme antes a tus brazos, Colin, son sus lecturas políticas.

—Bien, alabado sea el partido republicano. —Puso su mano sobre la de ella, que ésta no retiró, pero frunció ligeramente el entrecejo.

—Colin, tú sabes que deseo conseguir algo antes de casarme, ver un poco de mundo, del mundo teatral, antes de convertirme en una hacendosa mujercita de mi casa. No seas tan... Oh, no tiene importancia, me gustas de todas maneras.

Dio un pequeño sorbo a la bebida que tenía en el vaso y volvió a dejarlo en la mesa.

—Bien, para seguir con la historia. Al final le di el pasaporte definitivo a Comrade Snyder, y debo reconocer que se lo tomó bastante bien. Pero hoy, esta mañana, me ha telefoneado pidiéndome que fuera a almorzar con él, y lo he hecho después que se hubo explicado. Parece ser que tiene un amigo psiquiatra que está haciendo investigaciones, midiendo las variaciones del cerebro o algo por el estilo, y... —¿he dicho variaciones? Ondas, quise decir. De todas maneras, lo que él desea es medir diferentes tipos de gente, tantos como le sea posible, y Snyder me convenció. Se supone que tendré que acudir tres tardes consecutivas, de una duración de dos horas cada vez, y obtendré cien dólares por sesión.

—Ummm —dijo Fraser—. No sabía que las investigaciones psíquicas procuran tanto dinero. ¿Quién es ese loco científico?

—Se Mama Kennedy. Oh, hablando de todo un poco, se supone que yo no debo decir nada de esto a nadie; quieren lanzarlo al mundo por sorpresa o algo así. Pero contigo es distinto, Colin. Estoy excitada. Quería hablar con alguien de esto.

—Claro —dijo él—. ¿Has asistido ya a la primera sesión?

—Sí, la primera ha sido hoy. Es un lugar gracioso para hacer investigaciones o experimentos. Kennedy posee un gran apartamento en la Quinta Avenida precisamente en el distrito de primera. Un despacho maravilloso. El nombre de ese equipo es Sentiment, Inc.

—Hmmm. ¿A santo de qué un equipo de investigación lleva un nombre como ése? Bueno, sigue.

—Oh, no queda mucho por contar. Kennedy ha sido muy amable. Me ha hecho entrar en el laboratorio lleno de toda clase de aparatos medidores, luces intermitentes y os... ¿cómo lo dices? Esas cosas que hacen dibujos moviéndose rápidamente.

—Osciloscopios. Nunca serás una científica, querida mía.

Ella sonrió.

—Pero conozco un científico que me gusta... ¡No importa! Como te iba diciendo, me hizo sentar en una silla y puso unas bandas alrededor de mis muñecas y tobillos, y luego una cosa grande como los secadores que se emplean en los salones de belleza sobre mi cabeza. Entonces estuvo un rato ocupado dándole vueltas a distintos discos, tomando notas. Después comenzó a decirme algunas palabras y mostrarme algunas fotografías. Algunas eran muy bonitas, otras terribles; algunas cómicas; otras estremecedoramente horribles... En resumen, eso fue todo. Después de un par de horas me entregó un cheque por valor de cien dólares y me dijo que mañana volviera a ir.

—Hmmm. —Fraser se acariciaba pensativamente la barbilla—. Aparentemente estaba midiendo los ritmos eléctricos correspondientes al placer o desagrado. No tenía la menor idea de que nadie pudiera haber hecho un encefalógrafo tan perfecto.

—Bien —dijo Judy—. Ya te he contado el motivo de esta celebración. Ahora vamos, la orquesta está tocando. Vamos a bailar.

Pasaron una noche naturalmente maravillosa. Más tarde Fraser permaneció despierto mucho rato, no queriendo romper el hechizo de su felicidad con el sueño. Consideraba que dormir era desperdiciar lastimosamente el tiempo; suponiendo que viviera noventa años, habría malgastado treinta años en la inconsciencia del sueño.

Judy estaba ocupada durante las dos veladas siguientes y Fraser también estaba invitado a cenar con Sworsky a la noche siguiente a su entrevista con Judy. Por eso no fue hasta el final de semana que la llamó de nuevo.

—Hola, cielo —le dijo, dichoso—. ¿Cómo van las cosas? Me refiero a tus entrevistas, naturalmente.

—Oh... Colin —su voz era débil y parecía temblarle.

—Oye, tengo dos entradas para el Delantal al servicio de S. M. De modo que ponte tu delantal y espérame que voy a buscarte.

—Colin... lo siento, Colin. No puedo.

—¿Huh? —se dio cuenta de que la voz de la chica le sonaba de una manera extraña, sintiéndose repentinamente alarmado—. ¿Te encuentras bien, verdad?

—Colin..., yo... ¡voy a casarme!

—*¿Qué?*

—Sí. Estoy enamorada ahora; verdaderamente enamorada. Me casaré dentro de un par de meses.

—Pero... pero...

—No quería lastimarte. —Oyó que empezaba a llorar.

—Pero quién..., cómo...

—Es Matthew —murmuró ella, entre sollozos—. Matthew Snyder.

Fraser permaneció callado unos momentos, hasta que ella le preguntó si seguía al teléfono.

—Sí... —respondió sin entonación—. Sí, sigo aquí, en cierto modo. —Se estremeció—. Oye, tengo que verte. Quiero hablar contigo.

—No puedo.

—Por mil diablos, sí que podrás —le dijo duramente.

Se encontraron en un pequeño bar. Tranquilo, en el cual se habían citado otras muchas veces anteriormente. Judy le observaba con ojos asustados mientras pedía dos martinis.

—Bien —dijo él al final—. ¿Qué es toda esa historia?

—Yo... —apenas podía oír su voz—. No se trata de ninguna historia. De pronto me he dado cuenta de que estoy enamorada de Matt. Eso es todo.

—*¡Snyder!* —Soltó una palabrota—. ¿Recuerdas lo que me dijiste de él hace unos días?

—Entonces pensaba de aquella manera, pero ahora siento de distinta forma —murmuró ella—. Es un hombre maravilloso cuando uno llega a conocerle.

Y *rico*. Frenó las palabras y el pensamiento.

—¿Específicamente, en qué es tan maravilloso? —le preguntó.

—El... —De pronto, el rostro de la muchacha expresó éxtasis. Fraser la había visto así cuando le miraba a él, de aquella manera, a cada momento.

—Sigue —insistió, ceñudamente—. Enumera todas las cualidades de Mr. Snyder. Haz una lista. Es cortés, culto, inteligente, joven, atractivo, divertido... ¡Cuernos! *¿Por qué*, Judy?

—No lo sé —respondió en un tono alto, casi miedoso. Sólo sé que le amo. Nada más. —Se inclinó sobre la mesa y acarició la mejilla de Fraser.

—Me gustas mucho, te aprecio, Colin. Trata de encontrar una chica bonita y sé feliz.

Fraser apretó la boca hasta que ésta pareció una simple raya.

—Eso me parece muy extraño —dijo—. ¿Es un chantaje?

—¡No! —La muchacha se puso de pie derramando el contenido de su vaso, y el brillo de su genio le demostró a Fraser lo sobreexcitada que estaba la chica—. Sucede únicamente que él es el hombre a quien quiero. Esto debe ser suficiente para usted, adiós, Mr. Fraser.

Permaneció sentado viéndola alejarse. Mientras cogió su vaso y bebió de un trago su contenido, pidiendo otro.

II

Juan Martínez había llegado de Puerto Rico siendo un muchacho y se había abierto camino desde entonces. Fraser le había conocido durante el servicio y se habían visto en varias ocasiones desde entonces. Martínez se había dedicado a los negocios detectivescos haciendo bastante dinero con ello; Fraser tuvo que pasar frente a una linda recepcionista antes de entrevistarse con él.

—Hola, Colin —le saludó Martínez, estrechándole la mano—. Era un hombre bajito, de tez morena, con una nariz larga y ancha, y ojos negros espumosos que le daban un aspecto de ratón simpático—. Tienes mal aspecto, chico.

—Me siento mal, en efecto —dijo Fraser, dejándose caer en una silla—. No es posible que tres días de beber sin descanso no dejen huellas.

—Vaya, ¿qué te sucede? ¿Un cigarrillo? —Martínez le tendió un paquete—. ¿La novia te ha dado el pasaporte?

—En efecto, así es. Por esto deseaba verte.

—Esto no es el club de los corazones solitarios —dijo Martínez—. Y ya sabes que te he dicho una y mil veces que un detective privado no es un Superman chistoso. Nuestro trabajo es un noventa y nueve por ciento, simple rutina. Y en cuanto al otro uno por cien llamamos a la policía.

—Déjame contarte la historia —dijo Fraser. Pasó la mano por sus ojos y empezó: Al terminar, seguía sentado mirando fijamente al suelo.

—Bien —dijo Martínez— es una desgracia y una pena. Pero qué diablos, existen otras damas. Nueva York tiene más mujeres bonitas por pulgada cuadrada que cualquier otra ciudad, excepto París. Pon los ojos en cualquier otra. O si lo prefieres, puedo darte un número de teléfono…

—No me entiendes —dijo Fraser—. Quiero que investigues este caso. Quiero saber por qué Judy se comporta de esta manera.

Martínez expulsó el humo del cigarrillo.

—Snyder es un hombre rico y poderoso —dijo—. ¿No es esto suficiente?

—No —respondió Fraser, demasiado fatigado para enfadarse por aquella sugerencia—. Judy no es de esa clase de chicas. Ni es tampoco de las que se arrojan por la borda en cuatro días, especialmente estando yo aquí. Ya sé que estas palabras suenan a petulancia por mi parte, maldita sea, pero yo sé que ella estaba interesada por mí.

—De acuerdo. ¿Sospechas que ha habido alguna presión que la ha obligado a obrar de esa manera?

—Sí. No puedo llegar a imaginar qué. Telefoneé a la familia de Judy, que reside en Maine, y me dijeron que ellos se encontraban bien, que no tenían problemas o preocupaciones de ninguna clase. A mí no se me ocurre que pueda existir nada en su propia vida particular que pueda ser objeto de chantaje o extorsión para alguien. Sin embargo, quiero saberlo...

Martínez tamborileó sobre la mesa con nerviosos dedos.

—Trataré de averiguar algo de esto si insistes —dijo—, aunque esto te va a costar algunos centavos. Las vidas de los hombres ricos no son fáciles de espiar en especial si poseen algo que desean ocultar. Pero no creo que descubramos mucho. Tu caso parece ser únicamente uno de tantos otros casos similares ocurridos el pasado año.

—¿Huh? —Fraser levantó los ojos mirándole agudamente.

—Sí. Leo todas las noticias, y recuerdo los hechos curiosos o extraños. Recientemente han habido una buena docena de casos, en los cuales, maravillosas jóvenes se han casado súbitamente con hombres ricos, o se han convertido en sus amantes. Esto no sale precisamente en los periódicos pero yo tengo mis fuentes privadas de información. Lo sé. En cada caso, no había ninguna razón aparente. En realidad, parece ser que las damas se sentían inclinadas a enamorarse de papá.

—Y la era de los buscadores de oro hace tiempo que pasó a la historia... —Fraser permanecía sentado mirando la ventana. Parecía inadecuado que el cielo estuviera tan radiante, tan iluminado por los rayos del sol.

—Bien —dijo Martínez—, no me necesitas a mí. Lo que te hace falta es un psicólogo.

¡Psicólogo!

—¡Dios mío!, Juan, de todas maneras voy a encargarte un trabajo.

Fraser se había puesto de pie.

—Vas a hacer algunas comprobaciones en un equipo llamado Sentiment, Inc.

Una semana después, Martínez decía:

—Sí, lo encontramos bastante fácilmente. No figura en el listín telefónico, pero posee un buen apartamento en el centro del distrito más distinguido de la Quinta Avenida. La dirección está aquí, en mi informe escrito. Nadie en el edificio sabía gran cosa de ellos, excepto que son apacibles, tranquilos, de buena conducta y que se llaman a sí mismos psicólogos investigadores. Tienen cuatro empleados: una

secretaria recepcionista; una secretaria para todo; y una pareja de muchachos severos que son los guarda espaldas del jefe. Este se llama Kennedy, Robert Kennedy. Mi hombre no pudo entrar en su despacho; la chica le dijo que estaba demasiado atareado y que nunca veía a nadie excepto a algunos clientes asiduos. Ni tampoco supo contarle nada de las chicas, pero investigó por su cuenta.

»La recepcionista está trabajando por simple rutina, es casada, apenas sabe ni le importa lo que está haciendo. La taquimecanógrafa es soltera, posee un curso de psicología, vive sola, y parece ser que no tiene más amigos que su jefe. Quien, desde luego, no es su amante.

—Bien, ¿y qué has averiguado de Kennedy? —preguntó Fraser.

—He descubierto bastante, pero todo está en regla —explicó Martínez—. Tiene cerca de cincuenta años, es viuda, con una vida privada muy estable. Es psiquiatra licenciado y acostumbraba a ejercer en Chicago, donde hacía también investigaciones en colaboración con un físico llamado Gavotti, quien hace tiempo murió. Poco después de esto…

»No, no hay sospecha de juego sucio; el físico era un hombre mayor y murió de un ataque al corazón. Sea como fuere, Kennedy se trasladó a Nueva York. Sigue practicando, oficialmente, pero no visita casi a nadie; alega que sus investigaciones sólo le dan tiempo para unos pocos —Martínez entrecerró los ojos—. La única cosa que puedes alegar contra él es que ocasionalmente ve a un tipo llamado Bryce, que está en una firma que tiene algunos tratos con Amtorg.

—¿La corporación de comercio rusa? Hmm.

—Oh, sería una culpabilidad por asociación lindamente remota, Colin. Amtorg tiene negocios absolutamente legítimos, ya lo sabes. Nosotros les compramos manganeso, entre otras cosas. Y el resto de contactos de Kennedy son estrictamente de la alta esfera. *Creme de la cremé*… hombres de negocio, financieros, políticos, y una gran unión sobresaliente que es conocida como conservadora. En realidad, los amigos de Kennedy son tan poderosos que tendrían un verdadero trabajo para conseguir algo contra él.

Fraser se movió inquieto en su silla.

—Supongo que mi idea era absolutamente descabellada —admitió.

—Bien, hay un ángulo extraño. ¿Sabes todos esos tipos ricos que han salido de pronto con damas altamente deseables? Hasta el momento y según lo que he podido descubrir, cada uno de ellos es cliente de Kennedy.

—¿Eh? —Fraser dio un salto en la silla.

—Es un hecho. Además, mi hombre, enseñó al servicio del edificio

donde se halla el departamento de Kennedy, así como a los ascensoristas y todo eso, unas fotografías de esas damas, y dos de ellas fueron recordadas como visitas de Kennedy.

—¿Poco antes de que… se sintieran enamoradas?

—Verás, esto no puedo asegurártelo. Ya sabes lo que sucede con eso de recordar las fechas exactas. Pero es posible.

Fraser movió la cabeza.

—Es increíble —dijo—. Pensaba que Svengali estaba ya pasado de moda.

—Sé algo sobre hipnotismo, Colin. Ello no produciría nada de lo que tú estás pensando que ha sucedido con esas chicas.

Fraser sacó su pipa y la llenó de tabaco.

—Creo —dijo— que voy a llamar personalmente al doctor Robert Kennedy.

—Tómatelo con calma, muchacho —dijo Martínez—. Has estado leyendo demasiadas historias fantásticas; te meterás en un lío; no conseguirás nada.

Fraser intentó sonreír. Era difícil… Judy no había contestado a sus llamadas telefónicas ni a sus cartas.

—Bien —dijo—. Valdría la pena.

El ascensor le dejó en el piso decimonoveno. Había cuatro apartamentos, grandes, con el corredor que se extendía entre ellos. Leyó los membretes que figuraban en las puertas de cristal. A un lado estaba la Compañía de Publicidad Eagle y Frank & Dayles, Brothers. En el otro, Messenger Advertising Service y Sentiment, Inc. Entró por esta puerta y se encontró en una sala de recepción quieta, cuyas paredes estaban revestidas de madera. Tras la barandilla habían dos mesas, una joven sentada tras de cada una, y dos tipos corpulentos que estaban sentados tranquilamente leyendo unas revistas.

Una muchacha bonita, seguramente la recepcionista, levantó los ojos hasta él, cuando Fraser se acercó, dirigiéndole una sonrisa profesional.

—Dígame, señor —solicitó.

—Desearía ver al doctor Kennedy, por favor —dijo, tratando de aparentar un tono casual.

—¿Tiene cita concertada, señor?

—No, pero es urgente.

—Lo siento, señor, el doctor Kennedy está muy atareado. No puede ver a nadie más que a sus pacientes regulares y los sujetos de investigación.

—Mire, ¿quiere entregarle esta nota, por favor? Gracias.

Fraser permaneció sentado unos minutos, inquieto, preguntándose si había escrito la nota correctamente.

Debo verle respecto a miss Judy Harkness. Importante.

¿Qué diablos más podía decirle?

La recepcionista salió al cabo de unos minutos.

—El doctor Kennedy podrá dedicarle unos minutos, señor —le anunció—. Por aquí, tenga la amabilidad.

—Gracias —Fraser se dirigió hacia la puerta del fondo. Los dos hombres bajaron sus respectivas revistas para seguirle con vigilantes ojos.

Era un despacho amplio, agradablemente amueblado, con una puerta al lado que debía conducir al laboratorio. Kennedy levantó la vista, de los papeles que estaba repasando y se levantó, tendiéndole la mano. Era un hombre de mediana estatura, más bien metido en carnes, con cabellos grises peinados lisamente hacia atrás, dejando totalmente despejado el rostro ancho, macizo tras unas gafas sin borde.

—¿Sí? —Su voz era baja y agradable—. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Fraser. —El visitante se sentó y aceptó un cigarrillo. Era lo mejor para actuar de acuerdo con las reglas de buena educación —. Conozco a miss Harkness bien. Tengo entendido que usted le hizo algunos estudios encefalográficos.

—¿Sí? —Kennedy parecía disgustado, y Fraser recordó que Judy le había dicho que le habían recomendado encarecidamente no hablar con nadie de aquellas sesiones—. No estoy seguro ; tendría que consultar antes mi fichero.

No admitía nada, pensó Fraser.

—Verá —continuó el ingeniero— recientemente he observado un marcado cambio en miss Harkness. Conozco la suficiente psicología para poder estar seguro de que tales cambios de la noche a la mañana sin una causa que los justifique. Por esto deseaba consultarle.

—No soy su psiquiatra —respondió Kennedy fríamente—. Ahora, le agradeceré sepa disculparme, pero realmente tengo mucho que hacer...

—De acuerdo —dijo Fraser. No había amenaza en su tono, sino cansancio—. Si usted insiste, tendré que explicarme mejor. Tales cambios tan bruscos indican inestabilidad mental. Pero yo sé que ella estaba perfectamente sana antes. Estos síntomas comenzaron a aparecer como si sus experimentos... hubieran perjudicado la mente de mis Harkness. Y en este caso, tendría que denunciarle por

tratamiento equivocado.

Kennedy se sofocó.

—Soy un psiquiatra licenciado —dijo— y cualquier otro doctor le confirmará que miss Harkness está todavía en su sano juicio. Si intenta poner en marcha una investigación, no hará más que malgastar su propio tiempo y el de las autoridades competentes. Ella misma puede testimoniar que no se le hizo ningún daño.

No se le aplicó nada a la fuerza; y que usted es un entrometido infernal con ciertas desilusiones sobre sí mismo. Buenas tardes.

—Ah —dijo Fraser— de manera que ella *ha estado aquí*.

Kennedy pulsó el timbre. Sus hombres aparecieron en la puerta.

—Enséñenle a este caballero la salida, por favor —dijo.

Fraser meditó unos instantes si debía o no empezar una pelea, pero decidió que era una tontería hacerlo, y salió entre los dos hombres. Cuando llegó a la calle, estaba temblando, y claramente necesitado de un trago.

Fraser le preguntó:

—Jim, ¿lees todavía el *Trilby*?

El rostro redondo, pecoso de Sworsky se alzó para contemplarle.

—Desde hace años —respondió—. ¿Por qué?

—Quiero que me digas algo. ¿Es posible, aunque sea teóricamente, hacer lo que hacía Svengali? Cambio de actitud emocional y todo eso así —Fraser hizo chasquear los dedos.

—No lo sé —respondió Sworsky—. Las cuestiones nucleares es preferentemente mi línea. Pero aparte de eso, creo que podrá hacerse… Dentro de algún tiempo, en el futuro. Las costumbres del pensamiento, modelos de asociación, el seleccionar esto como bueno y lo otro como malo, parecen ser asuntos de pasos nerviosos establecidos. Si fuera posible electivamente alterar la polarización de las neuronas individuales… Pero todo esto es muy problemático en la actualidad; apenas sabemos nada sobre el cerebro actualmente.

Observó a su amigo, afectuosamente.

—Comprendo que debe ser duro recibir calabazas —dijo—, pero no pierdas los ánimos por esto.

—No me lo tomaría de esta manera si alguien me la hubiera arrebatado de la manera normal —dijo Fraser débilmente—. Pero esto… Oye. Deja que te cuente todo lo que he averiguado.

Sworsky movió la cabeza al llegar al fin de su relato.

—Todo eso no es más que una soberana tontería —murmuró—. Será mejor que lo olvides.

—¿Conocías al socio de Kennedy? Gavotti, de Chicago.

—Claro, le había visto varias veces. Un tipo agradable, de muy pocas palabras, completamente absorbido por su trabajo. Estaba muy interesado en neurología desde el punto de vista físico, durante los últimos años de su vida, y cooperó mucho en la cibernética. ¿Por qué?

—No lo sé —respondió Fraser—. No lo sé. Pero hazme un favor, Jim. Judy no quiere saber nada de mí, pero te conoce y te aprecia. Invítala a cenar o algo así. Insiste para que acepte. Entonces tú y tu esposa tratad de averiguar todo lo que podáis. Si es posible que os cuente cómo fue todo ese asunto. Qué actitudes adopta hacia todo.

—Mi nombre es Sworsky, no Holmes. Pero, de acuerdo, trataré de hacer lo que pueda, si tú me prometes a cambio, tratar y conseguir librarte de esa obsesión. Debes recuperarte, ya lo sabes.

In vino veritas… a veces demasiado *veritas*.

Hacia el final de la velada, Judy hablaba libremente, y no demasiado coherentemente.

—Me gustaba mucho Colin —decía— era tan maravillosamente agradable tenerle cerca… Es un gran tipo. Sólo que Matt… no lo sé. Matt no posee ni la mitad de lo que Colin tiene; Matt es simple. Estoy temiendo que tal vez no sea más que una conveniencia ornamental para él. Sólo que si alguna vez hay alguien que cuando está cerca consigue que todo dé vueltas a tu alrededor y que pienses constantemente en él cuando está lejos… bien, así es él. Todo lo demás no importa.

—Colin está tercamente obsesionado —dijo Sworsky, cautelosamente—. Piensa que Kennedy te hipnotizó para Snyder. Yo sigo diciéndole que eso es imposible, pero él no consigue librarse de esa idea.

—Oh, no, no, no —dijo ella, con demasiado fervor—. No hay nada de eso. Te contaré lo que sucedió. Habíamos celebrado dos sesiones de medida; un poco pesado pero nada más. Y luego, a la tercera vez, Kennedy me puso bajo hipnosis, al menos así lo llamó él. Me dormí y desperté una hora después y me mandó a casa. Me sentía perfectamente, feliz, y len… lentamente empecé a comprender lo que Matt significaba para mí.

»Le telefonearé esta noche. Dice que la máquina de Kennedy hace acelerar las mentes de las gentes por un espacio corto de tiempo, a veces, de manera que éstos deciden rápidamente sentirse atraídos hacia lo que de otra manera hubieran decidido, también Kennedy es… no lo sé. Es curioso lo corriente que parece a primera vista. Pero cuando le conoces, es como… Dios, casi. Es fuerte e inteligente y

bueno. Es... —su voz se desvaneció y quedó mirando fijamente con expresión atontada su vaso.

—¿Sabes? —dijo Sworsky— tal vez Colin esté en lo cierto, después de todo.

—¡No digas esto! —Saltó ella, abofeteándole—. ¡Kennedy es bueno, te lo repito! Todos vosotros, asquerosos piojos, sólo sabéis criticarle a sus espaldas, pero él es mucho más importante que todos vosotros juntos y... —se echó a llorar y salió dando un portazo.

Sworsky informó de lo sucedido a Fraser.

—Me extraña —le dijo—. No parece natural, estoy de acuerdo. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Acudir a la policía?

—Ya lo he intentado —informó Fraser torpemente—. Se han reído. Cuando insistí, maldita sea, casi me cogen a mí. No, esto no sirve. El problema está en que ninguna de las personas que han estado bajo la influencia de la máquina de Kennedy declarará contra él. Ya influye en ellos esa especie de adoración hacia él.

—Sigo creyendo que estás loco. Eso debe tener una explicación más sencilla. Me niego a creer todas esas resabiadas teorías sin algunas pruebas evidentes. ¿Pero qué vas a hacer ahora?

—Pues —Fraser habló con cierta tensión—. Tengo ahorrados algunos miles de dólares, y Juan Martínez me ayudará. ¿Has oído alguna vez la fábula del león? Venció al oso, al tigre y al rinoceronte, pero un pequeño mosquito le apretó al fin las tuercas. Tal vez yo pueda ser el mosquito. —Movió la cabeza—. Pero tendré que apresurarme. La boda ha de celebrarse sólo dentro de seis semanas.

III

Era fastidioso que siempre le siguieran a uno; tener siempre tipos sucios alrededor de los lugares donde uno vive o trabaja. Encontrar los neumáticos reventados. Ser acosado por desagradables borrachos corpulentos cuando te detenían a tomar un trago. Tener un ruido infernal bajo tu ventana cada noche. Y a pesar de ello no servía de nada llamar a la policía; tus despreciables atormentadores siempre desaparecían de la vista.

Fraser estaba sentado en su habitación, dos semanas después, tratando sin éxito de concentrarse en una matriz algebraica, cuando sonó el teléfono. Cada vez que cogía el teléfono tenía la remota esperanza de que fuera Judy, pero nunca era ella. Esta vez era la voz de un hombre:

—¿Mr. Fraser?

—Sí —respondió, de mal humor—. ¿Qué desea?

—Al habla Robert Kennedy. Me gustaría hablar con usted.

El corazón de Fraser parecía que iba a saltársele del pecho, pero su voz sonó normal.

—Adelante, pues. Hable.

—Desearía que viniera a mi despacho. Será una larga conversación.

—Mmmm, bien —era más de lo que se hubiera permitido esperar, pero fue breve al responder—: De acuerdo. Pero tenga presente que un amplio informe de todo este asunto, y de todo cuanto yo pienso que usted está haciendo está en poder de varias personas. Si algo me sucediera...

—Ha estado leyendo demasiadas tonterías —dijo Kennedy—. No pasará nada. De todas maneras, tengo una idea bastante exacta de quién son esas personas. Puedo alquilar detectives por mi cuenta, ¿sabe?

—Voy para allá, pues —Fraser colgó el receptor y se dio cuenta, de pronto, de que estaba sudando.

El aire de la noche era frío cuando salió a la calle. Se detuvo unos momentos, sintiendo como si la ciudad fuera una pesada máquina impersonal a su alrededor, en movimiento. La civilización humana había crecido demasiado, pensó. Estaba más allá del control de nadie. Había seguido su propia voluntad y estaba alcanzando una carrera que dentro de poco no podría seguir. A veces, leyendo los periódicos, o escuchando la radio, o simplemente observando el tráfico, que parecía un río de acero, uno podía llegar a sentirse horriblemente desvalido.

Tomó el metro para dirigirse a la oficina de Kennedy, un apartamento fanfarrón en la parte inferior de la Quinta. Fue introducido por el propio psiquiatra en persona. No había nadie más.

—Supongo —dijo Kennedy— que no debe tener la disparatada idea de apuntarme con una pistola. No serviría para nada más que para crearle complicaciones.

—No —dijo Fraser—. Seré bueno—. Sus ojos recorrieron el saloncito. Una pared estaba cubierta por libritos que parecían usados. Había algunas reproducciones de calidad, Capehart, y un mobiliario elegante, macizo.

Era un conjunto de gusto. Observó más de cerca tres fotografías que había colocadas sobre la repisa del hogar: una mujer de mediana edad y dos jóvenes vestidos de uniforme.

—Mi esposa —dijo Kennedy— y mis hijos. Todos están muertos. ¿Quiere beber algo?

—No. He venido a hablar.

—No soy Satán, ¿sabe? —dijo Kennedy—. Me gustan los libros y la música, el buen vino, y la buena conversación. Soy tan humano como pueda serlo usted, sólo que yo tengo un propósito.

Fraser se sentó y empezó a cargar su pipa.

—Adelante —dijo—. Estoy escuchándole.

Kennedy cogió una silla y se sentó frente a él. Su rostro no mostraba apenas nada.

—¿Por qué ha estado molestándome? —preguntó.

—¿Yo? —Fraser enarcó las cejas.

Kennedy hizo un gesto de impaciencia.

—No se trata de. un juego de palabras. Esta noche no hay testigos. Pretendo sostener una charla amistosa con usted, pero desearía que usted hiciera lo mismo. Sé que usted ha conseguido convencer a Martínez suficientemente para obtener su ayuda en esta campaña de persecución tan pueril. ¿Qué espera conseguir con ello?

—Quiero que mi novia vuelva conmigo —respondió Fraser, atonalmente—. Tengo la esperanza de que estas molestias sirvan...

Kennedy dio un respingo.

—Ya sabe cómo lamento esta particularidad. Es un aspecto de mi trabajo que odio. Me gustaría que no me creyera un simple alcahuete científico. En realidad, tengo que complacer los más pequeños deseos de mis clientes, puesto que ellos están satisfechos y conformes con mis mayores deseos. Es la simple verdad que esas mujeres han sido únicamente la parte más pequeña de mi trabajo...

—Pero bueno, en realidad, ¿qué hay de horrible en ello? Estas

muchachas están enamoradas… cosa normal y corriente. No hay nada de estado de atontamiento, ni nada de lo que su extraordinaria imaginación haya podido suponer. Están enteramente en su sano juicio, ilesas, y felices. En realidad, la felicidad de esa clase es tan rara en este mundo, son tan pocos quienes pueden gozar de ella, que más bien podría ser considerado como su benefactor.

—Usted posee una máquina —dijo Fraser— que cambia la mente. Por lo que a mí concierne, esto significa una terrible violación de libertad como lo sería arrastrar a alguien a un campo de concentración.

—¿Hasta dónde cree usted que llega la libertad que posee cada persona? Cada uno nace con una herencia arraigada. El desarrollo le moldea como arcilla. La sociedad enseña cómo y qué pensar. Un millón de reducidos factores, todos pendientes del secreto e incontrolable azar, determinan el curso de su vida, incluyendo su vida amorosa… Pero, no es necesario perder el tiempo filosofando. Veamos, pregunte lo que desee saber. Admito que le he lastimado, si bien no era esa mi intención, puede estar seguro, pero deseo compensarle.

—Su máquina, pues —dijo Fraser—. ¿Cómo la obtuvo? ¿Cómo trabajaba?

—Estaba ejerciendo en Chicago —dijo Kennedy— y era colaborador y ayudante de Gavotti. ¿Sabe algo sobre cibernética? No me refiero a computadores y autómatas, que son solamente una parte del campo; me refiero al control y comunicación en el animal como en la máquina.

—He leído los libros de Wiener y he estudiado los trabajos de Shannon, también —a pesar de sí mismo, Fraser estaba interesándose —. Es algo excitante. La teoría de las comunicaciones parece ser fundamental, lo mismo en biología que en psicología, así como en electrónica.

—Absolutamente. En el futuro se recordará a Wiener como al Galileo de la neurología. Si el trabajo de Gavotti llega a ser publicado alguna vez, será considerado como Newton. Por ahora, he de serle franco, no pienso hacerlo. Gavotti murió repentinamente, precisamente cuando su máquina estaba completa y estaba a punto de hacer publicar sus resultados. Nadie excepto yo, sabe más que simples rumores al respecto. El prefería obrar en secreto hasta tener un *fait accompli* en su mano. Sé darme cuenta de cuando se me ofrece una oportunidad y sé aprovecharla. Traje la máquina aquí sin decir nada a nadie.

Kennedy se recostó en la silla.

—Creo que Gavotti y yo llegamos donde llegamos gracias a una magnífica suerte —prosiguió—. Hicimos una buena serie de improbables conjeturas, y de este modo acoplamos un siglo de trabajo en una década. Si fuera creyente, me habría puesto de rodillas, dándole gracias al Señor por haber puesto esta cosa en mis manos.

—O al demonio —dijo Fraser.

En el rostro de Kennedy pasó como una ráfaga, una ligera sombra de cólera.

—Le garantizo que esa máquina posee un terrible poder, pero es inofensiva para un hombre que sepa emplearla adecuadamente, como yo sé usarla. No voy a explicarle cómo funciona; para hacer honor a la verdad, yo sólo conozco una fracción de su teoría y de sus circuitos. Pero, usted sabe algo sobre encefalografía. Los distintos ritmos básicos del cerebro han sido medidos. El método standard es tan sensible que puede señalar anormalidades tales como un tumor en desarrollo o una fuerte perturbación emocional, que darían quebraderos de cabeza de no ser corregida. La mitad de la máquina de Gavotti es un encefalógrafo todavía más delicado. Puede medir y analizar las variaciones al minuto en pulsaciones eléctricas correspondientes a los estados emocionales básicos. No lee los pensamientos, no; pero una vez verificada para un individuo dado, le dirá si es feliz, si está triste, enfadado, disgustado, desgraciado, temeroso…, es decir cualquier condición neuroglandular fundamental, o cualquier combinación de éstas.

Hizo una pausa.

—Bien —dijo Fraser—. ¿Y qué más hace?

—*No* hace monstruos —dijo Kennedy—. Mire, las reacciones emocionales específicas respecto a un estímulo dado es, en el individuo normal, una cuestión de reflejo condicionado la mayoría de las veces, influido por el desarrollo social o por asociaciones accidentales de su vida.

»Cualquiera que goce de buena salud experimentará miedo en presencia del peligro; deseo en presencia de un objeto sexual, etc. Esto es biología básica, y la máquina no puede cambiarlo. Pero la mayoría de nuestras evaluaciones son aprendidas. Por ejemplo, para un americano la palabra «madre» posee connotaciones poderosamente emocionales, mientras que para un nativo de las islas Samoa no significa nada muy excitante. Usted tiene que desarrollar su gusto por el licor, tabaco, café, etc., en realidad para la mayoría de cosas que se consumen. Si está enamorado de una mujer en particular, se produce un enfoque del libido sexual general en ella, provocado por la

simbólica parte de su mente; ella *significa algo* para usted. Existen culturas sin amor romántico, ya lo sabe. Y así otras muchas. Todas esas reacciones específicas, condicionadas pueden ser cambiadas.

—¿Cómo?

Kennedy meditó unos momentos.

—La parte encefalográfica de la máquina mide las pulsaciones exactas en el individuo correspondientes a las distintas reacciones! emocionales. Esto me lleva unas cuatro horas para determinarlas con exacta precisión; entonces hago unos análisis estadísticos de los datos para escoger las variaciones ocasionales. Luego pongo al sujeto en un estado de ligera hipnosis, únicamente con el fin de aumentar la sugestibilidad, y acelerar el proceso. Mientras yo pronuncio las palabras y nombres que a mí me interesan, la máquina realimenta los impulsos correspondientes a las emociones que yo deseo, un rayo concentrado agudamente en el centro concerniente del cerebro.

»Por ejemplo, supongamos que usted fuera un alcohólico y yo quisiera curarle. Le pondría bajo hipnosis y empezaría a murmurarle: «vino, whisky, cerveza, ginebra, etc.»; mientras, la máquina habría realimentado los impulsos correspondientes a sus reacciones de odio, temor y desagrado en su cerebro. Despertaría exactamente igual, sólo que su apetencia por el alcohol habría desaparecido; en realidad, saldría odiando de tal manera esas bebidas que podría entrar a formar parte del Grupo Prohibicionista, aunque en la práctica actual, probablemente sería suficiente procurarle una suave aversión.

—Mmm..., comprendo. Quizás —susurró Fraser—. Y el... sujeto... ¿no recuerda nada de lo que se ha hecho?

—¡Oh, no! Todo aquello se aloja en niveles subconscientes muy recónditos. Comprenda que se abre un nuevo juego de pasos nerviosos condicionados quedando abiertos, mientras que los antiguos se cierran. El cerebro realiza todo esto por sí mismo, a través de su mecanismo simbólico normal. Todo lo que sucede es que el símbolo dado, como el licor, es asociado reflexivamente con el estado emocional dado, en este caso, el de desagrado.

Kennedy se inclinó hacia adelante con cierto aire de urgencia.

—El resultado final difiere poco de los métodos ordinarios de simple persuasión. La publicidad hace lo mismo con su costumbre de repetición. Si usted está cortejando a una muchacha, tratará de identificarse con ella a través de las cosas que ella desea, mediante un adecuado comportamiento... Lo siento; no debí emplear este ejemplo... La máquina es simplemente un camino más rápido para hacerlo, produciendo un resultado más estable.

—Aun… tocando lo que no debe —dijo Fraser—. ¿Cómo sabe usted que no crea efectos derivados, que produzcan daños irreparables?

—¡Oh, por los clavos, de Cristo! —explotó Kennedy—. Abandone de una vez esa obsesión, ¿quiere? Ya le he dicho todo lo delicado que es este asunto. Unos microvatios, pocos, de poder, más o menos, un cambio de frecuencia inferior al uno por ciento, y no hace nada. Sea como sea, no produce ningún efecto. —Apaciguándose, añadió pensativamente—. En el sujeto dado, claro está. Puede influir en cualquier otro. Estas pulsaciones son un asunto altamente individual; tengo que calcular cada caso por separado.

Hubo un largo intervalo de silencio. Entonces, Fraser inclinándose hacia adelante dijo con voz obstinada:

—Da acuerdo. Me ha contado usted cómo lo hace. Ahora dígame porqué. ¿Qué posible razón o excusa, existe, aparte de su propio deseo de jugar a Dios? Ese chisme podría ser el instrumento psiquiátrico mayor de la historia, y usted está haciendo uso de él para… alcahuetear.

—Ya le he dicho que esto no tenía importancia —dijo Kennedy, tranquilo—. Estoy haciendo mucho más. Comencé a practicar aquí en Nueva York, hace dos años. Cuando tenga a unos cuantos bajo mi control… no, ya se lo dije, no les convertiré en robots. Simplemente les hago asociar mi imagen con la del padre, en su mente. Eso es algo que hago con todos los que han sido puestos bajo la máquina, como simple precaución. Kennedy es todopoderoso, es inteligentísimo; Kennedy no puede equivocarse ni hacer daño. No es una realización consciente; para la mente despierta, yo soy simplemente un astuto consejero y elegante compañero. Pero la mente subconsciente sabe otras cosas. Ello *no permitiría* que mis sujetos se volvieran contra mí; ni siquiera les dejaría desear tal cosa.

»Bien, ya sabe cómo funciona. Los primeros que fueron sometidos a la máquina, me fueron proporcionados por cierto número de amigos selectos, y éstos a su vez me recomendaron otros. No precisamente como psiquiatra: he hecho lo mismo de doctor, que de consejero o simplemente de investigador que está recopilando latos. Pero estoy levantando un grupo de personas que quiero. Personas que a su vez me levantarán a mí, que seguirán mis consejos… sin darse cuenta de que están dominados, sino porque simplemente su propio subconsciente les conducirá inevitablemente a pensar que mi aviso es lo único acertado a seguir y mis demandas son cosas que cualquier hombre decente puede conceder.

—Sí —dijo Fraser—. Lo comprendo. Grandes hombres de negocios.

Dirigentes. Políticos. Militares. ¡Y espías soviéticos!

Kennedy movió la cabeza:

—Tengo contacto con los soviéticos; sus agentes creen que estoy de su lado. Pero esto no es traición, si bien yo debo ayudarles de vez en cuando.

»Por esta razón debo hacer estos servicios a mis clientes más importantes, tales como conseguirles las mujeres que ellos desean… o, lo que hago con más frecuencia, influir en sus competidores y asociados. Comprenda, la mente subconsciente sabe que yo soy todopoderoso, pero la mente consciente no. Ha sido comprobado por pruebas ocasionales, que yo soy de inapreciable valor; de lo contrario se producirían ciertos conflictos, mis hombres se volverían inestables y con el tiempo, psicóticos, y sucedería que no se servirían más de mí.

—Naturalmente —añadió, casi pedantemente— mis hombres no saben cómo persuado a esa otra gente, ellos sólo saben que yo hago algo, y ellos se ocupan únicamente de sus propios intereses, así corno míos, erigiendo un bloque que les priva de razonar respecto al hecho de que ellos mismos están bajo mi dominio. Se sienten absolutamente satisfechos al aceptar los resultados de mi ayuda, sin pretender hacer averiguaciones acerca de los medios, suponiendo que yo poseo una «personalidad persuasiva».

»No me gusta lo que estoy haciendo, Fraser. Pero debía hacerse.

—Todavía no me ha dicho *qué* es lo que debía hacerse —respondió el ingeniero, fríamente.

—He estado realizando algo increíble —dijo Kennedy. Su voz era muy suave ahora—. Si yo lo hiciera público, ¿puede usted imaginarse lo que sucedería? Los psiquiatras querrían emplearlo, sí; pero también lo querrían los criminales, dictadores, hombres hambrientos de poder de todas las clases. Incluso en este país, no creo que los principios liberales pudieran subsistir durante mucho tiempo. Sería tan sencillo…

»Y sin embargo, hubiera sido una cobardía destrozar la máquina de Gavotti y quemar sus anotaciones. La suerte me deparó el poder de ser algo más que una simple astilla en el río, en un río que está acercándose rápidamente a una cascada, guerra, destrucción, tiranía, sin importar quién pueda ser el pirriquio vencedor. Estoy en situación de poder hacer algo en favor de las causas en las cuales creo.

—Y ¿cuáles son? —preguntó Fraser.

Kennedy hizo un gesto con la mano señalando las fotografías colocadas encima de la repisa del hogar.

—Mis dos hijos fallecieron durante la última guerra. Mi esposa murió de cáncer, una enfermedad que ahora estaría vencida si una

pequeña fracción del dinero que se destina a armamentos hubiera sido invertida en investigaciones científicas. Eso es lo que encontré de mi hogar; pero todavía hay casos mucho peores que el mío. Y la guerra no es el único desastre; están también el poder, la opresión, la desigualdad, las privaciones y el sufrimiento. Esto debía cambiar.

»Estoy levantando mi propia cámara, podría decirse. Dentro de pocos años, espero ser el consejero indispensable de todos los hombres que gobernaran realmente este país, entre todos. Y sí, en efecto, he estado en contacto con los agentes soviéticos, he actuado como transmisor de información robada. El básico problema del espionaje, como usted sabe, no estriba en conseguir la información en el primer lugar sino en la patria. ¿Traición? No. No lo creo así. Estoy tratando de conseguir mi situación en el mundo del comunismo. Ya tengo a algunos de sus agentes ; antes o después, conseguiré llegar a los hombres que realmente me interesan. Entonces, el comunismo dejará de ser una amenaza. —Suspiró—. Difícil tarea esta. Me ocupará toda mi vida, por lo menos; pero ¿qué otra cosa tengo por la que dar mi vida?

Fraser permanecía sentado, tranquilo. La pipa estaba apagada. Golpeó con ella suavemente la palma de la mano, y volvió a llenarla con tabaco nuevo. El ruido de la cerilla al ser frotada para encenderla sonó casi de forma sobrenatural en la sala.

—Es demasiado —dijo—. Es demasiado trabajo para que un solo hombre pueda realizarlo. El mundo se verá envuelto en líos de cualquier manera, pero usted sólo conseguirá que las cosas sean aún más complicadas de lo que serían de por sí.

—Debo intentarlo —dijo Kennedy.

—Y yo sigo queriendo recuperar a mi novia.

—No puedo hacerlo; necesito demasiado a Snyder. Pero trataré de indemnizarle de alguna manera. —Kennedy suspiró—. Dios, ¡si supiera cómo deseaba hablar con alguien de todo esto!

Luego con repentina cautela:

—Todo cuanto le he contado no debe ser repetido. Deje de molestarse por mí. Aleje a sus sabuesos. No intente contar a nadie lo que le he confiado. Nunca conseguiría el crédito de nadie, y además poseo el suficiente poder para anular por completo toda la historia, en el caso de que ésta surgiera a la luz. ¡Y si usted me sigue molestando, veré la manera de... pararle los pies!

—¿Asesinato?

—O recluirle en un asilo. Me sería muy fácil conseguirlo.

Fraser suspiró. Se sentía extrañamente tranquilo, vacío, como si la

entrevista le hubiera librado de todo deseo de resistencia. Con la pipa entre los dedos, se dispuso a salir.

—Hágame un favor —solicitó Kennedy—. Lo haría si ello no perjudicara el programa que ya me tengo trazado. Ya se lo he dicho, deseo arreglar las cosas.

—Bien…

—Piense en ello. Y déjeme saber su plan.

—De acuerdo. —Fraser se levantó—. Puedo hacerlo.

Salió de la sala sin decir adiós.

IV

Sentado, con los pies apoyados encima de la mesa, la silla ligeramente inclinada hacia atrás y oscilando peligrosamente, con las manos entrecruzadas detrás de la cabeza, y la pipa llenando de espeso humo azulado la habitación. Era su postura habitual para atacar cualquier clase de problema.

Y maldita sea, pensaba cansadamente, aquella era una cuestión de la cual dependía su propia vida. Un ingeniero industrial entró en el despacho. Deseamos esto y aquello… una máquina para un determinado y especial propósito, pongamos. ¿Qué podríamos hacer, Mr. Fraser? Fraser se pasea por la sala, estudia el caso de la industria, y luego se sienta y piensa. Los elementos de los problemas son estos y aquéllos; ¿cómo pueden ser combinados para que de ellos se obtenga la solución?

Por lo general, empleaba los accesos matemáticos, especialmente en el diseño de maquinaria. Los ingenieros más prácticos padecen de un patético medio ambiente matemático… ensucian diez páginas con ecuaciones algebraicas y torpes cálculos para obtener algo que con tres ecuaciones vectoriales hubiera conseguido. Pero antes de poder plantear sus ecuaciones, es necesario tener debidamente ordenadas las bases lógicas.

De acuerdo, ¿cuál es el problema? Conseguir recuperar a Judy. Esto significa obligar a Kennedy a que le devuelva sus reacciones emotivas normales…, no, no desea que la arroje a sus brazos ; lo único que pretende es que ella vuelva a ser la de antes.

¿Cuáles son los elementos del problema? Kennedy actúa fuera de la ley, pero tiene bloqueados todos los caminos oficiales. Incluso tiene contacto al otro lado del Telón de Acero.

Hmmm… ¿llamar al F.B.I.? Kennedy no debe tener control sobre ellos… todavía. Sin embargo, si Fraser trataba de ponerse en contacto con el F.B.I., éstos actuarían cautelosamente, si es que comenzaban a investigar algo. Tendrían que hacerlo muy despacio. Y Kennedy encontraría la manera de remediar aquella situación.

Martínez no podía ayudarle ya. Sworsky tenía contacto demasiado cerrado con Washington. Se había dado perfecta cuenta de que se sentía inclinado a creer todo cuanto él le dijera, pero Sworsky dudaba de que toda aquella historia; como muchos hombres que han sufrido a través de cargos congresionalistas irresponsables, era prácticamente fanático en la cuestión de poseer pruebas antes de acusar a alguien de algo. Además, Kennedy sabía que Sworsky era amigo de Fraser;

posiblemente debía mantener bien vigilado al físico para prevenir cualquier intento de ayuda por parte de aquél. Con el respaldo de un hombre como Snyder, Kennedy podía alquilar todos los detectives que quisiera.

En realidad, fuera cual fuere el contraataque, sería necesario actuar con mucha cautela. La amenaza de Kennedy de desembarazarse de Fraser en el caso de que éste siguiera trabajando contra él, no habían sido simples palabras. Podía hacer lo anunciado, y siendo un fanático, lo haría.

Pero Kennedy, como el demonio de la leyenda, debía permitirse un deseo… aunque sólo fuera para justificarse ante su propia conciencia. Sólo que ¿de qué deseo se trataría? ¿Otra mujer? ¿O simplemente reconciliarse, artificialmente, con cualquier otra situación intolerable?

¡Judy, Judy, Judy!

Fraser maldijo de sí mismo. Maldita sea, aquello era un problema de lógica. No debía haber lugar para la emoción. Naturalmente, podía tratarse de un problema sin solución. Hay tantos de éstos.

Miró de soslayo, tratando de evocar el despacho. Pensaba en las pruebas de robo con escalo, de robo… tonterías. Pero un mismo piso del rascacielos, tres de ellos ocupados por despachos sin importancia ocupados a su vez por hombres vulgares. Y…

¡Dios mío!

Fraser permaneció quieto unos instantes, sin moverse apenas. Luego se levantó de pronto, echando a correr, bajando las escaleras y dirigiéndose a la primera cabina telefónica de la calle. Su línea telefónica podía estar intervenida…

—¡Hola, hola, Juan…! Sí. Sí, ya sé que estabas durmiendo, pero no lo siento. Esto es algo sumamente importante… De acuerdo, de acuerdo… Mira, necesito un informe completo de la firma Messenger Advertising Service… ¿Cuándo? Inmediatamente, si no puede ser antes. Y recuerda que he dicho *completo*… Eso es, Messenger… De acuerdo, estupendo. Te pagaré un trago algún día.

—¿Hola, Jim? ¿Estabas durmiendo también…? Lo siento… Pero mira… ¿querrías hacerme una lista de todos los hombres importantes que conozcas relativamente bien? Lo necesito angustiosamente… No, no vengas. Creo que será mejor que no nos veamos por ahora. Mándamelo por correo… De acuerdo, ya sé que soy un paranoico…

Jerome K. Ferris era un gran hombre, con un sentido de su propia importancia que era todavía mayor. Estaba sentado inclinado ligeramente en la silla, con la cabeza empequeñecida por el casco de aluminio, respirando ligeramente. A su alrededor una serie de tubos

de ensayo, luces intermitentes, indicadores, medidores. En la habitación reinaba un suave zumbido, que no interrumpía el silencio que llenaba el ambiente, bloqueando todo contacto con el mundo exterior. Las luces fluorescentes brillaban mudamente.

Fraser estaba sentado observando las trazas verdosas en la amplia pantalla del osciloscopio. Constaba de una intrincada serie de espiras, que parecían más bien un plato de spaghetti, que cualquier otra cosa. Se preguntaba cuántas frecuencias debía envolver. Varios miles, por lo menos.

—Fraser —repitió Kennedy, suavemente en el oído de su hombre hipnotizado—. Colin Fraser. Colin Fraser. —Dio la vuelta a uno de los diales con sumo cuidado—. Colin Fraser. Colin Fraser.

El osciloscopio vaciló al ser reajustado, apareciendo una nueva señal en la pantalla. Kennedy esperó unos instantes, y luego, Robert Kennedy, Sentiment Inc. Robert Kennedy, Sentiment Inc…

Cerró la máquina, que dejó de zumbar en seguida. Enfrentándose a Fraser con una ligera sonrisa, dijo:

—Listos. Encargo cumplido. ¿Estamos en paz?

—Por lo menos lo estaremos, creo yo —dijo Fraser.

—Desearía que confiara en mí —dijo Kennedy, con cierto anhelo —. He realizado el trabajo honestamente; no había necesidad de que estuviera vigilando.

—Es que me sentía poderosamente interesado —explicó Fraser.

—Con franqueza, no llego a comprender qué beneficio podrá reportarle la devoción perruna que sentirá por usted ese Ferris. Es rico, pero demasiado débil y corto de vista para llegar a ser un dirigente. Nunca se me ocurrió pensar en él para mis propósitos.

—Ya se lo he explicado —dijo Fraser, con paciencia—. Ferris es un potente accionista en una serie de corporaciones. Su influencia puede proporcionarme mucho trabajo.

—Sí. Ya lo sé. No le garantizo que sus deseos se cumplan ciegamente, compréndalo. He estudiado a Ferris. Es incapaz de perjudicarme. —Kennedy observó a Fraser con dureza—. Y por si acaso usted tuviera todavía aquellas locas intenciones, le ruego que recuerde que he inculcado en Ferris el respeto supremo hacia mí. Hará mucho para usted, pero no me perjudicará a mí en absoluto.

—Sé comprender cuando he perdido —dijo Fraser fríamente—. Saldré de la ciudad tan pronto haya terminado unos contratos que tengo pendientes de entrega.

Kennedy chasqueó los dedos.

—De acuerdo, Ferris, despierte ya.

Ferris parpadeó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—No mucho —dijo Kennedy, desconectando los electrodos—. He estado tomando mis anotaciones. Muchísimas gracias por su ayuda, señor. Cuidaré de que le sea abonado lo correspondiente una vez mis experimentos sean publicados.

—Ah… sí. Sí. —Ferris se levantó. Luego, pasando un brazo por los hombros de Fraser, añadió—: Si no está ocupado, tal vez no tenga inconveniente en tomar el almuerzo conmigo.

—Gracias —dijo Fraser—. Me gustaría hablar con usted de algunas cosas.

Se retrasó un poco mientras Ferris salía de la habitación.

—Supongo que esto será el adiós para nosotros —dijo.

—Bien, por lo menos, hasta la vista. Seguramente sabremos uno del otro en alguna otra ocasión. —Kennedy estrechó la mano de Fraser —. ¿Todo en orden? Me ha dado usted mucho trabajo, conseguir gracias a la astucia presentarle a Ferris cuando me dio su nombre, y luego enviar a uno de mis hombres para que le convenciera de venir aquí. Y todo ello precisamente ahora que estoy tan atareado.

—Cierto —dijo Fraser—. Absolutamente cierto. No puedo simular estimación hacia usted, sin embargo, por lo que ha hecho, pero reconozco que no es un mal tipo.

—Peor que usted no —dijo Kennedy soltando una carcajada—. Ahora, se ha servido de la máquina para su propio beneficio.

—Sí —respondió Fraser—. Creo que sí.

Sworsky preguntó:

—¿Por qué insistes en telefonearme desde cualquier teléfono público? ¿Y por qué me llamas al despacho? Ya sabes que tengo teléfono en casa.

—Temo que nuestras líneas telefónicas estén intervenidas —dijo Fraser—. Kennedy es un tío muy listo, no lo olvides. Creo que está a punto de olvidarse de mí como algo peligroso, pero desde luego, tú estás vigilado. Formas parte de su lista.

—Desde luego, no hay duda de que estás alimentando un formidable complejo persecutorio. Francamente, Colin, me tienes preocupado.

—Bien, sé indulgente conmigo por un rato. ¿Has conseguido alguna información relativa a Kennedy desde la última vez que te telefoneé?

—Hmm. No. Hablé con Thompson, tal como me dijiste, diciéndole que había oído rumores sobre técnicas revolucionarias

encefalográficas, dejándole ver mi interés por ver dicho trabar jo. ¿Por qué querías que hiciera esto?

—Thompson —dijo Fraser— es uno de los hombres de Kennedy. Ahora fíjate bien, Jim, dentro de poco serás invitado a visitar a Kennedy. Te dará un discurso sobre sus investigaciones y te pedirá que le dejes medir las ondas de tu cerebro. Quiero que le digas que sí. Luego deseo saber el tiempo exacto de las tres entrevistas que te concederá a tal efecto, por lo menos de las dos primeras.

—Hmmm…, si Kennedy hace lo que tú dices…

—Jim, es necesario correr el riesgo, pero seré *yo* quien lo corra. Tú estarás a salvo, te lo prometo. Aunque quizás más tarde leas que han encontrado mi cuerpo flotando en las aguas de un río. Verás, conseguí que Kennedy influenciara a un poderoso accionista para mí. Una de las compañías menos importantes en las cuales tiene plenos poderes es la Messenger. Supongo que Kennedy no debe saberlo. ¡Espero que no!

Sworsky ofrecía un aspecto como si hubiera sido golpeado con sacos de arena. Estaba blanco y la mano que sostenía un vaso de bebida, temblaba.

—Dios —murmuró—: Dios, Colin, tenías razón.

Fraser mostró sus dientes en una mueca.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—Sí. Dejé que me hipnotizara, y luego desperté con una expresión soñolienta, según tú me dijiste. Hace tres horas, se presentó aquí. Me soltó un fenomenal discurso sobre la estupidez de los secretos militares, y cómo lucha la Unión Soviética en pro de la paz y de la justicia. Espero haber actuado como si estuviera realmente sorprendido. No soy muy buen actor.

—No era necesario serlo. De esta manera no te has extralimitado. Para cualquiera de las víctimas de Kennedy, obedecer sus deseos es tan natural que no hace falta ninguna extrañeza aterradora.

—¡Me pidió unos datos! Divisiones de bombardeo. Valores críticos. Niveles de resonancia. Dios mío, si los rusos descubrieran todo esto a través de espías, les habrían ahorrado tres años de investigaciones. Desde luego, esto es un caso para el F.B.I.

—No. Todavía no. —Fraser apoyó su mano en el brazo de Sworsky —. Has ido bastante lejos por mí, Jim. Por favor, sigue un poco más adelante.

—¿Qué quieres que haga?

—Pues… —Fraser se echó a reír—. Dale lo que te ha pedido, naturalmente.

Kennedy levantó la vista de la mesa, murmurando.

—De acuerdo, Fraser —dijo—. Usted ha sido un maldito estorbo, y es, desde luego, un verdadero esfuerzo para mi paciencia soportar de nuevo su presencia. Pero esta es la última vez. ¿Qué diablos quiere?

—Tal vez será la última vez que necesitaré verle —dijo Fraser sin sentarse. Permaneció de pie frente a Kennedy—. Usted se lo ha buscado, amigo. Levántese.

—¿Qué quiere decir? —La mano de Kennedy se movió hacia el timbre.

—Óigame bien antes de hacer nada —dijo Fraser, sonriente—. Sé que ha intentado influenciar a Jim Sworsky. Sé que le pidió le facilitara algunos datos sumamente secretos. Hace pocas horas, usted ha entregado los archivos que él le entregó a Bryce, quien, sin duda alguna, debe hallarse en estos momentos en las oficinas de Amtorg. Esto es alta traición, Kennedy. Ejecutan a la gente que hace esto.

El psicólogo se echó hacia atrás.

—No intente que sus sabuesos se desembaracen de mí —dijo Fraser —. Sworsky está sentado al lado del teléfono, esperando para llamar al F.B.I. Sólo yo puedo evitar que lo haga.

—Pero… —Kennedy se pasó la lengua por los resecos labios—. ¡Pero él también ha cometido traición! ¡Me dio los papeles!

Fraser sonrió:

—No creerá que eran los auténticos, ¿verdad? Dudo de que sea ya tan popular en la Unión Soviética, si pretende construir máquinas empleando sus informes.

Kennedy observaba fijamente el suelo.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó.

—¿Se acuerda de Ferris? ¿El tipo que influenció para mí? Es propietario de un buen número de acciones de la firma del vecino de al lado, el Messenger Advertising Service. Le soplé los oídos diciéndole que necesitaba un despacho para realizar un trabajo importante, sólo que mi paradero debía ser secreto. La gente del Messenger fueron trasladados sin que nadie lo supiera. Me instalé allí durante una noche, así como un pequeño oscilador eléctrico.

—La encefalografía es un trabajo muy delicado; implica varios millones de amplificaciones, El aparato se porta mal si no se va con cuidado. Naturalmente, su laboratorio y la máquina estaban muy bien protegidos, pero aun así, un emisor de radio situado al lado de la puerta, bastaría para hacerlo saltar. Mi mayor preocupación fue desbaratarlo sólo un poco, de manera que usted no sospechara nada.

»Sólo me serví de ello durante sus sesiones de medición con

Sworsky. No tenía que estar aquí cuando usted conectó el rayo sobre él, porque todo sería calculado sobre datos falsos, y quedaría tan lejos de la realidad que no tendría ningún efecto. Usted mismo me habló de la precisión que era necesaria para un perfecto ajuste. De manera, que Sworsky se limitó a interpretar un papel. Ahora poseemos una prueba contra usted, no por entrometerse con las vidas humanas, sino por espía.

Kennedy estaba sentado, sin moverse. Su voz era un entrecortado tartamudeo.

—Iba a cambiar al mundo. Tenía esperanzas para toda la humanidad. Y usted, por culpa de una mujer…

—Nunca he confiado en nadie que tuviera complejos de Mesías. El mundo es demasiado grande para que una sola mano pueda cambiarlo. Usted sólo hubiera conseguido empeorar las cosas. Muchos dictadores han empezado su carrera como reformistas y la han terminado con ejecutores en masa. Usted habría hecho lo mismo.

Fraser se inclinó sobre la mesa.

—Estoy dispuesto a hacer un trato —siguió—: Sworsky, Martínez y yo estamos dispuestos a informar sobre Bryce y dejarle a usted, siempre y cuando haga recobrar a todos sus sujetos su primitivo estado emocional. Vamos a repasar sus archivos y comprobaremos lo que hay que hacer. Uno por uno.

Kennedy se mordía los labios:

—¿Y la máquina…?

—No lo sé. Ya nos ocuparemos más tarde de e9a. Fantástico, Dios mío. Aquí está el número de teléfono de Judy Harkness. Llámela y dígale que venga inmediatamente para un tratamiento especial. En seguida.

Un mes más tarde, los periódicos informaban respecto a una historia concerniente a un maníaco plausible que había trabajado en los laboratorios de la Universidad de Columbia, donde la máquina de Gavotti estaba siendo estudiada, para posteriormente ser destrozada y convertida en ruinas por él mismo, antes de que pudieran detenerle. Llevado a la cárcel, se había suicidado en su celda. Su nombre era Kennedy.

Fraser no pudo evitar cierto sentimiento de pesar, pero no tardó mucho en olvidarse de ello; estaba demasiado atareado haciendo planes para su boda.

FIN